San Pablo: Tesalonicens
y grandes cart

MIGUEL SALVADOR GARCIA

Cursos Bíblicos / A DISTANCIA

CURSOS BIBLICOS
A DISTANCIA

San Pablo: Tesalonicenses y grandes cartas

Miguel Salvador García

[C] PPC/EDICABI.
Editorial PPC, 1971.
Enrique Jardiel Poncela, 4.—Madrid-16.—Teléfono **259 28 00**.
Nihil obstat: Dr. Lamberto de Echeverría. Censor.
Imprimatur: † Mauro, Obispo de Salamanca.
Salamanca, 23 de marzo de 1973.
Printed in Spain. Impreso en España.
Depósito legal: M. 35.273 - 1973.
ISBN: 84-188-0257-2.
Impreso en Marsiega, S. A.—E. Jardiel Poncela, 4.—Madrid-16.

CONTENIDO

INTRODUCCION ... ...

SAN PABLO Y SU ENTORNO

Entorno geográfico ... ...
Perfil humano ... ...
Fisonomía religiosa ... ...
Personalidad literaria ... ...

CARTAS A LOS TESALONICENSES

DATOS PARA UNA LECTURA PROVECHOSA.

Tesalónica ... ...
Evangelización y vida de la joven comunidad ... .
Dictando la primera carta ... ...
Hay que volver a escribir ... ...
"Esta es la firma de mis cartas; así escribo yo" ... .
"Os conjuro por el Señor que esta carta sea leída a t
hermanos" ... ...

LOS GRANDES TEMAS DE 1.ª Y 2.ª A LOS TESALONICEN

"Pablo, Silvano y Timoteo a la IGLESIA de los Tesalonic
"En Dios Padre y en el Señor Jesucristo" ... ...
"Revistamos la coraza de la fe y la caridad y el yelm
esperanza" ... ...
"Esperando del cielo a su Hijo el cual nos salva de la
nidera" ... ...
"El Señor os guardará del maligno" ... ...
Primicias de una teología encarnacionista ... ...

CARTA A LOS GALATAS

CIRCUNSTANCIAS DE LA CARTA.

Una cuestión de vida o muerte ... ...
Autorretrato de cuerpo entero ... ...
"Mirad con qué letras tan grandes os escribo" ... .

ESTRAS DE LA CARTA. *Págs.*

y Protestantes frente a frente 77
en Cristo Jesús 78
del hombre 80
a Criatura 82
y libertinaje 84
a para todos los tiempos 87

S CORINTIOS

CORINTO

ciudad griega y comunidad cristiana 91
io intercambio epistolar y humano 93
as eternas para dos ocasiones concretas 95

TEMAS DE 1.ª Y 2.ª A LOS CORINTIOS.

tica sabiduría 99
lemas de una Iglesia joven 101
a y carismas 102
do del amor 105
huellas del Resucitado 107

ROMANOS

US CIRCUNSTANCIAS.

nados de Dios que están en Roma" 113
do en el Señor yo, Tercio, que escribo esta carta" ... 116
ora voy a Jerusalén" 117

CTRINAL.

nes preliminares 117
mperio del pecado 120
teología de la liberación 124
a Vida 128
rio de la catolicidad 131
as de la vida cristiana 132

NOTA BIBLIOGRAFICA

J. Holzner, *San Pablo, heraldo de Cristo.* Ed. Herder, Ba

G. Ricciotti, *Pablo Apóstol.* Ed. Commar, Madrid, 1950, 2.

J. Leal y J. I. Vicentini, *La Sagrada Escritura, N.T. II.* Ed. B

M. A. Paton y Felipe F. Ramos, *Manual Bíblico, IV.* Casa de l
1968.

J. A. Fitzyer, R. Kugelman y J. J. O'Rurke, *Comentario Bíb*
NIMO, tom. III, IV y V. Ed. Cristiandad, Madrid, 1971-7

L. M. de Wailly, *La joven Iglesia de Tesalónica.* Ed. Studiu

J. M. González Ruiz, *La Epístola a los Gálatas.* Ed. Fax, Ma

E. Walter, *Primera Carta a los Corintios.* Ed. Herder, Barc

Schelkle, *Segunda Carta a los Corintios.* Ed. Herder, Barc
página 9).

S. Lyonnet, *La Historia de la Salvación en la Carta a los*
gueme, Salamanca, 1967.

INTRODUCCION

El papel que la obra de S. Pablo juega dentro del bloque literario del N.T., está más allá de toda ponderación. La presentación catequética, sencilla y lineal que del mensaje cristiano hacen los Evangelios Sinópticos, se convierte por primera vez bajo la pluma de S. Pablo en teología sin artificios, nacida al calor del contacto vital con los oyentes del mensaje. Una teología, sin embargo, profunda y rica en matices, abierta siempre a nuevas y fascinadoras posibilidades. Teólogos y predicadores de todas las edades han encontrado en ella la mejor fuente de inspiración. S. Juan Crisóstomo, por ejemplo, confesaba que el secreto de su brillante y eficaz oratoria había que buscarle en el hecho de que semanalmente leía todas las cartas de S. Pablo.

Nuestros "Cursos Bíblicos" dedican dos volúmenes al estudio de S. Pablo. En el primero vamos a ocuparnos de las dos cartas que escribió a los cristianos de Tesalónica y de las llamadas "GRANDES CARTAS", a saber: Romanos, 1.ª y 2.ª a los Corintios y Gálatas. En el segundo se estudiarán las llamadas cartas de la cautividad y pastorales.

Como prólogo obligado al estudio de los escritos del Apóstol, se impone trazar al menos las líneas fundamentales de su personalidad étnica, religiosa y literaria. Desde que S. Pedro llamó la atención sobre la dificultad de entender algunos pasajes de las cartas de Pablo (2 Ped 3, 15), se ha convertido casi en tópico encarecer la complejidad de los escritos paulinos. Tal vez sea conveniente no exagerar demasiado este particular so pena de crear un clima poco propicio a la lectura constante de S. Pablo que en su mayor parte se ofrece clara, luminosa e iluminadora. Los pasajes difíciles —que ciertamente existen— son los menos. Para estos pasajes especialmente, pero en general para la mejor comprensión de toda la obra literaria de S. Pablo, ayudará mucho enmarcar convenientemente la personalidad del Apóstol.

Para reconstruir el marco vital de S. Pablo disponemos de dos fuentes seguras históricamente hablando: el Libro de los Hechos de los Apóstoles y las numerosas referencias autobiográficas diseminadas a lo largo y ancho de las mismas cartas de S. Pablo (v.gr.: Gal 1, 11-2, 14; Rom 11, 1; 15, 22-28; 1 Cor 15, 8-9; 16, 5-8; 2 Cor 11, 22-12, 11; Flp 3, 4-6; 4, 16; 2 Tim 1, 5; 3, 10-11).

Comparando ambas fuentes conviene advertir que los datos de los Hechos han de matizarse en función de las referencias de las cartas. Las noticias que sobre S. Pablo nos han llegado a través de algunos libros apócrifos, en especial los HECHOS DE PABLO Y TECLA (segunda mitad del s. II d. C.), aunque algunas han podido hacer fortuna en el seno de la tradición cristiana, tienen toda la inconsistencia histórica propia de la literatura apócrifa.

A decir verdad y prescindiendo de Jesucristo, ningún otro personaje del N.T. nos es tan conocido como Pablo. Incluso ciertas alusiones bíblicas a sucesos avalados por documentos extrabíblicos, nos permiten establecer con bastantes probabilidades de éxito una buena parte al menos de la cronología paulina. Entre estos acontecimientos de la historia profana contemporánea a Pablo destaca el proconsulado de LUCIO JUNIO GALION en Corinto, capital de la provincia romana de Acaya.

Según Hech 18, 12, Pablo, a punto de coronar su segundo viaje apostólico, es conducido a presencia del procónsul quien, con un margen de error de un año como máximo, se encontraba en los comienzos de su mandato proconsular del año 52-53 d. C. Es esta una fecha clave en la cronología de S. Pablo y sirve para encajar el resto de su actividad en un esquema coherente y satisfactorio.

Pero también es verdad que la misma abundancia de datos origina numerosos problemas de índole biográfica y cronológica de los cuales nosotros no pretendemos ocuparnos en el presente estudio. Porque no se trata de ofrecer aquí una biografía completa del Apóstol (remitimos para tal menester el estudio del Libro de los Hechos de los Apóstoles), sino más bien de enmarcar breve pero eficazmente su perfil humano, religioso y literario.

SAN PABLO Y SU ENTORNO

I. ENTORNO GEOGRAFICO

CILICIA era una provincia romana situada en la parte suroriental de lo que hoy es la nación turca. El año 66 antes de Cristo, cuando Pompeyo a raíz de sus conquistas reorganizó toda la península del Asia Menor, creó la provincia de Cilicia, bañada en buena parte por el Mediterráneo y cruzada más al norte por la cadena de los célebres montes Tauro.

Su capital, TARSO, era un lugar de antiquísimo tráfico internacional y línea divisoria entre la civilización grecoromana de Occidente y la semítico-babilónica de Oriente. Allí, en Tarso, entre el año 3 y 8 de nuestra era nacía en el seno de una familia judía, probablemente emigrada años atrás, un niño a quien pusieron por nombre SAULO-PABLO. Pablo estaría siempre orgulloso tanto de su raza como de su ciudad natal:

> "Soy judío, natural de Tarso, una ciudad nada desconocida de Cilicia" (Hech 21, 39).

Y en efecto, situada a orillas del Cidno, por entonces navegable, Tarso podía gloriarse de un origen legendario, de ser "una ciudad grande y próspera" como la denominó Jenofonte ya en el s. IV a. C. (Anab 1, 23), y de ser un centro cultural de primer orden en reñida competencia con Atenas y Alejandría.

Marco Antonio, que tuvo su primer encuentro con Cleopatra a orillas del Cidno, concedió a Tarso la libertad, la inmunidad y el derecho de ciudadanía. Más tarde Octavio Augusto confirmaría y aumentaría estos privilegios. La condición de "ciudadano romano" que Pablo hará valer ante el tribuno Claudio Lisias (Hech 22, 25-28), se debía, sin duda, al estatuto de ciudad libre que poseía Tarso.

1. UNA CIUDAD CULTA Y COSMOPOLITA.

El nivel cultural de Tarso, era, como dijimos hace un momento, excepcional, con la particularidad de que sus escuelas de arte, ciencias y filosofía se nutrían de estudiantes procedentes en su mayoría de la propia provincia. A Tarso se acudía en busca de preceptores para los príncipes imperiales de Roma; por Tarso pasaron Cicerón y Julio César; de Tarso era Atenodoro, uno de los más famosos maestros y consejeros de Octavio Augusto que se honró con la amistad del tartense hasta su muerte.

Ciudad, pues, cosmopolita, cortada al aire de las ciudades griegas que se diferenciaban de las romanas por un mayor margen para el desenvolvimiento de la libre personalidad, y una mayor facilidad en admitir influencias de cultura extranjera, Tarso debió ofrecer al Pablo niño y adolescente un amplio horizonte donde ensanchar la mirada, superando todo tipo de prejuicios raciales, culturales y religiosos. El futuro campeón de "la libertad que Cristo nos ha dado" (Gal 5, 1), debió encontrar en el ambiente de Tarso un buen campo de entrenamiento.

Pero Tarso era también en algunos aspectos una ciudad conservadora y seria. A ello debió contribuir no poco la obra de Atenodoro, el preceptor de Augusto, que pasó los últimos años de su vida en Tarso, reorganizando por encargo del emperador el régimen ciudadano un tanto maltrecho por su antecesor Boeto a quien Estrabón califica de "mal poeta y mal ciudadano" (Estrab XIV, 5, 14).

La ética de Atenodoro, digna de un moralista cristiano, ayudó a crear un clima de cierta austeridad moral, por lo menos en el porte exterior de las mujeres que en Tarso no salían a la calle sin ir cubiertas con un velo. ¿Influiría esta costumbre en las recomendaciones que Pablo hará más tarde a las mujeres de Corinto que no usaban velo en las asambleas cristianas? "Entre nosotros —dice el Apóstol— no se conoce esta costumbre" (1 Cor 11, 3-16).

Esta era a grandes rasgos Tarso, la ciudad donde el niño Saulo-Pablo nació, creció y donde —a pesar del ambiente familiar, sin duda, cerradamente judío— el mundo griego con su lengua y su cultura, penetró también en aquella inteligencia despierta y universal. No es fácil determinar hasta dónde se extiende el transfondo helenista de S. Pablo, pero tampoco sería justo ignorarlo o menospreciarlo.

2. DE ORIENTE A OCCIDENTE.

Tarso de Cilicia, cosmopolita y abierta a los cuatro puntos cardinales, como un símbolo de lo que habrá de ser el mundo geográfico de Pablo, es solamente un punto de partida. La geografía de Pablo va a ser una geografía sin fronteras: Palestina, Siria, Arabia, la península entera de Asia Menor, Macedonia, Chipre, Malta, Italia, España. Puede afirmar con toda razón que "en todas direcciones he dado cumplimiento al Evangelio de Cristo" (Rom 15, 19).

Más de 6.000 kms., la mayor parte recorridos a pie, componen los diversos itinerarios de Pablo a quien "el amor de Cristo daba prisa". El Libro de los Hechos de los Apóstoles es el mejor testigo de las rutas misioneras del Apóstol y a él remitimos una vez más para una descripción más detallada de la geografía paulina.

II. PERFIL HUMANO

1. LA FAMILIA.

Cuando escribiendo a los Filipenses Pablo siente la necesidad de mostrarles su carnet de identidad, dirá que es "de la raza israelita, perteneciente a la tribu de Benjamín" (Flp 3, 5). Su familia, pues, era una más entre las muchas que formaban las comunidades judías de la Diáspora. No sabemos el tiempo ni las causas, probablemente económicas, de su emigración a Tarso de Cilicia.

Al niño nacido en el seno de esta familia judía —cuyos nombres ignoramos por completo— se le circuncida al octavo día y se le impone el nombre de Saulo-Pablo.

a) *El doble nombre.*

Saulo es la forma griega del nombre hebreo Shaul, el nombre del primer rey israelita que pertenecía justamente a la tribu de Benjamín. Shaul significa "el pedido", "el suplicado" y es curioso recordar aquí que en la tradición israelita —al menos la escrita— guardó siempre silencio en torno al trágico destino de Saúl como si velase en silencio respetuoso el doloroso misterio de su primer rey. Pero el nombre en cuestión dentro de la tribu de Benjamín debía ser relativamente frecuente.

El segundo nombre —Pablo— aparece por vez primera a raíz de la conversión del procónsul romano de Chipre, Sergio Pablo (Hch 13, 7-12). Pero esto es con toda probabilidad simple coincidencia. Es casi seguro que el Apóstol se llamaba Pablo ya desde su nacimiento, pues entre los judíos de su época, especialmente de la Diáspora, era corriente el doble nombre: uno semita y otro griego o romano (cfr. Hech 1, 23: José Justo; 12, 25: Juan Marcos; Col 4, 11: Jesús Justo). Incluso hay que suponer que viviendo en un ambiente fundamentalmente greco-romano, el nombre corriente en boca de sus paisanos era el de Pablo; sólo en la intimidad familiar y más tarde en los círculos cerradamente nacionalistas de Jerusalén, se utilizaría el nombre hebreo: Shaul. Tal vez por esto, cuando nuestro Apóstol derriba definitivamente las barreras raciales y se lanza a la conquista del mundo gentil para Cristo, Lucas considera que ha llegado el momento de prescindir para siempre del nombre hebreo, empleando en adelante únicamente el greco-romano.

b) *Los padres.*

¿Cómo eran los padres de Pablo? Apenas sabemos nada. Su padre debió ser un pañero y tendero bastante bien acomodado, pero al mismo tiempo israelita íntegro y serio, escrupuloso observante de la ley y exigente con sus hijos. ¿Resonaría el recuerdo de su severidad en aquellas palabras de Pablo a los Efesios: "Padres, no irriteis con excesivo rigor a vuestros hijos"? Y de su madre, nada; nunca la menciona el Apóstol. Alguien sugiere que tal vez murió temprano y que por ello Pablo se mostraría más tarde sensible y agradecido a la delicadeza femenina y maternal con que le trató la madre de Rufo (Rom 16, 13).

Lo que sí sabemos es que Pablo tenía una hermana casada y que estando preso en Jerusalén el año 58 d. C., el hijo de esta hermana prestó al tío un estupendo servicio (Hech 23, 16-22).

2. LA EDUCACIÓN.

¿Recibió el joven Pablo una formación helenística en sus años de estancia en Tarso? Ocasión no le faltó, pues ya dejamos constancia más arriba del magnífico nivel cultural de su ciudad natal. Y ciertamente Pablo hablaba el griego con soltura, incluso con elegancia cuando se lo proponía (cfr. Hech 17, 22 ss.). Sus cartas revelan que también sabía escribirlo con notable corrección. Cita autores clásicos (Hech 17, 28; 1 Cor 15, 33; Tit 1, 12); utiliza procedimientos literarios de innegable parentesco con la diatriba socrática-estóica; alude a instituciones jurídicas helenísticas; gusta de imágenes y metáforas deportivas y militares. Todo esto prueba que el mundo griego en el que Pablo vivió su niñez y buena parte de su juventud dejó huella perdurable en él.

Pero no parecen datos suficientes para probar una sistemática formación helenística en una de las célebres escuelas de Tarso. A un espíritu abierto e inteligente como el de Pablo le bastaba la convivencia ciudadana y su innata perspicacia para incorporar un buen bagaje de conocimientos helenísticos sin necesidad de frecuentar las escuelas paganas.

a) *Judío antes de nada.*

Es, pues, más que probable que la vida del pequeño Pablo se desenvolvió, sobre todo, a la sombra de la Sinagoga y que los primeros libros que aprendió a manejar fueron los libros sagrados de la Biblia y no los poetas clásicos griegos.

A los cinco años solía comenzar la iniciación de los niños judíos en el conocimiento básico de la Ley y de la historia de su pueblo. El padre de Pablo, fariseo ferviente, no descuidaría este deber. A los diez años comenzaba el segundo período educacional en el que el joven hebreo era iniciado en los misterios de la tradición oral: una infinidad de prescripciones legales tan obligatorias en el sentir de los rabinos como los diez mandamientos.

Durante estos años de aprendizaje, Pablo dio, sin duda, muestras de una inteligencia poco común y sus padres comenzaron a alimentar el sueño de que podía llegar a ser doctor de la Ley. Pero en Tarso no era posible adquirir tal categoría porque de los cuarenta y ocho requisitos necesarios para llegar a ser rabino, las escuelas judías de Tarso podrían a lo sumo proporcionar unos veinte o poco más. ¿Entonces? Entonces, Jerusalén. Y a Jerusalén se encamina Pablo cuando tendría unos catorce o quince años.

b) *La gran experiencia jerosolimitana.*

El primer encuentro con Jerusalén, la ciudad soñada de todo israelita, y el primer contacto con los solemnes maestros de la Ley hubieron de impresionar al mozuelo que entonces era nuestro Apóstol. Pero la primera impresión dejó en seguida paso al estudio serio y concienzudo de la Ley bajo la dirección del célebre rabí Gamaliel el Viejo al que Pablo recordará con cariño años más tarde: "Soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, crecido en esta ciudad (Jerusalén) y educado a los pies de Gamaliel en la exacta observancia de la ley de nuestros padres" (Hech 23, 3). Gamaliel había heredado el espíritu magnánimo de su antecesor Hillel y la comunidad cristiana no olvidará la defensa que hizo de los primeros apóstoles ante el Sanedrín (Hech 5, 34 ss.).

Pablo fue un magnífico discípulo y allí, "a los pies de Gamaliel", aprendió a hacer teología —al estilo rabínico— derivando toda una serie de verdades religiosas de los acontecimientos históricos vividos por el pueblo de la Alianza. Allí aprendió sobre todo a amar, manejar e interpretar la Biblia sobre la base del triple sentido propio de la Escritura Santa: el típico-simbólico, el acomodado y el alegórico. Es imposible entender muchos pasajes de las cartas de S. Pablo si no se tienen en cuenta estos métodos de interpretación bíblica que Pablo asimiló en la escuela de Jerusalén y que más tarde no dudó en utilizar cuando lo juzgó conveniente.

Terminados sus estudios en Jerusalén —que debieron coincidir con el período de vida oculta de Jesús en Nazaret— Pablo abandona la ciudad santa y no vuelve a hacer acto de presencia en ella hasta los días del martirio de San Esteban. ¿Dónde estuvo entretanto? Hay aquí un vacío imposible de llenar. Probablemente volvió a Tarso; posiblemente ocupó un puesto de responsabilidad en la Sinagoga de su patria; tal vez recibió de la dirección central jerosolimitana algún encargo especial con respecto a los judíos de la Diáspora. Sea lo que fuere, este período contribuyó a madurar la personalidad de Pablo y, sin duda, le facilitó un mejor conocimiento del mundo intelectual griego con el que no pudo por menos de tener algún contacto.

3. ASPECTO FÍSICO Y SALUD CORPORAL.

La tradición no ha recordado a Pablo como un prototipo de belleza y apostura corporal. A decir verdad los escasísimos detalles que sobre el particular pueden rastrearse en las fuentes bíblicas poco a nada resuelven. Es más, hasta parecen contradecirse, pues mientras unos aludirían a una figura de Pablo menuda y más bien baja (cfr. 2 Cor 10, 1-10; 11, 33), otros sugieren una apariencia física recia y armoniosa (Hech 14, 11-12). Pero todos estos pasajes admiten y a veces imponen una interpretación que nada tiene que ver con el aspecto corporal de Pablo. El libro apócrifo de los Hechos de Pablo y Tecla nos le describe como "de corta estatura, grueso, bastante calvo, con las piernas un tanto arqueadas, cejas espesas y nariz de buen tamaño". No es precisamente la descripción de un Apolo. Y, sin embargo, el mismo escrito refiere a continuación que "rebosaba gracia y atractivo y que a veces tenía rostro de ángel". Esta descripción de Pablo un tanto modificada a veces con datos sacados de leyendas o de la fantasía individual, perdurará en numerosos escritos posteriores; su exactitud está en función del crédito general que merece la literatura apócrifa.

En cuanto a los monumentos artísticos —pinturas, esculturas, medallones— son todos de épocas más bien tardía y únicamente coinciden en presentar a Pablo calvo y con larga barba.

Sobre la salud corporal del Apóstol se ha escrito y divagado bastante. Que Pablo padeció una grave enfermedad encontrándose entre los gálatas en el año 50 d. C. es cierto (Gal 4, 13-15); que en su segunda carta a los Corintios habla de "un aguijón de la carne", de "un ángel de Satanás que le abofetea para que no se engría", también es cierto (2 Cor 12, 2-9). Pero aunque con estas últimas expresiones aluda a una dolencia crónica y torturante nos faltan datos para hacer un diagnóstico ni siquiera aproximado de tal enfermedad. Y tampoco existen puntos de apoyo para relacionar esta supuesta dolencia crónica con la enfermedad padecida entre los gálatas. Conjeturas se han hecho muchísimas, pero la misma variedad nos pone en guardia sobre las probabilidades de acertar.

Por otro lado leyendo 2 Cor 11, 23-27 es imposible no sacar una impresión de extraordinaria fuerza y robustez en un hombre conocedor de todo tipo de odiseas. Es verdad que su enorme potencia espiritual redundaría en favor de la resistencia física y que debió poseer un sistema nervioso bien templado para hacer frente a tanta lucha moral conservando en todo momento el buen ánimo y la lucidez mental. Con todo hacía falta algo más; el aguante que revela la confesión de sus innumerables peripecias. La enorme cantidad de kilómetros recorridos a pie, con frecuencia por lugares abruptos, y todo ello simultáneado con un casi continuo trabajo manual para ganarse el pan, revelan una fortaleza física nada deleznable.

4. CONDICIÓN PERSONAL Y OFICIO.

Apenas se suele hablar sobre el estado civil de Pablo. ¿Era soltero o casado? Las fuentes no dicen absolutamente nada sobre el posible matrimonio del Apóstol; si acaso en 1 Cor 7, 8 Pablo afirmaría con nitidez su estado celibatario y así lo ha entendido en general la tradición. Hay, sin embargo, algo extraño aquí. La educación de Pablo a los pies de Gamaliel sugiere que se preparaba para ser rabino y en el momento de su conversión debía ser ya un maestro reconocido, con capacidad para formular decisiones legales y para actuar con la autoridad que suponen Hech 9, 1-2; 22, 5; 26, 12. Por otra parte, el matrimonio era preceptivo para los rabinos y en cualquier caso no era normal que un varón judío a los treinta años —que debía tener Pablo en el momento de la conversación— permaneciese soltero.

De todo ello algún autor ha sugerido que Pablo estuvo casado, que enviudó no se sabe exactamente cuándo y que cuando escribe a los corintios: "Digo a los solteros y a las viudas: bueno es que permanezcan como yo", se clasificaría no entre los solteros, sino entre los viudos. Esta manera de ver las cosas, con ser interesante, no es definitivamente convincente. En primer lugar, porque no se puede prescindir así como así del peso de toda una tradición; y en segundo lugar, porque pudieron existir otras poderosas razones que impulsaron a Pablo a permanecer célibe. Un conocido rabino que, a pesar del precepto, tampoco contrajo matrimonio, explicaba su actitud diciendo: "¿Qué puedo hacer?, mi alma está entregada a la Tora. ¡Qué sean otros los que se preocupen de que la humanidad no se extinga".

En sus correrías apostólicas Pablo se gloriará de no haber sido jamás gravoso a ninguna comunidad cristiana (Hech 20, 34; 1 Tes 2, 9; 2 Tes 3, 8; etc.). Con el trabajo de sus manos proveyó al sustento propio y al de sus compañeros. Esto significa que de joven aprendió en el taller de su padre a tejer lona de tienda con el célebre pelo de cabra de Cilicia y tal vez a confeccionar las mismas tiendas de campaña. Tarso fue siempre conocida por este tipo de industria y el arte que Pablo aprendió casi como un entretenimiento en sus años niños le acompañará después como una especie de ciudadanía humana.

5. CARÁCTER Y PERSONALIDAD.

Tiene razón Cerfaux —cuyas obras sobre S. Pablo son altamente recomendables— cuando dice que apenas si es posible concretar los rasgos humanos característicos de la personalidad de nuestro Apóstol. Y esto porque Dios a través de Cristo se ha apoderado de tal forma de la personalidad de Pablo que su humanidad ha sido por completo absorbida por la voluntad divina: "Vivo yo, pero no soy yo, sino Cristo quien vive en mí" (Gal 2, 20). "Lo que en una psicología ordinaria sería orgullo es expresión del absoluto divino en que está sumergido Pablo; lo que sería versatilidad no es sino sumisión a la voluntad divina que se revela sucesivamente al Apóstol. Nunca podremos olvidar que para Pablo lo que nosotros llamamos cualidades humanas, se ha convertido en el medio mismo con que Dios alcanza a las iglesias y a los cristianos. En efecto, Pablo tiene conciencia de ser el hierro incandescente que entrega continuamente a Dios todas las vibraciones de su personalidad" (L. Cerfaux, Introducción a la Biblia, Robert-Feuillet II, pág. 363).

Y realmente Pablo era consciente de haber sido arrebatado por Dios: "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (1 Cor 15, 10). Como hombre se considera a sí mismo como "un vaso de barro" (2 Cor 4, 7). Pero así y todo es preciso reconocer que se trataba de un barro no común, de una naturaleza poderosa, original y admirablemente dotada. Desde el principio de su actividad hace gala de un temperamento impulsivo, insobornable, apasionado. Es un espíritu de fuego que se entrega sin reservas a su ideal: primero será la defensa del judaísmo tradicional, después será la proclamación del Evangelio de Cristo. Tiene temple de jefe; ha nacido para ir en vanguardia, para abrir marcha, para gobernar. No se recata en decir que aventajaba a sus compañeros en el judaísmo (Gal 1, 14) y a los demás apóstoles en la proclamación del Evangelio (1 Cor 15, 10).

Trabajador infatigable nunca dice basta a sus afanes: "olvidando el camino recorrido, me lanzo a lo que está por delante" (Flp 3, 13). Lleva dentro de sí la fuerza de la tormenta (Gal 3, 1 ss.; 4, 20; 5, 12), pero al mismo tiempo da muestras de un corazón sensible y delicado "como una madre que cuida con cariño a sus pequeños", "como un padre que alienta y exhorta con paciencia a sus hijos" (1 Tes 2, 7. 11). Con los Filipenses se deshace en sentimientos de gratitud; sufre como si fuesen propias las enfermedades de los demás (Flp 2, 25-30); los ruegos con que pide a Filemón que reciba a su antiguo esclavo Onésimo son de una ternura verdaderamente extremecedora (Film 8-20).

La inteligencia de Pablo está más allá de toda duda. Una inteligencia creadora que sabe penetrar el misterio de Cristo y darle una profundidad insospechada. Pero una inteligencia práctica, organizadora que desciende a los más mínimos detalles en la organización de las comunidades cristianas. Intuitivo como los mejores genios de la filosofía griega; activo y contemplativo como los grandes profetas del A.T.; hábil político a la hora de escoger los colaboradores y de saber distinguir cuándo hay que mostrarse intransigente y cuándo las circunstancias aconsejan ductilidad. Austero, sacrificado, voluntarioso; se gana su propio pan trabajando con sus manos y quiere que todos sus cristianos hagan lo mismo (1 Tes 4, 11-12). Pablo es ciertamente un genio del cristianismo, pero lo hubiera sido en cualquier campo a poco que las circunstancias le hubiesen ayudado.

III. LA FISONOMIA RELIGIOSA

1. "Soy hebreo, hijo de hebreos y en cuanto a la Ley, fariseo" (Flp 3, 5).

Pablo, pues, era hijo de una familia de neta raigambre israelita; no se trataba de una familia de prosélitos convertidos de la gentilidad; la más rigurosa ortodoxia judía rodeó su nacimiento y presidió su educación.

Ciudadano de Tarso, al igual que su familia, sintió sin duda la presión de la religiosidad ambiental que era la de una sociedad pagana politeísta. En Tarso se veneraba a Baal-Tarz (Señor de Tarso) de alguna manera identificado con el supremo dios griego Zeus; se veneraba también al dios indígena Sandam que más tarde se fundió con el dios griego Hércules. En su honor se celebraba anualmente la "Fiesta de la hoguera" en que la estatua del dios —símbolo de la naturaleza que muere y resurge— era lanzada a las llamas en medio de un ambiente desenfrenado y delirante. Queda una inscripción asiria en el lugar donde probablemente se celebraban estas orgías paganas; reza así: "Caminante, come, bebe y pásalo bien, que todo lo demás no vale la pena" (Estrb 19, 5).

Pero además Tarso, ciudad cosmopolita, tuvo que ser un magnífico lugar de cita para las célebres religiones mistéricas de Oriente. Misterios de Cibeles, de Dionisos, de Mitra, de Eleusis, de Isis... Tal vez en alguna ocasión y de lejos el pequeño Pablo había contemplado curioso y sorprendido cómo eran presentados al pueblo los iniciados de Isis, vestidos con una túnica celeste símbolo de la pretendida identificación con la divinidad. Quien sabe si más tarde no evocaría estos recuerdos al pedir a sus cristianos que "vistieran a Cristo", expresión esta que no ha podido aclimatarse del todo a nuestro lenguaje religioso tal vez porque pertenece a otro ambiente cultural.

El paganismo circundante, sin embargo, no logro hacer mella en la fidelidad de la familia de Pablo a las tradiciones judías. Hemos nombrado la palabra "tradición". Justamente esta es la palabra clave que individualiza la corriente religiosa del fariseísmo a la que pertenecían los padres de Pablo y que el hijo heredó junto con el oficio de su padre. Los fariseos, a diferencia de los saduceos, admitían junto a la ley escrita otra ley transmitida oralmente, pero igualmente protegida por la suprema autoridad de

Dios Revelador e igualmente obligatoria en conciencia. Aun cuando en teoría entre la Ley escrita y la Ley oral no podía existir contradicción alguna, en la práctica tenía más valor la tradición oral hasta llegar a acuñarse esta sentencia: "Peor es ir contra las palabras de los escribas que contra las palabras de la Tora".

Cuando Pablo dice que es fariseo hay un cierto orgullo en la expresión, lo que nos hace pensar que el fariseísmo conocido por él no revestía las oscuras características del que nos describen los Evangelios. Y en efecto, su maestro Gamaliel, fariseo de la rama más abierta de Hillel, dio pruebas de una religiosidad equilibrada y atrayente. El joven Pablo había sido cautivado por ella.

2. "EL CELO DE TU CASA ME DEVORA."

Al ferviente y convencido fariseo que es Pablo, se le ofrece de pronto una oportunidad única de hacer algo sonado en favor de las "tradiciones de sus mayores". Algo más serio que pasarse la vida enseñando "si se puede comer un huevo puesto por una gallina en Sábado" o "si se puede leer en Sábado a la luz de un candil encendido por un pagano".

La nueva secta de los seguidores de Jesús el nazareno amenazaba reducir a la nada las sagradas prescripciones de la Ley. Es preciso ponerla un dique sea al precio que sea. Esteban, sobre todo, probable compañero de Pablo en la escuela rabínica de Jerusalén y convertido ahora en adalid de la joven comunidad de seguidores del Nazareno, se está llevando de calle a las multitudes. Hay que suprimirle; un juicio un tanto tumultuoso y la cuestión queda zanjada. Es posible que Pablo, amante de que las cosas se hagan bien y en plena conformidad con la Ley, no estuviese totalmente de acuerdo con el procedimiento que en última instancia revistió las apariencias de un linchamiento. Pero Pablo estaba allí, testigo —paradógicamente mártir— gozoso del acontecimiento, "de acuerdo con los que le mataban y guardando sus vestidos" como él mismo confesará más tarde con tristeza (Hech 22, 20; cfr. 8, 1).

El martirio de Esteban fue el comienzo de una persecución encarnizada con Pablo como protagonista principal. Los jefes judíos vieron en él al ejecutor ideal de sus deseos y le nombraron inquisidor general con toda clase de poderes. Los Hechos de los Apóstoles son escueta y terriblemente explícitos: "Entretanto Saulo hacía estragos en la Iglesia; entraba en las casas, se llevaba por la fuerza a hombres y mujeres y los metía en la cárcel" (Hech 8, 3; cfr. Gal 1, 13). Cuando la situación en Jerusalén pareció más o menos arreglada, el celo de Pablo le lleva a no dar tregua al enemigo y le busca incluso allende las fronteras palestinas. Damasco, en Siria, parece ser un buen foco de infección y por ello después de recabar la oportuna autorización del Sanedrín, allá va Pablo "respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor". Pero en el camino le esperaba Dios.

El Apóstol recordará con frecuencia este corto pero triste período de su vida. El tiempo en que odió positivamente a Cristo superando en su empeño fanático por la Ley a todos sus correligionarios (cfr. 1 Cor 15, 9; Flp 3, 6; Gal 1, 13; Hech 22, 4. 19 ss.; 26, 9-11).

Es casi seguro que tanto el propio Apóstol como su biógrafo Lucas recalcan las tintas negras en la actividad perseguidora de Saulo; el primero por humildad, el segundo en fuerza del procedimiento literario de la ley de los contrastes. Con todo ninguna consideración ni psicológica ni literaria autoriza a suprimir la figura histórica de Pablo perseguidor encarnizado y cruel de la Iglesia o a reducirla aun simple oponente idealista. Pablo de Tarso no era temperamento para limitarse a protestas ideológicas o sentimentales. Pero tampoco una vez convertido, se sentirá responsable moral de su actuación anterior; sabe que ha obrado en fuerza de un celo equivocado pero de acuerdo con su conciencia. No reniega de sí mismo; simplemente lamenta su ignorancia y se refugia en su buena fe que por otra parte ha podido mover a Dios a mostrarse misericordioso con él (I Tim 1, 12-14).

3. "SEÑOR, ¿QUÉ QUIERES QUE HAGA?"

Lo sucedido en el camino de Damasco, a las puertas ya de la ciudad, constituye la hora cero en la historia particular de Pablo de Tarso. Es además el acontecimiento más decisivo en la historia del movimiento religioso puesto en marcha por Jesús de Nazaret.

Debió tener lugar hacia el año 36 de nuestra era. Pablo mismo alude al acontecimiento en varios pasajes de sus cartas como si se tratase de algo sobradamente conocido por todos (cfr. Gal 1, 13-17; 1 Cor 9, 1; 15, 18; 2 Cor 4, 6; Ef 3, 3; Flp 3, 12; 2 Tim 1, 9). Pero es sobre todo Lucas el que en tres distintos lugares de los Hechos refiere detalladamente el extraordinario suceso (Hech 9, 1-19; 22, 5-11; 26, 12-18). En el conjunto de todos estos relatos y alusiones hay algunas variantes en cuanto a los detalles, pero todos ponen de relieve el carácter arrollador e inesperado de la experiencia y todos concuerdan admirablemente al relatar el punto culminante del suceso. Por lo demás es evidente que el interés principal se cifra en determinar si la experiencia fue verdaderamente real o admite otra explicación de índole psicológica o literaria.

Dos cosas se imponen a una consideración seria del problema: que la vida religiosa de Pablo sufrió un vuelvo total y que las fuentes de que disponemos lo atribuyen a un fenómeno sobrenatural. Quienes se niegan en redondo a admitir la intervención de lo trascendente en la vida humana, han buscado todas las explicaciones posibles para dar razón de la transformación religiosa de Pablo y del tan temprano relato "legendario" de su visión del Cristo Resucitado.

- *Explicación físico-psicológica*: una tormenta, una insolación, una enfermedad desconocida, le produjeron un espejismo, una alucinación y quedó firmemente convencido de haber visto a Jesús.
- *Explicación religioso-psicológica*: decepcionado de la doctrina farisea sobre la salvación por la observancia rigurosa de la Ley, Pablo acaba encontrando su tranquilidad dentro del cristianismo. La descripción de los Hechos es un puro artificio literario.
- *Explicación histórico-psicológica*: Pablo se ha ido dejando seducir inconscientemente por el valor y la dulzura de sus víctimas. En un momento dado de fiero perseguidor se trocó en ardiente propagandista del cristianismo. Tal vez influyó alguna extraña circunstancia externa, lo que impulsó a Pablo a considerar el cambio como un fenómeno místico.

Estas y otras explicaciones afines, apuntaladas en los

los últimos decenios por el uso que la escuela bultmaniana ha hecho del método de la historia de las formas, han tratado de quitar toda su enorme fuerza al acontecimiento del camino de Damasco. En el fondo, pues, al amparo de términos más o menos científicos se habla de ilusión de Pablo, de una autosugestión, o incluso de un habilísimo fraude capaz de engañar a millones de hombres.

Pero es evidente que si no se toma en cuenta el prejuicio antisobrenatural que está a la base de todas estas explicaciones, el testimonio del N.T. en favor de una visión real, de una verdadera y súbita irrupción de lo divino en la vida de Pablo, es tan definitivo que muchos acatólicos de todos los tiempos lo han admitido así. Pablo no era un visionario y el sencillo candor de los pasajes neotestamentarios nada tiene que ver con un pretendido fondo de exaltación religiosa. Ponen de relieve, por el contrario, la desconfianza que el antiguo perseguidor siguió suscitando en los círculos cristianos (cfr Hech 9, 13-14; 9, 26-27; Gal 1, 23).

Sobre el contenido preciso de la experiencia tenida por Pablo es más difícil pronunciarse. Aparte la seguridad de haberse encontrado con el Cristo glorioso y tomar conciencia de la identidad entre Jesús y sus discípulos —verdad que está a la base de la futura teología del Apóstol sobre el Cuerpo Místico—, ¿le fueron reveladas a Pablo otras cosas en aquel momento inolvidable? Es posible, pero no se deben forzar demasiado los acontecimientos. Pablo tuvo en los años siguientes ocasión de entrar en contacto con la tradición viva de la Iglesia a través de personas cualificadas para transmitir la enseñanza sobre Jesús, el Mesías.

¿Llamamiento o conversión?

A primera vista parece que con Pablo se abre la serie de los grandes convertidos al cristianismo. Pablo sin embargo, se consideró siempre judío y no hubiera entendido a quien le presentase el cristianismo como una antítesis de la auténtica religión israelita. A pesar de haber sido transformado espiritualmente como nadie jamás lo había sido, es y permanece hebreo y judío de raza y de religión. El cristianismo es y lo considera Pablo como la plenitud del judaísmo, como el mar en que necesaria y providencialmente debían desembocar todas las corrientes del Antiguo Testamento. La tragedia de la gran masa del viejo pueblo elegido fue no comprenderlo así.

Alguna semejanza puede encontrarse entre el acontemiento de Damasco y el fenómeno de una conversión, pero la experiencia religiosa vivida por Pablo es fundamentalmente la de una llamada, la de una vocación. Como los grandes profetas del A.T., como el misterioso personaje de los Poemas del Siervo de Yavé, como el Hijo del Hombre que desciende de los cielos en el libro de Daniel (Dn 7, 22. 25. 27), Pablo es "llamado" a realizar una misión salvadora con respecto al Israel de Dios. El Apóstol será siempre plenamente consciente de haber sido elegido, llamado: "más cuando aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó..." (Gal 1. 15); "para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto" (Flp 3, 14); cfr. 1 Cor 9, 16-17; 2 Cor 4, 6. Y será además consciente de que su vocación no es más que una conquista de la gracia todopoderosa de Dios por Jesucristo. Con una emoción que no hará sino crecer con los años el Apóstol recuerda la asombrosa gracia divina que a él, enemigo del Evangelio, le ha llamado a ser su propagandista hasta los confines de la tierra (Gal 1, 13-16; 1 Cor 15, 8-10; 1 Tim 1, 11-16). El rayo de gracia del Resucitado ha tenido los efectos de una "nueva creación"; Pablo mismo lo compara con la creación de la luz en el Génesis (2 Cor 4, 6).

4. "¿QUIÉN ME SEPARARÁ DEL AMOR DE CRISTO?" (Rom 8, 35-39).

Definitivamente Pablo de Tarso ha sido conquistado, cazado, atrapado por Jesús de Nazaret. Escribiendo a los Filipenses lo confiesa con sencillez conmovedora: "habiendo sido yo alcanzado por Cristo Jesús" (Flp 3, 12). En adelante Cristo, a quien el rayo deslumbrador del camino de Damasco ha revelado como el KYRIOS —el Señor—, lo será todo para él: su guía, su norte, su modelo, su juez, su vida, su corona de gloria. Resulta que el Dios de sus padres tiene un Hijo que ha plantado su tienda de campaña entre los hombres; resulta que este Hijo de Dios le ama a él —Pablo— su más furioso enemigo en otro tiempo; resulta que le ha escogido "desde el seno de su madre" para que sea su pregonero.

La experiencia pascual de Pablo —como la de Pedro (Jn 21, 15-17)— ha consistido sobre todo en sentirse penetrado del incomprensible y perdonador amor de Cristo. El nombre de Jesús en sus múltiples formas es como una obsesión en sus labios (33 veces Jesús; 255 veces Cristo; 164 veces las formas compuestas Jesucristo y Cristo Jesús; 19 veces Hijo de Dios; más de 200 veces "Kyrios", título este reservado a Dios en el A.T.). Perdidamente enamorado de Cristo, loco por Cristo, toda su predicación oral y escrita no podía por menos de tener a Cristo como quicio y como estrella.

Y efectivamente, la teología paulina es eminentemente cristocéntrica. La teología y la vida, con todos sus avatares, luchas y fatigas encaminadas todas ellas —así escribe a los Colosenses— a conseguir que los cristianos "alcancen en toda su riqueza el pleno conocimiento de Dios, es decir, de Cristo, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" (Col 2, 2-3). Hay que creer a Pablo cuando dice que "ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarle del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rom 8, 38-39).

5. "SED IMITADORES MÍOS."

Ya dijimos más arriba que no hay orgullo en esta forma de hablar. Se reconoce como el último de todos pues ha perseguido a la Iglesia de Cristo (1 Cor 15, 9; Ef 3, 8). Pero la gracia de Dios y el amor de Cristo han hecho el milagro (1 Cor 15, 10; Col 1, 29, etc.). Y si Teresa de Jesús dirá que "humildad es andar en verdad", Pablo manifiesta la legítima y humilde satisfacción del santo que se sabe entero, de pies a cabeza, obra de Dios.

La santidad de Pablo es fascinadora, excepcional su riqueza de matices. Señalemos algunos:

— *Santidad eminentemente cristológica*: se apoya en Cristo, lo espera todo de Cristo, vive en Cristo y no pretende sino "ganar a todos para Cristo", difundir por el mundo entero "el buen aroma de Cristo.

— *Santidad apostólica*: para esto ha sido llamado y para esto vive. Le gustaría dejar este mundo y estar definitivamente con Cristo, pero sus cristianos le necesitan (Flp 1, 24). Cuando escribiendo a los Romanos dice que "desearía él mismo ser anatema —separado de Cristo— por sus hermanos los israelitas", un estremecimiento de asombro nos recorre los huesos, sabiendo como sabemos lo que Cristo significaba para Pablo (cfr. Rom 9, 1-5).

— *Santidad luchadora*: la vida es un camino, un peregrinaje, una carrera en pos de Cristo. Hay que estar en forma; hay que entrenarse día tras día en el estadio de la renuncia, de la abnegación, de la cruz (1 Cor 9, 27).

— *Santidad humilde, pero alegre y esperanzada*: no hacemos lo que queremos, sino lo que aborrecemos; no tenemos a nuestro alcance realizar el bien (Rom 7, 14-20). Tremenda confesión de Pablo que en vista de ello se arroja confiado en manos de Dios. "¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo" (Rom 6, 24-25). Aquí se fundamenta su amor por la oración.

— *Santidad profundamente humana*: la gracia no ha destruido al hombre en el que afloran los rasgos más hermosos de su personalidad: su sinceridad insobornable, su indomable valentía, su limpieza de intención, su generosidad, su laboriosidad, su espíritu magnánimo, su enorme corazón, su necesidad de cariño, de amistad, de consuelo.

Efectivamente, Pablo será siempre un magnífico modelo a imitar, teniendo siempre presente que en todo santo no se trata tanto de imitar el hecho concreto, cuando la actitud.

IV. PERSONALIDAD LITERARIA

1. PREGONERO DEL EVANGELIO.

La función específica del apóstol —de todo apóstol— encomendada por el mismo Jesús, no es precisamente la de escribir, sino la de hablar, anunciar el Evangelio (Mt

28, 19-20; Mc 16, 15). A esta misión dedican los Apóstoles desde el principio sus mejores energías. Ellos son ante todo "los ministros de la palabra" (Hech 6, 2-4). Pablo no es una excepción; en todos los escritos a comenzar por la primera carta a los de Tesalónica remite hasta casi hacerse cargante a su anuncio oral del Evangelio (cfr. 1 Tes 1, 5; 2, 2. 9. 13. 16, etc.).

¿Cómo era la elocuencia de Pablo? Ciertamente, no se gloría de ella. Sobre todo después de la fracasada experiencia del Areópago (Hech 17, 22-32), ya no buscará nunca más la "palabra sublime y sabia" o "el prestigio de la sabiduría humana", sino que anunciará simple y sencillamente a Jesucristo crucificado (1 Cor 2, 1-4). Pablo tiene, sin embargo, temple y alma de gran orador. Los de Chipre le identifican con Hermes, el dios griego de la elocuencia (Hech 14, 12); Agripa II reconoce su fuerza persuasiva (Hech 26, 28); es capaz de prolongar un discurso hasta bien entrada la noche (Hech 20, 9-11). El griego y el arameo no tienen secretos para él si bien su predicación se desarrolló siempre o casi siempre a nivel familiar. Es natural que en las cartas aflore con frecuencia el orador que lleva dentro: personificaciones, apóstrofes, interrogaciones, son otras tantas muestras de que Pablo cuando escribe, está en realidad hablando. Por eso resulta interesante leer a S. Pablo en alta voz; hay párrafos dignos de la mejor oratoria clásica.

2. PABLO ESCRITOR.

a) *Al hilo de las circunstancias.*

Las reliquias más preciosas de la ingente actividad apostólica de Pablo se nos han conservado en sus escritos. Fue desde luego un momento clave en la historia del cristianismo el día en que Pablo decidió dictar su primera carta. La cosa surgió como una solución de emergencia ante la imposibilidad de trasladarse personalmente de Corinto a Tesalónica. De forma semejante las demás cartas de S. Pablo pueden considerarse como escritos ocasionales por cuanto vieron la luz con ocasión de situaciones particulares de las distintas cristiandades evangelizadas por Pablo (así la gran mayoría), o bien con ocasión de una especial reflexión pastoral del Apóstol sobre algún problema planteado por la predicación del Evangelio o sobre la constitución de la Iglesia de Cristo (Romanos y Efesios).

b) *Un género literario bíblico que alcanza su mayoría de edad.*

Los últimos libros históricos del A. T., es decir, los dos libros de los Macabeos, son testigos de una amplia literatura epistolar, referida principalmente a aspectos militares, políticos o económicos de la vida de los judíos palestinenses (1 Mac 5, 10-13; 8, 23-32; 10, 18-20. 25-45; 2 Mac 1, 1 ss.; 9, 18-27; 11, 16-38; etc.). Con anterioridad, en los libros de Samuel y Reyes, de Esdras y de Ester, encontramos resúmenes de correspondencia oficial. Por su parte el libro de Baruch conserva la llamada Carta de Jeremías (Bar 6, 1 ss.), cuyo antecedente en Jer 29, 1-23 puede considerarse como el primer ejemplo bíblico del uso religioso del género epistolar. Sin embargo, debe admitirse que el empleo de este género literario con propósitos religiosos no adquiere carta de naturaleza hasta el N. T., y más en concreto hasta San Pablo, a quien imitaron otros predicadores del Evangelio. Haciendo números resulta que de los 27 libros del N. T., 21 pertenecen al género literario de las llamadas cartas o epístolas. Más he aquí que la disyuntiva que acabamos de mencionar nos plantea el primer interrogante.

¿Cartas o epístolas?

En el año 1923 y sobre la base de un abundante material de origen helenista, A. DEISMANN establecía una neta distinción entre epístola y carta. La “EPISTOLA” es una cuidadosa composición literaria pensada de cara al público en general y destinada, por tanto, a la publicación; no la ha motivado por lo común ninguna situación concreta, tiene un alcance predominantemente doctrinal y no tiene de carta más que la forma externa. En realidad está en la línea de un ensayo, un diálogo, un discurso o un tratado de filosofía.

Por el contrario la “CARTA” sería un documento más familiar, sin específica intención literaria; un simple medio de comunicación entre personas que se encuentran separadas. Confidencial y personal, el estilo, el tono y el formato responden a estas características.

¿En qué grupo es preciso encuadrar los escritos de San Pablo? Deissmann no dudó en clasificarlas en su origen como "cartas". Y, en efecto, de tener que optar necesariamente por uno de los dos grupos señalados, la clasificación parece correcta. Pero aquí, como en tantas otras ocasiones, Pablo se revela original e independiente, absolutamente ajeno a esquemas preconcebidos. En primer lugar, no es preciso hacer depender a Pablo de esquemas helenistas; también podía y con más razón inspirarse en costumbres judías al respecto. En segundo lugar, las cartas de S. Pablo son ante todo los escritos de un Apóstol, de un pregonero del Evangelio que pretende continuar, prolongar y precisar auténticamente su misión apostólica. Que los destinatarios directos sean una persona o una comunidad entera, es secundario; nunca el Apóstol pierde de vista la edificación de toda la Iglesia. Por lo demás, si las circunstancias le indujeron a utilizar esta concreta forma literaria para comunicar su concepción teológica del misterio de Cristo, también es verdad que encajaba maravillosamente en su genio personal el adoptar una forma ágil de escribir. En resumen podríamos decir que Pablo al proclamar un nuevo mensaje, punto de partida de una Iglesia nueva, inaugura un nuevo género literario: la CARTA en la Iglesia cristiana. Distintas desde luego a las de un Plinio el Joven o un Séneca, las cartas de San Pablo merecen, sin embargo, con todo derecho el calificativo de escritos literarios.

Estructura de las cartas paulinas.

En líneas generales las cartas de S. Pablo se ajustan al esquema del antiguo género literario epistolar con sus cuatro partes: fórmula inicial, acción de gracias, mensaje y saludo final (cfr. las cartas de los libros de los Macabeos citadas más arriba). En las cartas oficiales se añadía con frecuencia la fecha.

En el desarrollo de este esquema general Pablo es ya originalísimo. La novedad del Evangelio lo penetra todo y desde el principio hasta el final las cartas de Pablo rezuman vida cristiana; nada de artificio ni de fórmulas vacías. El comienzo de la carta a los Romanos es un buen ejemplo: ya desde el principio Pablo nos introduce en un mundo de ricos conceptos sobre la revelación y la redención, sobre su propia elección y la de sus lectores, etc. Precisamente por eso no rara vez resulta difícil distinguir dónde termina una parte y dónde comienza otra (v.gr.: 1 Tes; Col).

El cuerpo de la carta, como indudable reflejo de la primitiva predicación cristiana, comprende habitualmente dos secciones: una doctrinal (expone las verdades cristianas) y otra exhortativa (señala las normas de una conveniente conducta cristiana).

Lengua y estilo.

La lengua utilizada por Pablo en sus cartas es el griego helenístico —la Koiné— extendido por todo el mundo civilizado a raíz de las conquistas de Alejandro Magno. Entre los escritores del N.T., sólo el griego de Lucas supera al de Pablo en riqueza y composición. En verdad es posible leer juicios bastante dispares sobre la calidad de la lengua empleada por S. Pablo. Cierto que no es la lengua de los grandes literatos de la época helenística, pero sería injusto por demasiado severo decir que está "infestada de semitismos". Que a veces hace violencia a ciertos vocablos es innegable; también lo es que, diccionario en mano, habría que rechazar el uso de bastantes términos y expresiones. Pablo es, sin embargo, con todo derecho un escritor griego, sin demasiados semitismos y puesto en el trance de proponer un mensaje tan original que a veces no tiene más remedio que violentar un tanto las palabras en busca de matices particulares o de la expresión de conceptos casi inexpresables. Vinculado a la lengua está el estilo y esto hasta el punto de que las características de uno y otra se interfieren mutuamente.

No es el estilo de Pablo —nunca lo pretendió ser— un estilo cuidado, detallista, elaborado. Jamás aparece el Apóstol delitándose por el hecho de haber conseguido una descripción perfecta. Por otra parte, desconoce el estilo sencillo, persuasivo y eficaz de las parábolas evangélicas; no da muestras de un siquiera mediano sentido poético (se le ha acusado de insensibilidad ante las bellezas naturales, de ignorancia de las técnicas jardineras más comunes: Rom 11, 17). La expresión es, a veces, incorrecta e incompleta, y aunque ciertos pasajes parecen haber sido largamente meditados, la mayoría se dirían frutos de un primer impulso espontáneo y sin retoques.

A pesar de todo, la prosa de Pablo con sus períodos sin concluir, con sus párrafos a veces interminables, con su fraseología enrevesada y vivaz, va poco a poco conquistando al lector atento. Por encima de las reglas de retóricos y gramáticos su estilo personalísimo se impone al amanerado —aunque impecable— de no pocos pretendidos maestros de la pluma de aquel tiempo.

En descargo de las incorrecciones del estilo paulino vaya el hecho de que con frecuencia el molde del lenguaje resulta angosto para contener la presión de un pensamiento demasiado rico o de unas emociones demasiado vivas. Y en compensación debe reconocerse con la mayoría de los peritos en este área concreta, que Pablo alcanza en ocasiones auténticas cumbres estilísticas (cfr. 1 Cor 13, 1-13) o momentos de irresistible pasión comparables a las mejores páginas de los grandes profetas hebreos o de los admirados clásicos griegos (cfr. 2 Cor 11, 22 ss.).

Influjos bíblicos y helenísticos.

El influjo de la Biblia se hace presente en la construcción a menudo paralelística de la frase, aunque el paralelismo en Pablo adquiere un matiz especial que lo acerca al sistema análogo propio de los griegos. En este punto algunos autores querrían ver por todas partes reminiscencias helenísticas en el estilo de S. Pablo; en especial le hacen tributario del procedimiento literario entonces en boga conocido con el nombre de diatriba, es decir: avanzar en la exposición de un tema a base de preguntas y respuestas. Antítesis, anacolutos, digresiones, pequeños paréntesis, etc., todo habría que ponerlo a cuenta del género de la diatriba. Parece exagerado. Pablo tenía otras fuentes de inspiración además del propio temperamento personal que explican satisfactoriamente tales procedimientos literarios sin necesidad de recurrir de forma sistemática a la influencia de la literatura griega.

Subgéneros literarios.

La originalidad del género literario inaugurado por las cartas de S. Pablo se pone de manifiesto en la gran variedad de subgéneros que cobran vida dentro de ellas.

Encontramos fragmentos del primitivo anuncio evangélico (Gal 1, 3-4; 1 Cor 15, 1-7; Rom 1, 3-4; 1 Tes 1, 10; etcétera), catequesis populares, exposiciones doctrinales de altura, homilías, himnos, cánticos doctrinales, exhortaciones morales, fórmulas litúrgicas de bendición (Ef 1, 3-14), midrashim (es decir: comentarios un tanto libres de la Sagrada Escritura al estilo rabínico del tiempo; v.gr.: Rom 4, 1-25; 2 Cor 3, 4-18; Gal 4, 21-23), series encadenadas de textos del A.T. (Rom 3, 10-18). Recordemos, finalmente, como obra maestra del arte epistolar la breve pero magnífica carta a Filemón.

Es posible que una buena parte de estas formas enumeradas tuviesen vida independiente antes de ser utilizadas por S. Pablo en sus cartas. Es un dato a tener en cuenta porque, aun aceptando el especial contexto vital y doctrinal en que las inserta Pablo, no puede perderse de vista su formulación primitiva a la hora de establecer una definitiva interpretación.

El texto transmitido.

El texto griego de los escritos paulinos ha llegado hasta nosotros con notable fidelidad. Son escasas las armonizaciones textuales y en cuanto a las variantes carecen de importancia: se trata por lo común de adiciones o supresiones de artículos y pronombres, de intercambio de palabras con sonido y significado parecidos, de variantes en el modo de designar a Cristo, de formas verbales afines. A la hora de reconstruir el texto original las dificultades son mucho menores que las planteadas por los Evangelios o los Hechos de los Apóstoles.

Juicio de conjunto.

A pesar de sus defectos reales o aparentes, Pablo se nos revela como un verdadero escritor griego con un estilo fogoso de extraordinaria densidad.

Es demasiado severo NORDEN —habituado por lo demás a la lectura de las obras maestras de los clásicos griegos— cuando califica la obra literaria de Pablo como "inhelenista"; es injusto RENAN cuando afirma que "es imposible violar más audazmente el genio de la lengua griega". No obstante, él mismo reconoce que el estilo epistolar de Pablo es el más personal que jamás haya existitido, mientras Norden no puede por menos de rendirse a la evidencia ante pasajes como 1 Cor 13 y Rom 8, 31-39, dos composiciones líricas que compara con los ditirambos de Platón: "Estos dos himnos —escribe— han devuelto a la lengua griega una interioridad y un entusiasmo que había perdido desde varios siglos atrás...; el estilo del Apóstol se eleva aquí a la altura del Platón de Fedro (E. Norden, "Die Antike Kunstproza", II, Berlín, 1918, página 509).

También sería excesivo afirmar con E. B. ALLO que Pablo es "un clásico del helenismo" (Rev. Bib., 1934, página 39). Dejémosle en un buen escritor —muy bueno en ocasiones— cuya maestría se alimenta del genio y la elocuencia de un poderoso ideal religioso. No olvidemos que en el fondo Pablo desprecia la afectación humana y cifra su fuerza de persuasión en el poder de la palabra confirmada por las señales del Espíritu (cfr. 1 Tes 1, 5; 1 Cor 2, 4 s.; 2 Cor 11, 6; Rom 15, 18).

Si alguna vez se ha verificado en profundidad la célebre frase "el estilo es el hombre", ha sido en Pablo cuyo estilo y elocuencia están marcados por el amor de Cristo y por la pasión desplegada por el Apóstol en el anuncio del Evangelio.

3. EL "CORPUS PAULINUM".

a) *Canonicidad.*

Nos consta que ya en vida de S. Pablo los cristianos comenzaron a venerar sus escritos (2 Cor 10, 9-11). Una vez muerto y posiblemente antes (cfr. 2 Ped 3, 15-16) se formaron las primeras colecciones de sus cartas. Es posible que a finales del siglo I la colección esté más o menos completa y se las considere ya como escritos sagrados en paridad con "las demás Escrituras". La más antigua referencia en torno a un "corpus paulinum" se remonta al hereje Marción quien por el año 144 d. C. saca a la luz en Roma una lista de escritos paulinos incluyendo diez cartas (no incluía las cartas a Timoteo , Tito y la supuesta carta a los Hebreos).

Tal vez la circunstancia de que un hereje se permitiera el lujo de confeccionar listas de libros sagrados por su cuenta, aceleró un proceso semejante dentro de las comunidades cristianas. De hecho hacia finales del siglo II nos encontramos con el Canon —lista— Muratoriano que considera como sagradas las trece cartas del Apóstol, a las que posteriormente se añadirá el escrito a los Hebreos de cuyas singulares características se ocupan nuestros Cursos en otro lugar.

El orden en que las Biblias modernas suelen ofrecernos las cartas de S. Pablo no responde al tiempo de su composición. En esto siguen la costumbre de ediciones más antiguas (v.gr. la Vulgata latina) que colocan primero las dirigidas a las distintas comunidades eclesiales en orden descendente de extensión. Luego las dirigidas a individuos concretos. El orden histórico más probable de las distintas cartas puede verse en el cuadro cronológico que insertamos como conclusión de este capítulo introductorio.

b) *Autenticidad.*

La paternidad literaria de S. Pablo en relación con las trece cartas que se le atribuyen está sólidamente demostrada. Nadie —ni los acatólicos— lo pone en duda respecto a las llamadas "Grandes Cartas" (es decir: Gal 1.ª y 2.ª Cor y Rom), y a las escritas a los Tesalonicenses. Se ha suscitado alguna leve duda sobre las denominadas "Cartas de la Cautividad" (Col, Ef, Flp y Film) y son bastantes entre los acatólicos modernos los que se resisten a aceptar la autenticidad paulina de las "Cartas Pastorales" (1.ª y 2ª Tim y Tit). Con todo los argumentos que se esgrimen no parecen tan convincentes como para abandonar toda una tradición favorable a la paternidad paulina también de este último grupo de cartas.

En contrapartida Pablo escribió, sin duda, otras, ¿muchas? cartas en el decurso de su actividad misionera. Es lógico que así fuese y así lo sugieren ciertos pasajes de las que conservamos (cfr. 1 Cor 5, 9; 2 Cor 2, 3-4; Col 4, 16).

c) *¿Autógrafo o dictado?*

Suelen señalarse cuatro distintas maneras de escribir cartas propias del mundo grecorromano del N.T.:

a) escribe personalmente el autor;
b) dicta cada palabra a un amanuense;
c) comunica las ideas que un secretario se encarga de dar forma con cierta libertad de expresión;
d) simplemente se encarga a un amigo o secretario que escriba sobre un tema general.

¿Cuál de estas formas fue la utilizada por Pablo? Probablemente la carta a Filemón fue escrita entera personalmente por el Apóstol (cfr. Film 19). Para el resto no es fácil decidirse entre las formas b) y c); incluso es posible que también algunos pasajes de estas cartas —además del saludo final— fuesen escritos directamente por Pablo. El uso de un secretario-amanuense está en alguna ocasión claramente testimoniado (Rom 16, 22), en otras sugerido con bastante claridad (2 Tes 3, 17; 1 Cor 16, 21; Gal 6, 11; Col 4, 18). Pero cuánto tenía de simple amanuense y cuánto de secretario el colaborador o colaboradores de Pablo, es muy difícil de precisar. Uno se inclinaría a opinar por la preponderancia del dictado estricto en la mayor parte de los escritos paulinos.

En todo caso es buena la observación de J. A. FITZMYER de que el uso de un secretario con cierto margen de iniciativa personal "explicaría con seguridad las diferencias de vocabulario y estilo que se hacen notar en algunas cartas de Pablo, cosa a tener en cuenta cuando se estudia y juzga su autenticidad sobre la base de criterios estilísticos" (Comentario Bíblico S. Jerónimo, tom III, página 573).

4. ¿UNA EVOLUCIÓN EN EL PENSAMIENTO DE PABLO?

En buena ley es esta una pregunta para responder al término de un estudio amplio y cuidadoso de la teología de S. Pablo. Lo que ahora vamos a decir sólo tiene un valor orientador; es un intento de alertar ya desde el principio contra afirmaciones demasiado alegres.

Efectivamente, no han faltado quienes han pretendido asistir a una evolución sustancial en el pensamiento religioso del Pablo convertido. Otros hablan de "un eclecticismo que a tener de las circunstancias le habría hecho adoptar puntos de vista divergentes y aún contradictorios, sin concederles valor absoluto, ya que solo le interesaba ganar los corazones para Cristo". Pablo —dicen— hubo de pasar por distintas circunstancias; fueron estas las que condicionaron la evolución de su pensamiento hasta llegar a formulaciones totalmente insospechadas. Cuatro fases principales podrían distinguirse en este proceso evolutivo:

— la etapa escatológica;
— la etapa sotereológica;
— la etapa cristológica;
— la etapa eclesiológica.

En el otro extremo militan quienes sostienen un "fijismo" absoluto en la doctrina de Pablo. Anclado a partir de la experiencia de su conversión en la consideración del misterio de la muerte y resurrección de Cristo, se habría mostrado inasequible a todo cambio.

Probablemente, una vez más la verdad esté en el medio. Ni evolución sustancial, ni fijismo absoluto, sino más bien un desarrollo homogéneo de la revelación fundamental recibida en el camino de Damasco. Aquello debió ser para Pablo algo así como la intuición o intuiciones que iluminan de pronto la mente de un filósofo o un poeta y que después será ampliamente desarrollada en obras posteriores.

Pablo vio y comprendió todo lo que significaba el misterio del Cristo total. Cuando llegue el momento, y atendiendo a concretas y variantes circunstancias, expondrá los diversos aspectos del misterio.

No debe sorprender, por tanto, que situaciones tanto externas como internas del Apóstol —una mayor presión mística, por ejemplo— hayan actuado de trampolín lanzador para que Pablo se ocupara de ciertas doctrinas con más precisión y claridad.

5. CRONOLOGÍA DE LA VIDA Y ACTIVIDAD LITERARIA DE *S.* PABLO.

el 3 - 10 d. C.	Nacimiento.
20 al 25 aproximadamente	Educación en Jerusalén.
25 al 30 "	Estancia probable en Tarso.
30 al 33 "	Regreso a Jerusalén.
34 - 36 "	Conversión.
37 - 39 "	Visita a los Apóstoles.
43 - 44 "	Estancia en Tarso y Antioquía.

Año	45 - 49	(primavera-primavera)	Primer viaje de misión.
”	49		Concilio de Jerusalén.
”	49 al 52	(otoño-otoño)	Segundo viaje misional.
Del	50 al 52	(invierno-verano)	Estancia en Corinto.
Año	51	(últimos meses)	1.ª Carta a los Tesalonicen
”	52	(primeros meses)	2.ª Carta a los Tesalonicen
Del	53 al 58	(primavera-primavera)	Tercer viaje misional.
”	54 - 57	(otoño-primavera)	Estancia en Efeso.
Año	55		Carta a los Gálatas.
”	55	(últimos meses)	Carta (perdida) a los Cori
”	56		1.ª Carta a los Corintios.
”	57	(primeros meses)	Visita rápida a Corinto.
”	57	(primavera-verano)	“Carta de las lágrimas” dida).
”	57	(últimos meses)	2.ª Carta a los Corintios.
”	57 - 58	(invierno)	Estancia en Corinto.
”	57 - 58	”	Carta a los Romanos.
”	58	(principios de verano)	Apresado en Jerusalén.
”	58 - 60		Cautividad en Cesárea.
”	60 - 61	(otoño-primavera)	Viaje hacia Roma.
”	61 - 63	(primavera-primavera)	Cautividad primera en Ro
”	61 - 63		Carta a Colosenses, Filip Filemón, Efesios.
”	63 - 64		Ultimos viajes de Pablo a E y Oriente.
Hacia el 65			Primera Carta a Timoteo y a Tito.
Hacia el 67			Segunda cautividad en Carta segunda a Timot muerte de Pablo.

TESALONICENSES Y GRANDES CARTAS

NOTA PRELIMINAR

Propiamente hablando, por “grandes cartas paulinas” se entienden las cartas a los Romanos, Gálatas y las dos a los Corintios. Su extensión comparativa y su envergadura doctrinal les ha valido el calificativo de “grandes”.

Las dos cartas a los Tesalonicenses constituyen un grupo aparte dentro del “corpus paulinum”; son más pastorales que doctrinales, pero al mismo tiempo difieren notablemente de las habitualmente llamadas “pastorales” tanto por el estilo como por la temática. Diferencias explicables si pensamos que las cartas a los Tesalonicenses constituyen las primicias de la obra literaria de Pablo y las “pastorales”, en cambio, el capítulo final. Precisamente, este factor cronológico relaciona de alguna manera las cartas enviadas a la Iglesia de Tesalónica con el grupo de las “grandes cartas”, puesto que son estas las que en orden histórico de composición siguen a aquellas.

El presente volumen —primero de los dos dedicados a San Pablo en nuestros Cursos Bíblicos— une, pues, la consideración de las cartas a los Tesalonicenses a la de las “grandes cartas”. Y como en nuestro estudio seguiremos el orden cronológico de composición, comenzaremos, precisamente, por las cartas a los Tesalonicenses, continuaremos con Gálatas y Corintios para concluir con la carta a los Romanos como magnífica sistematización doctrinal de todo el primer período de actividad misionera y literaria del Apóstol.

1.ª Y 2.ª CARTA A LOS TESALONICENSES

I. DATOS PARA UNA LECTURA PROVECHOSA

1. TESALÓNICA.

La Tesalónica del N.T. ha vuelto a recuperar en nuestros días el antiguo nombre —durante muchos años se llamo Salónica— y con sus cerca de 300.000 habitantes es actualmente la segunda ciudad griega en importancia después de Atenas.

La ciudad antigua fue fundada en el 315 a. C. por Casandro, general de Alejandro Magno y casado con una hermanastra del gran conquistador. El nombre de la esposa quedó inmortalizado en el de la ciudad. Situada en un lugar estratégico de las riberas del Egeo y al fondo del amplio golfo de Termas, la ciudad progresó rápidamente convirtiéndose en uno de los principales núcleos urbanos de la antigua Macedonia.

Cuando los romanos se apoderaron de Macedonia a raíz de la batalla de Pidna (168 a. C.), Tesalónica pasó a ser la capital de una de las cuatro regiones en que se dividió el hasta entonces reino de Macedonia. Muy pronto el puerto se perfeccionó hasta convertirse en uno de los mejores y más seguros puertos comerciales del mar Egeo. Sus comunicaciones terrestres eran también excepcionales ya que se hallaba enclavada en la ruta de la célebre Vía Egnatia, una de las principales calzadas romanas que por el Occidente empalmaba con el punto terminal de la Via Apia en el Adriático occidental (Dirrachium-Brindisi) y por el Oriente se prolongaba hasta Neápolis, cerca ya del Helesponto (actual mar de Mármara).

En la batalla de Filipos (42 a. C.) Tesalónica se puso de parte de Octavio y el vencedor la concedió estatuto de "ciudad libre". Gozaba, pues, de un gobierno autónomo con su asamblea y consejo de "politarcas" (gobernadores de la ciudad cuyo número oscilaba entre dos y seis miembros). A pesar de esta autonomía el gobernador romano de la provincia residía también allí.

Populosa y abigarrada, Tesalónica era en los tiempos de Pablo una de esas ciudades de paso en que se ve y se oye de todo, donde pululan toda clase de gentes, de razas y de religiones. Viajeros con ideas y noticias de todos los países llegaban y partían a diario para el ancho mundo. Buen lugar para que los siempre hábiles negociantes judíos instalasen una colonia floreciente. Y, en efecto, la comunidad judía de Tesalónica debía ser numerosa como lo prueba el hecho de poseer Sinagoga propia. Posiblemente en la actualidad lo sea todavía más, debido en buena parte a la inmigración de judíos españoles en los siglos XV y XVI; muchos siguen hablando el célebre dialecto sefardita, una especie de castellano fosilizado tal como le hablaban cuando salieron de España.

2. EVANGELIZACIÓN Y VIDA DE LA NUEVA COMUNIDAD.

Fue en su segundo viaje apostólico cuando Pablo, después de tocar por primera vez tierra europea en Neápolis y crear la comunidad cristiana de Filipos, llegó por vía terrestre a Tesalónica. Le acompañaba, ciertamente, Silas y probablemente Timoteo aunque la narración del libro de los Hechos resulta un poco oscura al respecto (cfr. Hech 16, 1-3 y 17, 14-15).

Pablo acometió inmediatamente la tarea de anunciar el Evangelio simultaneándola con el trabajo manual probablemente en el taller de un judío llamado Jasón en cuya casa hallaron hospitalidad. S. Lucas en el relato de los Hechos nos habla de tres Sábados enseñando en la Sinagoga (Hech 17, 2-3). Pero el éxito entre los judíos debió ser más bien escaso y el mismo S. Lucas deja entender entre líneas que la predicación del Apóstol y sus colaboradores se extendió pronto a prosélitos y paganos que acogieron mucho mejor la llamada del Evangelio. Esto supone que si bien el tiempo de evangelización fue realmente corto, fue bastante —tres o cuatro meses tal vez— para dejar una comunidad elementalmente organizada y capaz de mantenerse y progresar por si sola. Pablo hará referencia una y otra vez en las cartas que les escriba, a la doctrina que les ha predicado, lo que supone una catequesis un tanto pormenorizada. La apelación al buen ejemplo que dio entre ellos y los lazos de cariño surgidos entre evangelizador y evangelizados también requieren su tiempo correspondiente (cfr. 1 Tes 2, 1-12; 3, 6; 4, 1. 9; 5, 1; 2 Tes 2, 5-6. 15; 3, 7-10).

Pero una vez más los judíos amotinaron al pueblo, les acusaron de revolucionarios ante los magistrados de la ciudad, y para evitar mayores males Pablo y sus colaboradores abondonaron Tesalónica de noche, encaminando sus pasos a Berea, más al sur. Estaría comenzando la primavera del año 51.

La comunidad recién estrenada se defendió magníficamente. Dificultades no faltaron —¿no son acaso el mejor sello de la autenticidad cristiana?: "bien sabéis que ese es nuestro destino" (1 Tes 3, 3-4)—, pero se mantuvieron fieles al Evangelio y al recuerdo de Pablo. El espectáculo de su amor fraternal ha trascendido los límites de la ciudad; en todas partes se habla de los cristianos de Tesalónica como de una comunidad ejemplar. Pablo está contento, orgulloso casi (1 Tes 1, 2-10; 2, 19-20).

3. DICTANDO LA PRIMERA CARTA.

De Berea, Pablo ha emprendido viaje hasta Atenas; de Atenas a Corinto. En medio de sus continuas labores tanto materiales como apostólicas, piensa en sus queridos cristianos de Filipos, de Tesalónica, de Berea. Sobre todo en los de Tesalónica donde las dificultades podían ser mayores y a donde ha enviado a Timoteo en la imposibilidad de regresar él personalmente (1 Tes 2, 17-18; 3, 1-2).

Cuando a finales del 51 o comienzos del 52, Timoteo y Silas llegan a Corinto procedentes de Macedonia, a Pablo se le ensancha el corazón. Timoteo es portador de buenas noticias con respecto a la Iglesia de Tesalónica en particular. Pero hay algunas nubes en el horizonte. Los judíos continúan, por supuesto, su campaña de descrédito contra el Apóstol; ¿es posible incluso sospechar la presencia de algún francotirador ambicioso y aprovechado dentro de las filas cristianas?; aquí y allá se vislumbran restos de costumbres paganas; pero sobre todo la muerte ha comenzado a hacer su cosecha entre los nuevos cristianos. Y una pregunta angustiosa ha comenzado a tomar cuerpo en el seno de la comunidad: ¿qué va a ser de nuestros difuntos sorprendidos por la muerte antes de la Venida gloriosa del Señor? ¿Y cuándo tendrá lugar esta Venida?

Es posible que Timoteo se confesase incapaz de ofrecer una solución satisfactoria a estos problemas; de hecho Pablo toma conciencia de la necesidad de su intervención y ante la imposibilidad de visitarles en persona, decide escribirles. "Bendigamos la hora —dice HOLZNER— en que Pablo tomó esta resolución. Fue una fortuna para todo el mundo. En un pequeño taller de Corinto —¿otoño del 51?— comenzaba el Nuevo Testamento y su primera página fue una carta nacida de la necesidad del momento" (J. HOLZNER, San Pablo, pág. 246).

Y Pablo escribe, mejor dicho dicta, su primera carta conocida. El emanuense sería Silas; tal vez le ayudó en algún momento Timoteo porque era trabajoso escribir con los materiales de que se disponía en aquel tiempo.

Contenido y disposición de la carta.

a) Saludo (1, 1).

b) Se congratula Pablo con las buenas noticias recibidas (1, 2-2, 16).

c) Informa a los Tesalonicenses sobre sus sentimientos, deseos y planes respecto a ellos (2, 17-3, 13).

d) Exhortación a progresar en la vida cristiana sobre todo en la castidad y la caridad (4, 1-12).

e) Respuesta a las dos principales cuestiones, ya señaladas más arriba, que tenían angustiada a la comunidad de Tesalónica (4, 1-5, 11).

f) Exhortación a la armonía y comprensión en el seno de la comunidad (5, 11-22).

g) Ultimos ruegos y despedida (5, 23-28).

4. HAY QUE VOLVER A ESCRIBIR.

La carta de Pablo debió llenar de alegría a la comunidad de Tesalónica y contribuyó a solucionar eficazmente la primera de las dos cuestiones planteadas, a saber: ¿cuál será la suerte de los que mueran antes de la Venida gloriosa del Señor?

En cuanto, a la segunda cuestión en torno a la fecha de dicha venida gloriosa parece que no tuvo tanta fortuna. O Pablo no se había explicado suficientemente o algún ocioso esparcidor de rumores tenía interés en complicar las cosas. El caso es que, en lugar de disminuir, la tensión escatológica iba "in crescendo" entre los tesalonicenses, hasta el punto de que muchos dejaron de trabajar como quienes tienen sus días contados y hay que preparar el espíritu para el gran "Día" (2 Tes 2, 1-3; 3, 6-12). Debían haber transcurrido unos tres meses desde que Pablo envió la primera carta, cuando estas noticias llegaron a Corinto. El Apóstol arrugaría el entrecejo y pacientemente se dispuso a dictar una segunda carta.

Disposición y contenido.

a) Saludo inicial (1, 1-2).

b) Nueva congratulación acompañada esta vez de una invitación al esfuerzo y a la perseverancia con motivaciones tomadas del juicio remunerador de Dios (1, 2-12).

c) Enseñanza sobre el tiempo de la Venida gloriosa del Señor y las señales precursoras de esta venida (2, 1-12). Es la parte central.

d) Nueva invitación —más explícita— a la perseverancia, solicitando oraciones por el éxito de su ministerio apostólico (2, 13-3, 5).

e) Dura recriminación a los ociosos y chismosos (5, 6-13).

f) Saludo final de su puño y letra (3, 16-18).

No sabemos el efecto que esta segunda carta produjo entre los Tesalonicenses, pero es de suponer que sus ardores escatológicos se pacificasen notablemente.

5. "ESTA ES LA FIRMA DE MIS CARTAS: ASÍ ESCRIBO YO" (2 Te, 17).

Parece que entre la primera y la segunda carta de Pablo a los Tesalonicenses, algún iluminado escatológico, pretendió hacer pasar como del Apóstol alguna carta perturbadora (2 Tes 2, 2). Por eso Pablo se siente obligado en la segunda carta a poner su rúbrica personal haciendo notar su especial caligrafía para que en adelante nadie se llamase a engaño. En varias de las cartas posteriores repetirá la misma advertencia (1 Cor 16, 21; Col 4, 18; cfr. Gal 6, 11).

Tiene su ironía constatar que actualmente es la segunda carta y no la primera sobre la que se proyectan ciertas sospechas de inautenticidad paulina. Sin embargo, la tradición, desde la más remota antigüedad es netamente favorable a la paternidad paulina de ambas cartas (S. Policarpo, S. Ignacio de Antioquía, el Pastor de Hermas, el Canon de Muratori, etc.). La crítica radical del s. XIX acaudillada por la escuela de Tubinga no prosperó en su intento de poner en entredicho el origen paulino tanto de la primera como de la segunda carta.

Pero es preciso reconocer que las dudas con respecto a la segunda no se han extinguido y que los argumentos esgrimidos en apoyo de tales dudas tienen cierta consistencia. Argumentos que se reducen básicamente a dos:

a) La escatología de la segunda carta, si no contradictoria es por lo menos notablemente distinta de la enseñada en la primera (cfr. 1 Tes 5, 2 y 2 Tes 2, 3 ss.).

b) El tono general de la carta, el vocabulario y el estilo son muy distintos. En realidad el argumento sacado del vocabulario y del estilo se puede forzar en dos direcciones casi opuestas. Por un lado, encontramos en 2 Tes ciertos elementos que no volvemos a hallar en las cartas mayores de S. Pablo. Por otro lado, ideas y concepción lingüística general son tan parecidas que tenemos la impresión de encontrarnos ante un autor que escribe teniendo siempre a la vista la primera carta.

La gran mayoría de los autores se resiste a considerar como decisivos y convincentes estos argumentos. Ni las diferencias escatológicas son tan notables que no pueden tener una explicación satisfactoria, ni las divergencias o convergencias lingüísticas son capaces de oscurecer el aspecto genuinamente paulino de la carta. Hoy, incluso entre los acatólicos, son muchos más los que están a favor que en contra.

6. "OS CONJURO POR EL SEÑOR QUE ESTA CARTA SEA LEÍDA A TODOS LOS HERMANOS" (1 Tes 5, 27).

Que S. Pablo atribuía un importante valor a estas sus primeras cartas lo resalta con fuerza el texto que acabamos de citar como epígrafe. Que los Tesalonicenses las conservaron como oro en paño lo testifica Tertuliano cuando menciona a Tesalónica entre las ciudades donde las cartas del Apóstol a ellas dirigidas se leían todavía en sus ejemplares originales.

Actualmente en la lista de libros sagrados del N.T., ocupan un puesto más bien secundario: las últimas entre las cartas dirigidas a las distintas iglesias. Sus dimensiones son modestas; son los primeros pasos de Pablo escritor cristiano; cabría pensar que una amenaza de inseguridad, de inmadurez, de provisionalidad pesa sobre ellos.

Y, en efecto, será inútil buscar en ellas profundas y sistemáticas disquisiciones teológicas. Se trata más bien de las efusiones cariñosas de un padre y pastor que entra en comunicación con los suyos. Pablo se dirige sobre todo al corazón: gozo, congratulación, reconocimiento, avisos, plegarias, palabras de aliento, de consuelo. En este aspecto las cartas a los Tesalonicenses tienen su mejor continuación en la carta a los Filipenses, coterráneos suyos. Con todo esto estamos insinuando que nuestras cartas no tienen el empaque doctrinal de las "grandes cartas" o las "cartas de la cautividad". Pero tienen el encanto de ofrecernos la descripción viva de una comunidad cristiana joven y fervorosa sólo veinte años después de la Ascensión. Y tienen el mérito de anunciar ya una buena parte de los temas que Pablo irá desarrollando con más amplitud en sus escritos posteriores.

Somos conscientes de que la escatología es el aspecto doctrinal más ampliamente tratado en nuestras cartas. Pero no vamos a detenernos especialmente en él porque el lector podrá informarse fácil y ampliamente sobre el tema en cualquier comentario. En este nuestro queremos sacar a la luz otros aspectos dejados con frecuencia en la penumbra.

II. LOS GRANDES TEMAS DE 1.ª Y 2.ª A LOS TESALONICENSES

1. PABLO, SILVANO Y TIMOTEO
A LA IGLESIA DE LOS TESALONICENSES" (1.ª y 2.ª Tes 1, 1).

a) Es confortante constatar que el glorioso nombre de *Iglesia* resuena ya en la primera página del N.T. Pablo no dirige sus cartas a unos cuantos individuos convertidos, sino a la "Iglesia de los Tesalonicenses". Con lo cual no quiere decir que las personas no le interesen; le interesan y sabe muy bien que Cristo ha muerto por todos y cada uno. Pero en línea con todo el pensamiento bíblico piensa en primer término en la comunidad de salvación. Como Apóstol no es un convertidor de almas, sino un fundador de iglesias que no conoce el primado del individuo.

Los cristianos tesalonicenses forman, pues, una comunidad, todo lo reducida que se quiera, pero dentro de la cual se realiza el designio salvador de Dios del que Pablo ha sido instrumento al predicar el Evangelio. Para esto han sido "elegidos" (1 Tes 1, 4), "escogidos" (2 Tes 2, 13), "destinados" (1 Tes 5, 9). En estos tres pasajes, con tres verbos diferentes pero de idéntico significado fundamental, escuchamos el eco del A.T, donde Yavé "escoge" libremente al pueblo —iglesia— de la Alianza. El término "iglesia" utilizado por S. Pablo en el saludo inicial de ambas cartas designa directamente a la comunidad cristiana local. La vinculación, sin embargo, con el Pueblo de Dios del A. T., a la que acabamos de aludir, parece incluir ya una referencia a la Iglesia universal de la que las distintas iglesias locales no son más que una prolongación y una realización concreta. La alusión a "las Iglesias de Dios que están en Judea" (1 Tes 2, 14) aún cuando haya de referirse, principalmente, a la Iglesia madre de Jerusalén, heredera con pleno derecho de la comunidad del desierto, puede y debe extenderse a otras comunidades palestinenses nacidas al calor de la comunidad jerosolimitana y formando con ella la única Iglesia de Cristo.

Parece, pues, que desde muy pronto Pablo tiene clara conciencia de que todas las iglesias locales forman una única e idéntica realidad divina: el Nuevo Israel.

b) La "Iglesia de los Tesalonicenses" es una iglesia de "HERMANOS". Catorce veces emplea Pablo el vocablo en cuestión en la primera carta y siete en la segunda. Paralelamente al de Iglesia era un término usado con cierta frecuencia tanto por judíos como por griegos. Pero aquí Pablo comienza a proyectar sobre él una luz nueva. La fraternidad cristiana es una realidad que hunde sus raíces en Dios Padre a través de Jesucristo el Señor (1 Tes 1, 4; 4, 9-10; 2 Tes 2, 13).

c) Es una iglesia "ORGANIZADA" (1 Tes 5, 12-13). Dato este sobremanera interesante que confirma lo que nos han transmitido los Hechos sobre la constitución de las comunidades cristianas y al mismo tiempo contradice la pretensión de la escuela bultmaniana de que las primeras comunidades eran acéfalas, campo abonado, por tanto, para que en su seno proliferase todo tipo de leyendas y mitos.

En la comunidad de Tesalónica hay unos *presidentes* que ejercen su tarea como un servicio y en nombre y con la autoridad de Cristo. Casi no sabemos nada más de estos "presidentes"; ni cuántos eran, ni cuál era su cometido específico, ni cómo llegaron al cargo. Pero existen y esto es por el momento suficiente. Los hermanos deben recibir "con amor" sus directrices y "amonestaciones" y deben estimar en lo que vale su "labor".

2. "EN DIOS PADRE Y (EN) EL SEÑOR JESUCRISTO" (1.ª y 2.ª Tes 1, 1).

a) La comunidad a la que Pablo escribe, ha sido ciertamente elegida, convocada por Dios. Pero no se trata del Dios Uno del A.T., sino del misterioso e inefable Dios Trinidad revelado por Jesús de Nazaret. Así Pablo ya desde el principio pone sobre el candelero esta verdad central en el nuevo Pueblo de Dios. En el saludo —es cierto— sólo nombra a Dios Padre y al Señor Jesús; pero en seguida aflora a sus labios la tercera realidad divina: el Espíritu Santo (1 Tes 1, 5-6) que si bien con cierta parquedad no deja de estar presente en nuestras cartas (1 Tes 4, 8; 5, 19; 2 Tes 2, 3).

La personalidad divina de Jesucristo se pone de manifiesto en el título de "SEÑOR", "el nombre sobre sobre todo nombre" reservado en el A.T. exclusivamente a Yavé. Dios Padre y el Señor Jesús, no son, pues, como dos bases distintas sobre las que se apoya la Iglesia, sino un único fundamento, una única fuente de vida junto con el Espíritu. Es significativo que Pablo usa sólo una vez la preposición "en": "En Dios Padre y el Señor Jesucristo".

Aùn concediendo a Cerfaux ("La Iglesia en S. Pablo", pág. 177 ss.), que no se debe insistir demasiado en el alcance místico de esta expresión inicial de nuestras cartas, tampoco me parece justo reducirlo a un simple dato para distinguir las comunidades cristianas de las asambleas paganas. Hay mucha más intención en la fórmula paulina, tan repetida después en todos sus escritos. De hecho y limitándonos a nuestras cartas, todo en la Iglesia se atribuye a Dios o a Jesucristo o a los dos conjuntamente. Todo lo que hacen los cristianos lo hacen en Dios o en el Señor. Pablo se dirige a ellos en el Señor (1 Tes 4, 1-2); los que presiden lo hacen en el Señor (1 Tes 5, 12); los tesalonicenses deben cumplir la voluntad de Dios en Cristo Jesús y permanecer firmes en el Señor (1 Tes 5, 18; 3, 8) hasta que un día mueran en Cristo (1 Tes 4, 14-16). Por otra parte, el Señor les hace progresar, les robustece, dirige sus corazones, les mantiene en la fe y les conduce a la salvación (1 Tes 3, 12-13; 2 Tes 2, 17; 3, 3-5). Misteriosas relaciones entre las personas divinas y los cristianos que constituyen el punto de partida de una nueva vida según el Espíritu.

b) Que estas relaciones no son ni deben ser algo aéreo y puramente idealista lo pone de manifiesto Pablo descendiendo al terreno concreto de la imitación. Una imitación del Señor (y suya propia) a la que en su día invitó a los Tesalonicenses y que ahora al constatar con gozo que reina realmente entre ellos, no puede menos de admirar y elogiar (1 Tes 1, 6-8). La santidad de vida debe ser el fruto logrado de estas relaciones tan misteriosas pero al mismo tiempo tan realistas (cfr. 1 Tes 4, 3-7; 5, 23; 2 Tes 2, 13).

3. "REVISTAMOS LA CORAZA DE LA FE Y LA CARIDAD Y EL YELMO DE LA ESPERANZA" (1 Tes 5, 8).

Pablo es plenamente consciente de que su misión de Apóstol consiste en anunciar el Evangelio. Para esto ha sido llamado: "¡Ay de mí si no evangelizare". Pero al anuncio del Apóstol corresponde la respuesta del hombre. Respuesta que se concreta en tres disposiciones interiores fundamentales: la **FE**, el AMOR y la ESPERANZA. En este orden las enumera S. Pablo en las primeras líneas de su primer escrito (1 Tes 1, 3). No se trata de un orden de preeminencia como consta, por ejemplo comparando con 1 Cor 13; si aquí lo mismo que en 1 Tes 5, 8 se menciona a la esperanza en último lugar se debe, sin duda, al matiz escatológico que domina en estas cartas.

Es verosímil que la agrupación tan espontánea de estas tres disposiciones —virtudes— sea anterior a nuestra carta e incluso al mismo S. Pablo. Sus raíces entonces deben buscarse en la primitiva catequesis cristiana y describirían tres estados esenciales de la Iglesia misma, previos a su realización concreta en cada cristiano.

Sea lo que fuere, Pablo enseña con fuerza que el genuino receptor del Evangelio se define por la posesión de estas disposiciones a las que a veces enumera de dos en dos (cfr. 1 Tes 3, 6; 2 Tes 1, 3-4; 3, 5).

a) *La fe.*

El cristiano "cree" y la fe le introduce en el mundo de la salvación, de la luz. Los demás pertenecen al mundo de las tinieblas (1 Tes 4, 12; 5, 5). Los cristianos son lisa y llanamente los "creyentes", sin necesidad de mayor especificación (1 Tes 1, 7; 2, 10. 13). En el origen, en el término y en el centro de esta fe está el "Dios vivo y verdadero" (1 Tes 1, 9) y Jesús que "murió y resucitó" (1 Tes 4, 14).

b) *El amor.*

El cristiano "ama". La fuerza de la fe se manifiesta en el amor (1 Tes 3 6-12; 2 Tes 1, 3). Pablo mismo ha sido un magnífico modelo; les ha amado hasta querer entregarles su propia vida junto con el Evangelio de Dios (1 Tes 2, 8). El maestro supremo e insuperable, sin embargo, ha sido el mismo Dios (1 Tes 4, 9). El amor de Pablo, como el de todo cristiano, no puede ser más que un amor participado.

No es ningún secreto que S. Pablo rara vez habla expresamente del amor del hombre a Dios (cfr. Rom 8, 28; 1 Cor 2, 9; 8, 3). Se diría que el ejercicio de este amor lo incluye en el de la fe. Así en nuestras cartas habla de amor mutuo (1 Tes 3, 12; 4, 9; 2 Tes 1, 3), del amor que se desborda a las iglesias de toda Macedonia (1 Tes 4, 10), del amor a "los que presiden" (1 Tes 5, 13), del amor a todos los hombres, incluso a quienes nos hacen el mal (1 Tes 3, 12; 5, 15). Vale la pena destacar como expresión sin paralelo en la Biblia la de 1 Tes 2, 10: "los que no han aceptado el amor a la verdad que los hubiera salvado".

En fin, el amor cristiano del que habla S. Pablo no es sentimental. Aún siendo capaz de engendrar sentimientos fuertes y duraderos a la par que tiernos y dulces, es ante todo realista y operante. Pablo no se hace ninguna ilusión ni quiere fomentar ilusiones entre los cristianos. Amar cuesta. Pablo lo sabe y elogia "el esfuerzo" del amor (1 Tes 1, 3) al mismo tiempo que previene contra el cansancio (2 Tes 2, 13).

c) *La esperanza.*

El cristiano "espera". La esperanza es, junto con la fe y la caridad, una disposición específica del cristiano que le proyecta hacia un futuro glorioso. Aquí está la fuente inagotable de la alegría cristiana mientras que los que carecen de esperanza viven condenados a una irremediable tristeza (1 Tes 4, 13).

En cuanto conectada con la espera de la Venida gloriosa del Señor, la esperanza ocupa en nuestras cartas el centro de la escena. Por ello, no podemos menos de dedicarla un apartado especial.

4. "ESPERANDO DEL CIELO A SU HIJO EL CUAL NOS SALVA DE LA IRA VENIDERA" (1 Tes 1, 10).

a) *Esperar la salvación.*

Sabemos ya cuál fue el motivo concreto que impulso a Pablo a escribir a los Tesalonicenses. Se trataba de responder a sus preguntas sobre la suerte de los difuntos y sobre la fecha de la Venida del Señor. Pablo responderá, por supuesto, pero quitando importancia —si vale hablar así— al problema y poniendo el acento sobre el hecho verdaderamente decisivo: LA SALVACION.

De esto se trata sobre todo: "de que los gentiles se salven" (1 Tes 2, 16), de que la vida de los tesalonicenses se mantenga tensa por la "esperanza de la salvación a la que Dios les ha destinado por Jesucristo" (1 Tes 5, 8-9), de que esperen confiados la Venida del Hijo que "nos salva de la ira venidera" (1 Tes 1, 10), de "amar, en fin, la verdad salvadora" (2 Tes 2, 10).

El objeto de la esperanza de la Iglesia y de cada cristiano en particular no es otro que la plenitud de esa salvación inaugurada ya por Cristo muerto y resucitado (1 Tes 1, 10). En realidad para los que han entrado en el querer divino, la salvación es ya real —"nos salva"— si bien su consumación se espera en el futuro —"destinados a la salvación".

Como sucede en los restantes temas tocados por nuestras cartas, tampoco aquí podemos ni debemos esperar una teología de la salvación perfectamente elaborada, pero la que nos ofrecen revela una firmeza y una fuerza notables. A esta precisa luz interesa la suerte de los difuntos y S. Pablo responde con claridad meridiana que su participación en la salvación, si han muerto "en Cristo" será plena y total, en modo alguno inferior a la de los que en el "gran Día" puedan encontrarse con vida (1 Tes 4, 13-18).

b) *La Parusía como consumación de la salvación.*

Parusía es el término técnico utilizado en los escritos del N.T. para significar la Venida gloriosa de Jesucristo al final de los tiempos. Este vocablo que resuena seis veces en nuestras cartas (1 Tes 2, 19; 3, 13; 4, 15; 5, 23; 2 Tes 2, 1. 8), no es una creación del lenguaje cristiano. Se utilizó en el mundo helenístico tanto profano como religioso y también en ambientes judíos de índole apocalíptica. Es posible que los orígenes del vocablo fuesen modestos, pero con el tiempo pasó a designar sobre todo la visita solemne del emperador o príncipe a una ciudad.

Transplantado al mundo cristiano, el término en cuestión se identifica con "el Día del Señor" —el "Día de Yavé" en las páginas del A.T.— momento en que el juicio de Dios, salvador o condenatorio alcanzará de forma definitiva y total a toda la humanidad (1 Tes 1, 10; 2, 16; 5, 9; 2 Tes 1-2). Esto es lo verdaderamente trascendental en la Venida gloriosa de Cristo al final de los tiempos: el carácter de plenitud que confiere a la Historia de la Salvación. Lo referente al tiempo y al modo, al llamado "escenario de la Parusía" reviste el aspecto de pregunta indiscreta e impertinente, aún cuando Pablo haciendo gala de una buena dosis de paciencia intentte una respuesta que a fuerza de calcada en la apocalíptica judía nos resulta tremendamente misteriosa.

c) *Circunstancias de la Venida del Señor.*

En este punto concreto puede resultar interesante confrontar la descripción paulina con la que nos ofrece el discurso escatológico de los Evangelios Sinópticos. Las coincidencias son numerosas (cfr. 1 Tes 4, 16-17 y Mt 24, 30-31; 25, 6; 1 Tes 5, 1-10 y Mt 24, 36. 42-49; Lc 21, 34-36; 2 Tes 1, 9-10 y Mt 25, 31 ss.; etc.). Todo esto parece indicar que la común fuente de inspiración es la enseñanza escatológica de Cristo recogida por la tradición. Que Cristo utilizó en su predicación sobre este tema los esquemas de la apocalíptica judía entonces tan en boga, es más que verosímil. Le servían a maravilla para hablar sobre algo cuyas circunstancias concretas quería dejar envueltas en el velo del misterio. El mismo procedimiento utilizó, sin duda, Pablo cuando anunció el Evangelio a los Tesalonicenses, pues aunque 2 Tes 6-7 parecería indicar que Pablo les había hablado con toda precisión sobre ciertos detalles; v.gr.: sobre la naturaleza del "obstáculo" que impide la manifestación del "Impío", sin embargo, es mejor no sacar conclusiones demasiado apresuradas. El género literario utilizado por el Apóstol en su enseñanza oral sobre este tema hubo de ser por fuerza el mismo género literario apocalíptico de sus escritos. No podía ser otro. Habrá que ajustar, entonces, la interpretación a las reglas de un género literario en que símbolos e imágenes estereotipadas están a la orden del día para hablar —valga la paradoja— de una realidad inefable.

Así las cosas, parecen de antemano condenados al fracaso todos los intentos de identificar la Apostasía, la gran tribulación, el Impío y el Obstáculo con situaciones o personajes concretos de la historia humana. No sabemos, pues, en qué pensaba Pablo al escribir estas páginas, pero difícilmente podía tratarse de representaciones históricas concretas. Su pensamiento no es político, ni filosófico, ni histórico, sino teológico y escatológico. "Esta conclusión

—escribe el P. Benoit en su recensión a la obra de B. Rigaux— frustra y desilusiona nuestra curiosidad, pero es la más prudente y la más sabia en el estado actual de nuestra información".

d) *Momento de la Parusía.*

"El Día del Señor vendrá como un ladrón en la noche", escribe Pablo en 1 Tes 5, 2. Y además les recuerda que esto ya lo saben ellos sobradamente. Teniendo en cuenta que la imagen del ladrón es extraña a la literatura apocalíptica, resuena aquí el eco de la predicación de Jesús tan explícita sobre la incertidumbre del momento y tan urgente sobre la necesidad de vivir vigilantes (cfr. Mt 24, 37-44; 25, 1-13).

Esta ignorancia, paladinamente confesada por Pablo, sobre el momento de la manifestación gloriosa del Señor, no está en contradicción con las señales precursoras a que se refiere en 2 Tes 2, 1 ss., ni con la aparente convinción manifestada en 1 Tes 4, 15-17 de que él en persona asistirá al acontecimiento. No se opone a las señales precursoras, porque estas son lo suficiente vagas y misteriosas para que pueda seguir empleándose la imagen del ladrón que viene de improviso. Tampoco se opone a 1 Tes 4, 15-17 porque, aún en el supuesto de que Pablo esperase para sus días la Venida gloriosa de Cristo, semejante esperanza no implicaba el conocimiento del día y la hora exacta en que había de ocurrir.

Si Pablo esperaba o no en sus días la consumación del misterio salvador no es cuestión a resolver partiendo sólo de los datos que nos proporcionan nuestras cartas. En realidad el célebre texto: "Nosotros, los que vivimos, los que quedemos hasta la Venida del Señor, no nos adelantaremos a los que murieron" (1 Tes 4, 15), ha podido ser traducido incorrectamente tomando como punto de mira la Vulgata latina. Es posible, e incluso probable, atendiendo al contexto, una traducción distinta a este tenor: "Nosotros los que vivimos, los que quedamos, cuando venga el Señor no aventajaremos a los que murieron". En la hipótesis de esta traducción, Pablo no manifestaría nada sobre su pretendida asistencia personal a la Parusía (ver, sin embargo, Biblia de Jerusalén, explicación en nota a 1 Tes 4, 15).

No cabe duda que toda la Iglesia cristiana primitiva vivió una singular tensión escatológica centrada en la espera anhelante del Señor. Si el acontecimiento cumbre de la historia salvífica, a saber, la Resurrección de Cristo, ya se había realizado, la consumación de esa historia no podía por menos de realizarse. Y pronto. Es posible que en estos primeros años de la Iglesia asistamos a una transposición de perspectivas. La proximidad teológica —que pertenece ciertamente a la revelación— se ha llegado a confundir con la proximidad cronológica, que no era más que un irresistible deseo de que la obra de Cristo alcanzase su meta final. ¿Por qué no había de participar Pablo de este deseo, dejándolo traslucir a veces instintivamente en sus cartas? (cfr. 1 Cor 15, 51-52).

Resulta así, que por un camino nuevo volvemos otra vez al punto de partida. Lo importante, lo decisivo, no son las circunstancias ni el momento en que se consumará la salvación, sino la SALVACION MISMA, "el estar siempre con el Señor" (1 Tes 4, 17).

5. "EL SEÑOR OS GUARDARÁ DEL MALIGNO" (2 Tes 3, 3).

San Pablo es realista cien por cien. No se hace ninguna ilusión sobre la bondad del ambiente y de las circunstancias en que los cristianos tienen que desarrollar su vida religiosa. El drama inaugurado en los albores de la humanidad sigue representándose día tras día en los tablados del mundo; el bien y el mal siguen disputándose el corazón y el destino del hombre. Satanás no es un mito; es el Maligno, el Tentador siempre dispuesto a sembrar de sal los campos roturados para el Evangelio (1 Tes 3, 5). Existen "hombres malvados, perversos, engañadores" (1 Tes 2, 15-16; 2 Tes 2, 3; 3, 2); el "misterio del mal" está actuando en el mundo y vendrá un día en que desplegará todo su poder (2 Tes 2, 7-9). Existe sobre todo el mal que nace del interior del hombre: la pasión del egoísmo, de la lujuria, de la pereza, de la intemperancia (1 Tes 4, 1-9; 5, 7; 2 Tes 3, 6-12).

Todo esto es verdad, pero el cristiano dispone de las armas necesarias para hacer frente al mal (1 Tes 5, 8) y en última instancia deben alimentar la firme esperanza de que el problema es al fin y al cabo de Dios que los ha llamado a la salvación (1 Tes 5, 9). A El le corresponde que crezcan y progresen en el amor (1 Tes 3, 12), que se afirmen y consoliden en la práctica del bien (2 Tes 2, 17). Dios se ha encargado de ellos, los ha escogido, llamado, santificado. Los seguirá santificando y "conservando sin mancha hasta la Venida del Señor Jesucristo" (1 Tes 3, 13; 5, 2324).

Con todo Pablo no deja de recomendar a sus cristianos que "se abstengan de todo mal" (1 Tes 5, 22). Comienza a vislumbrarse ya aquí la misteriosa tensión entre gracia de Dios y libertad del hombre que tantos quebraderos de cabeza ocasionará a la teología católica. Tensión que como en otras ocasiones sólo la Biblia es capaz de aguantar sin romperse en mil pedazos.

6. PRIMICIAS DE UNA TEOLOGÍA ENCARNACIONISTA.

A primera vista puede parecer una paradoja y hasta un desatino hablar de encarnacionismo en unas cartas cuyo tema central apunta a la consumación del mundo temporal en el día de la Venida del Señor (1 Tes 1, 10; 2, 11. 19; 3, 13; 4, 13; 5, 1 ss.; 23; 2 Tes 1, 7 ss.; 2, 1 ss.). Se trata, sobre todo, como fácilmente se deduce leyendo los textos citados de vivir vigilantes, espiritualmente preparados para el gran día del encuentro con el Señor y desprendidos, por tanto, de todos aquellos lazos terrenos que impidan o dificulten ese encuentro. Esta tierra no interesaría mayormente.

Parece que, en fecto, algunos visionarios de Tesalónica habían llegado a esta especie de quietismo pseudomístico (2 Tes 3, 11) y ello dio ocasión a Pablo para poner las cosas en el fiel de la balanza. Ni desestimación de las tareas temporales ni exaltación entusiasta de los valores simplemente humanos.

Es cierto que la vida del cristiano tiene que desenvolverse en un doble plano: la vida profesional civil que tiene en común con todos los demás y la vida propia de su inserción en el misterio de Cristo. Que el cristiano puede y debe colaborar en la realización del mundo temporal lo enseña S. Pablo con el ejemplo y con la palabra. En primer lugar, recuerda que proclamó el Evangelio "trabajando día y noche" con sus manos (1 Tes 2, 9); en segundo lugar, manda a los visionarios de Tesalónica que "trabajen con sosiego para comer su propio pan" (2 Tes 3, 10-12).

La vida profesional no está, pues, rebajada hasta el punto de ser una vida aparente, sin valor; es campo de lucha de prueba y el cristiano debe comprometerse seriamente en la edificación de la ciudad terrena. Ni Jesús, ni Pedro, ni Pablo exigen a sus convertidos el abandono de sus respectivas ocupaciones profesionales. Pero sí les exigen que en adelante tales ocupaciones sean ejercidas a luz del Reino de Dios. Difícil cosa si pensamos que la entrada del pecado en el mundo ha roto, o por lo menos enturbiado, la armonía querida por el creador.

El cristiano, pues, durante el tiempo de su vida ha de moverse en un peligroso equilibrio entre su condición de hijo de esta tierra y su vocación de constructor y ciudadano de una "tierra y unos cielos nuevos". S. Pablo tiene ideas claras sobre cuáles son los valores principales, pero no desconoce que es preciso realizar un generoso esfuerzo integrador: "Aunque pudimos imponer nuestra autoridad por ser Apóstoles de Cristo, nos mostramos amables, como una madre que cuida con cariño a sus hijos" (1 Tes 2, 7).

CARTA A LOS GALATAS

I. CIRCUNSTANCIAS DE LA CARTA

1. UNA CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE.

La "solicitud por todas las Iglesias" de que habla San Pablo en 2 Cor 11, 28 conoció varios momentos culminantes en el curso de la vida del Apóstol. He aquí uno de ellos: el momento en que Pablo toma conciencia de que la situación creada en el seno de las comunidades cristianas de la Galacia amenaza derribar el edificio entero de la "única Iglesia de Cristo".

¿Qué acontecimientos eran éstos y cuál el grave peligro que implicaban?

a) Los "GALATAS" eran un pueblo de origen céltico emparentados con las tribus de la Antigua Galia (hoy Francia). A lo largo del Danubio y atravesando Macedonia habían llegado hasta la península del Asia Menor en cuya parte central se instalaron después de muchos avatares. En el año 189 a. C., fueron sometidos por el cónsul romano Manlio Vulso, creándose la provincia romana de Galacia a la que con posterioridad se añadieron algunos territorios y ciudades más al sur.

Pablo evangelizó estos territorios y ciudades del sur durante su primer viaje apostólico en los años 45-49 d. C. (cfr. Hech 13, 13-14, 24). En cuanto a los territorios y ciudades del norte —la Galacia propiamente dicha— debieron ser evangelizados durante el segundo viaje. El libro de los Hechos sólo nos proporciona una muy escueta referencia: "Atravesaron Frigia y la 'región gálata' pues el Espíritu Santo les había impedido predicar la palabra en Asia" (Hech 16, 6). Ni siquiera se dice que anunciasen el Evangelio en dichas regiones, pero debe sobreentenderse.

b) Pues bien, he aquí que a un cierto momento las comunidades cristiana de Galacia se agitan convulsas.

Han llegado —¿de dónde?— hasta ellas unos predicadores —¿quiénes?— del Evangelio que ponen en entredicho la bondad del anuncio evangélico hecho por Pablo. Este es acusado poco menos que de falsario, de predicar un evangelio mutilado, de ser un miniapóstol. El auténtico Evangelio es el de los APOSTOLES —con mayúscula— de Jerusalén; el Evangelio que manda observar fielmente la Ley; el Evangelio que se sitúa en continuación con las sagradas tradiciones del pueblo judío, verdadero pueblo de Dios.

El asunto es grave y Pablo toma al punto conciencia del peligro. Que le ataquen a él personalmente no le preocupa; pero le angustia el daño irreparable que pueda hacerse a las jóvenes comunidades cristianas. En realidad está en juego la esencia y el futuro del Cristianismo. ¿Será el movimiento religioso iniciado por Jesús de Nazaret una religión formalista y ritual, una religión de práctcas exteriores como el judaísmo fariseo de su tiempo, como las religiones mistéricas paganas o como más tarde la religión de Mahoma? La primavera de liberación que un día comenzó a florecer en Galilea puede agostarse antes de dar fruto y los hombres seguiríamos ignorando que somos hijos —y no esclavos— de Dios, que a Dios se le debe adorar "en espíritu y en verdad", que lo importante no es lo que se come o no se come, sino lo que se piensa y se quiere, que —en fin— no somos nosotros, sino Dios el que nos salva.

Por todo esto, por no convertir al cristianismo en una simple secta judía, ha luchado Pablo encarnizadamente hasta aquí, y a la vista de las noticias que le llegan de Galacia se dispone a seguir luchando con uñas y dientes.

c) Sabemos que el problema en cuestión se planteó con crudeza a nivel de toda la Iglesia en el primer Concilio reunido en Jerusalén el año 49 (Hech 15, 1-35). Como allí quedó zanjada la disputa en contra de la tendencia judaizante, cabría pensar que el problema suscitado en las comunidades de Galacia es anterior al Concilio de Jerusalén. Esto significa que tales comunidades serían las de Galacia del sur, evangelizadas en el primer viaje de Pablo, y no las de la Galacia del Norte cuya evangelización llevó a cabo después de la asamblea jerosolimitana (Hech 16, 6). Esto significa también que la Carta a los Gálatas sería el primer escrito del N. T., anterior incluso a las cartas a los Tesalonicenses. Así lo sostuvieron con calor numerosos estudiosos durante el s. XIX (v.gr.: Renán, Ramsay, etc.) y se ha seguido sosteniendo hasta nuestros días (cfr. Enciclopedia de la Biblia, vol. III, pág. 687), aunque en la actualidad dicha opinión ha perdido mucho terreno.

d) El análisis de nuestra carta es mucho más favorable, y así se piensa hoy generalmente, a que el problema surgió entre las comunidades de la Galacia del Norte y a ellas escribe Pablo probablemente el año 55 desde Efeso —¿o el año 57 ya en camino hacia Corinto?

En verdad leyendo detenidamente el libro de los Hechos tenemos la impresión de que en el acuerdo conseguido en Jerusalén hubo bastante de compromiso; el mismo discurso de Santiago resulta un tanto ambiguo y dejaba abiertas ciertas brechas por donde podían colarse de nuevo los judaizantes (cfr. Hch 15, 19-21). Estos, que no se dieron fácilmente por vencidos, buscaron campo propicio a sus puntos de vista y lo hallaron entre los ingenuos gálatas, a cuyos ascendientes galos Julio César calificó ya de "mudables y volubles".

Digamos finalmente que sobre las cuestiones relativas a la fecha, lugar de composición y destinatarios de la Carta a los Gálatas, no es posible al presente una seguridad total; pero tampoco es necesaria para una correcta interpretación de su mensaje, que es lo imporante.

2. AUTORRETRATO DE CUERPO ENTERO.

Es difícil leer la Carta a los Gálatas y no sentir la sensación de que la figura de San Pablo toma cuerpo y consistencia ante nosotros. Uno se lo imagina dictándola —¿o tal vez la escribió entera de su puño y letra?— de un tirón, paseando de un lado a otro nervioso pero concentrado, haciendo esfuerzos por mantenerse sereno pero traicionando a cada paso su emoción. El hombre apasionado y el apóstol celoso se transparentan en cada párrafo.

Consciente de su misión hasta parecer engreído, hace valer su plena condición de apóstol (1, 1. 15-17) con la misma autoridada que los demás (2, 7-9). Maldice y apostrofa con violencia (1, 8-9); razona con agudeza e ironiza con terrible mordacidad (5, 12); recrimina sin respetos humanos (2, 14) y ruega con dulzura (4, 12). No le acobarda llamar "insensatos" a los gálatas (3, 1) pero aún le queda sitio en el corazón para decirles "hijos míos por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros" (4, 19).

Si hay alguna carta de cuya autenticidad paulina no es factible dudar, es precisamente la Carta a los Gálatas. Sus preciosos datos autobiográficos, su tono, su estilo, sus ideas no admiten más autor que Pablo. Nadie en la antigüedad lo puso en entredicho y nadie lo pone actualmente. Toda ella es una inmensa rúbrica paulina.

3. "MIRAD CON QUÉ LETRAS TAN GRANDES OS ESCRIBO" (6, 11).

Aunque no hay duda de que nuestro escrito es una verdadera carta con unos destinatarios y un tema suficientemente delimitado, la pintoresca expresión de Pablo que sirve de epígrafe a este apartado, pone de relieve un matiz especial dentro del género literario utilizado. Se trata de una carta polémica cien por cien. Con un estilo tremendamente agresivo busca golpear al adversario allí donde más daño pueda hacerle; esgrime todo tipo de argumentos: referencias históricas, evocaciones personales, citas de la Sagrada Escritura, procedimientos exegéticos característicos de las escuelas rabínicas, argumentación "ad hominem", anotaciones irónicas, etc. De todo ello dimana una especie de bello desorden, una aparente falta de estructura en la que sin embargo todas las flechas apuntan al mismo blanco. Este único objetivo es justamente lo que confiere a la carta su unidad irrompible más allá de cualquier intento disgregante.

En este sentido es cierto que la estructura literaria de la carta tiene una importancia marginal. Suelen distinguirse, dentro de la habitual variedad de opiniones, tres secciones bastante bien delimitadas:

a) Una sección histórico-apologética. Pablo reivindica la absoluta legitimidad de su apostolado y por tanto la autenticidad de su anuncio evangélico (cps 1-2).

b) Una sección doctrinal. Pablo demuestra que el manantial de la verdadera salvación está en Cristo y no en la Ley antigua (cps 3-4).

c) Una sección exhortativa. Pablo indica cuál debe ser la actitud del hombre liberado por Cristo y urge a los cristianos a vivir según el espíritu liberador y no según la carne esclavizante (cps 5-6).

Después vendrán los párrafos sin concluir, los razonamientos implícitos que el lector debe suplir, los saltos inesperados en la redacción, el retorno a las ideas ya expuestas. A veces se hace difícil la inteligencia de ciertos pasajes; no debemos extrañarnos si tenemos en cuenta el estado de ánimo de San Pablo y la multitud de ideas que pugnaban por saltar de su corazón y de su mente a sus labios y de sus labios a la pluma del asombrado —y casi asustado— amanuense.

II. LAS IDEAS MAESTRAS DE LA CARTA

El tema central de nuestra carta y las principales ideas de la misma van a ser resumidas y expuestas reposada y sistemáticamente por Pablo en su posterior carta a los cristianos de Roma. La Carta a los Gálatas debe, por tanto, ser leída e interpretada a la luz de la Carta a los Romanos, aunque en realidad de verdad ambos escritos se iluminan mutuamente.

Hecha esta advertencia que nos invita a completar lo que aquí vamos a decir con lo que allí diremos, no es posible ignorar que Gálatas nos ofrece ya las grandes intuiciones paulinas sobre los temas más característicos del cristianismo. Intentaremos aquí una enumeración y en lo posible breve descripción de tales intuiciones.

1. Católicos y protestantes frente a frente.

Lutero llamaba a la Carta a los Gálatas *"la novia de su alma"*. Efectivamente, en ella y en la Carta a los Romanos creyó encontrar un cimiento inconmovible a su peculiar manera de entender el proceso según el cual el hombre es salvado.

En particular creyó descubrir en Gal 2, 16 y Rom 3, 28 la exclusión absoluta de todo esfuerzo humano y la afirmación neta y tajante de que es la fe en Jesucristo —la "sola" fe— el único elemento salvador. Los Reformadores utilizaron la expresión "el hombre es salvado por la sola fe" como una contraseña doctrinal frente a lo que ellos llamaban legalismo fariseo de los católicos, mientras éstos a su vez les acusaban de reducir a la nada la colaboración del hombre en su propia salvación.

La postura reformadora, excluyendo todo elemento humano activo en el proceso que conduce a la *justificación-salvación,* deriva con lógica aplastante de la que ellos llaman "total corrupción de la naturaleza pecadora". El hombre pecador está radicalmente incapacitado para hacer nada bueno. Sólo de Dios puede esperar confiado (con-fe) la salvación. Dios, por su parte, le confiere la salvación *declarándolo justo* en virtud de los méritos de Jesucristo. Declarándole justo aunque en el fondo el hombre permanece radicalmente corrompido. Se trataría, pues, de una especie de ficción jurídica: "Dios cubriendo el rostro, nos considera justos siendo así que no lo somos".

Así se ha interpretado por lo común la doctrina luterana desde el campo católico y desde esta interpretación se la ha combatido. En nuestros días —en realidad desde hace ya bastantes años— asistimos por una parte a un fenómeno de *reinterpretación* del pensamiento de la Reforma llevado a cabo en el seno de la misma teología protestante, en el sentido de matizar profundamente ciertas afirmaciones clásicas del luteranismo. No queremos discutir aquí si tal reinterpretación se hace en un contexto de fidelidad o más bien de traición al pensamiento de Lutero. Simplemente constatamos el hecho que abre cauces a un diálogo fecundo entre dos posturas durante muchos tiempo encastilladas en sus posiciones. Porque, por otra parte, la honrada e inteligente consideración de la doctrina paulina puede y debe llevar a los católicos a una afirmación matizada del "sola fide" protestante. Veamos más en detalle.

2. SALVADOS EN CRISTO JESÚS.

Ya en párrafo inicial de la carta, Pablo enuncia el postulado central de toda su disertación: la salvación del hombre viene de Dios a través de Jesucristo "que se entregó a si mismo por nuestros pecados para librarnos de este perverso mundo" (1, 3).

Para un mediano conocedor del A.T. la convinción de que Yavé fue siempre en el pasado y seguiría siendo en el futuro el verdadero, único y eficaz salvador de su pueblo, tenía que ser algo claro como la luz de un mediodía a pleno sol. En efecto, a la vista estaban las mútiples experiencias históricas vividas por Israel desde los tiempos de la liberación egipcia hasta la reciente crisis nacional provocada por la persecución siria en tiempos de Antioco IV. La tesis fundamental de la gran Historia Deuteronomista, de la predicación profética y de la lírica suplicante de los salmos, es siempre la misma: "fuera de Yavé no hay salvación". Las citas podrían multiplicarse hasta el infinito (cfr. Vocabulario de Teología Bíblica, Leon-Dufour, art. Salvación). Pero el judaísmo de los últimos tiempos antes de Cristo vino a complicar terriblemente las cosas.

Por una parte, la quiebra de las instituciones nacionales a raíz del destierro de Babilonia y, por otra, el enorme respeto —rayano en el miedo— que la presencia personal de Yavé suscitaba en los círculos religiosos más representativos de Israel, provocaron un desplazamiento de interés hacia la Tora, la Ley. Se la identifica con la Sabiduría que vive junto a Dios como hija suya predilecta; más aún, la Ley es reverenciada como la autoridad soberana a la que Dios mismo da la impresión de someterse.

El estudio y la observancia de la Ley procura ciencia y sabiduría, es fuente inagotable de toda suerte de bendiciones, es manantial seguro de felicidad. La Ley, pues, tiene poder para hacer al hombre justo y santo, tiene fuerza para salvarle de las garras del pecado y de la muerte, y esto lo realiza la Ley a todos sus niveles, es decir, no sólo a nivel de los preceptos básicos contenidos en la Escritura Santa, sino también a nivel de los innumerables preceptos orales contenidos en la tradición de los Escribas. El cumplimiento de todos estos preceptos a base de un duro esfuerzo personal es el único camino de santificación y salvación.

Pablo se rebela enérgicamente contra todo este tinglado montado por la teología farisea. Vuelve a las más puras fuentes de la revelación divina representadas en la vocación de Abraham y rechaza de plano el que la Ley sea una especie de realidad divina de la que emane la santidad y la justicia.

Es cierto que en última instancia la Ley ha sido prevista y querida por Dios, pero solo, dice S. Pablo, como un pedagogo, como un niñero cuya función está limitada en el tiempo y en el contenido. El papel de la Ley era, pues, en los designios de Dios, algo temporal, provisorio y en realidad de verdad extrasotereológico. El gran error del judaísmo fue absolutizar algo radicalmente relativo.

Pablo proclama paladinamente —y con ello no pretende descubrir nada nuevo— que el artífice exclusivo de la salvación (*justificación* es el vocablo preferido por el Apóstol) sigue siendo Dios. El *hombre de la Ley,* el orgulloso *yo humano* separado de Dios y confiado en sus pobres recursos está fatalmente abocado al fracaso y a la muerte. Algo puede hacer, sí, pero como un nuevo y desesperado Sísifo, cada vez que tiene la sensación de estar a punto de coronar la cima, todo su esfuerzo se la vuelve inútil porque la piedra rueda de nuevo hasta las profundidades de su nada.

La novedad paulina con respecto al A.T. estriba en proclamar que "llegada la plenitud de los tiempos", Dios nos salva por medio de su Hijo Jesucristo (4, 4-7) que hecho hombre entre los hombres, ha logrado la plenitud existencial de la Resurrección. Aquí es donde la antítesis paulina cobra toda su fuerza: no es la Ley, sino Cristo, quien nos salva. Y esto hasta el punto de que dicha antítesis llega a convertirse en una síntesis superior: "Cristo es la verdadera Ley". Entendidas así las cosas puede hablarse de la fuerza salvadora de la Nueva Ley o Ley de Cristo (6, 2).

La insistencia de Pablo en presentar a Cristo como el auténtico mediador de salvación a través del misterio de su muerte y su exaltación, es bien patente. Concretándonos a nuestra carta véase 1, 3-4; 2, 16. 20-21; 3, 13-14. 22. 26; 4, 4-7; 5, 1.

Advirtamos, finalmente, que si bien es verdad que el Hijo de Dios se sumerge completamente en la inmensa corriente de la tragedia humana, y de ella emerge arrastrando consigo a cuantos aceptan aferrarse a su mano, también es verdad que este Jesucristo Salvador viene de arriba y pre-existe y trasciende el puro acontecer de las criaturas. Es significativa la insistencia de Pablo en subrayar la ecucación JESUCRISTO SALVADOR, HIJO DE DIOS (2, 20-21; 4, 4-6).

3. EL PAPEL DEL HOMBRE.

Leyendo un tanto por encima y de corrida la Carta a los Gálatas, podemos sacar la impresión de que según Pablo el elemento salvífico de los tiempos nuevos es la FE (cfr. 2, 16. 20; 3, 2. 5. 7. 8. 9. 11. 22. 25-26, etc.). Es decir, lo que para los judíos era la Ley, para los cristianos lo sería la fe en cuanto esfuerzo del hombre por aferrarse a los valores sobrenaturales aportados por Cristo. La cosa no es exactamente así porque entonces caeríamos en el mismo error anatematizado por Pablo de absolutizar un elemento humano.

Si Pablo habla tan insistentemente de la fe como ingrediente capital de la justificación, lo hace porque concibe la salvación como un diálogo entre Dios y el hombre. Un diálogo en el que Dios llama —la gracia— y el hombre responde —la fe—. Está claro que si Dios no llama, el hombre nada absolutamente puede hacer para salvar el foso que separa la muerte de la vida. Pablo utiliza como prueba concluyente el ejemplo de Abraham (3, 6-9).

Una vez que Dios llama toca al hombre responder apoyándose en la palabra y en la promesa salvadoras de Dios. Este apoyarse en las promesas divinas de salvación, que con Cristo han dejado de ser puras promesas para convertirse en realidades primiciales, es lo que Pablo llama FE. La fe es, pues, el punto de encuentro entre la impotencia del hombre y el poder salvífico de Dios. Pero debe quedar bien claro que, aunque el hombre no permanece inactivo en este encuentro, es siempre Dios el protagonista principal, incluso por lo que respecta a la fe; es Dios siempre el que primero conoce al hombre dando al término bíblico "conocer" toda su fuerza expresiva de penetración, de compromiso, de elección. Es magnífica la expresión paulina: "mas ahora que habéis conocido a Dios, o mejor que Dios os ha conocido..." (4, 9).

En resumen, el papel asignado por Pablo a la fe en cuanto parte del hombre en el proceso de *justificación* nada tiene que ver con el que la teología farisaica hacía jugar a las "obras de la Ley".

Es preciso decir una última palabra sobre lo que González Ruiz llama "dimensión eclesial de la fe" en la Carta a los Gálatas (cfr. Epístola a los Gálatas, pág. 326). Porque, efectivamente, el fuerte concepto comunitario que los judíos tenían de la Ley y a la que durante la época del destierro consideraban como la auténtica patria espiritual, ha sido ahora proyectado por Pablo al nuevo concepto de la fe que salva.

Si cada individuo debe responder a Dios con la fe, Dios quiere que esta respuesta se dé en el seno de una comunidad y en mutua y misteriosa interdependencia con los miembros de dicha comunidad. Por eso para S. Pablo "asolar la Iglesia" es lo mismo que "asolar la fe" (cfr. 1, 13 y 1, 23). Lo mismo que la fe de Abraham fue el punto de partida del "Pueblo de Dios", el Nuevo Israel estará constituido por "los (hijos) de la fe" (3, 6-9). Los cristianos son, en fin, los inquilinos de la "casa de la fe" (6, 10). ¿Quiere todo esto decir que la fe no puede ni debe ser una tarea ferozmente individualista, no debe ser algo a realizar "en la soledad orgullosa —y estéril— del yo "sino en la fecunda colaboración del nosotros? Sin duda, está en lo cierto González Ruiz cuando concluye diciendo que la "fe es una tarea esencialmente eclesial" (ob. cit., pág. 330).

4. La nueva criatura.

En Gal 6, 15 inaugura S. Pablo uno de sus temas favoritos sobre el que volverá con cariño en los escritos posteriores: el tema del "hombre nuevo en Cristo Jesús". En Romanos, Corintios y Colosenses sobre todo, desarrollará con amplitud y profundidad el tema. Pero la gran intuición la encontramos aquí, en Gálatas.

Al antiguo discípulo de la escuela rabínica de Jerusalén, no le debía ser desconocido el uso que los maestros judíos hacían de la fórmula "nueva criatura". En dos principales circunstancias utilizaban los rabinos la expresión: para designar al prosélito después de su conversión al judaísmo y refiriéndose al judío a quien Dios ha perdonado los pecados especialmente con ocasión de las fiestas del Año Nuevo y del gran Día de la Expiación (Ion Kippur). En ambos casos la expresión "nueva criatura" hace referencia, más que a una real transformación del corazón, a una nueva situación legal.

Naturalmente Pablo disponía de otras fuentes más puras y genuinas de inspiración: los libros sagrados del A.T. y en ellos bebió su doctrina sobre la *novedad* del hecho cristiano.

La literatura profética especialmente había explotado el tema de "los tiempos nuevos". Un nuevo Exodo —nueva liberación— (Is 43, 19) que se celebrará con un nuevo canto (Is 42, 10) a entonar por toda la tierra (Sal 96, 1). Una nueva creación a imagen del primer paraíso (cfr. Is 41, 20; 45, 8; 48, 6 ss.; 11, 6-9; 65, 25; Ez 36, 35; 47, 7-12) en la que se esperan "unos cielos nuevos y una tierra nueva" (Is 65, 17; 66, 22). Una nueva Alianza con un nuevo David (Ez 34, 23 s.), un nuevo templo (Ez 40-43), una nueva "tierra santa" (Ez 47, 13-48, 29), una nueva Jerusalén que será llamada con un nombre nuevo (Is 62, 2; 65, 15). Pero sobre todo una Alianza nueva en la que sea posible una fidelidad sin traiciones por cuanto Dios dará al hombre "un corazón nuevo" y "un espíritu nuevo" (Ez 11, 19; 18, 31; 36, 26).

Con Cristo han llegado —y Pablo lo grita a los cuatro vientos— los tiempos nuevos anunciados por los profetas. El viejo mundo de la ley ha muerto; ha quedado derribada la barrera que separaba judíos y gentiles; ya no hay circuncisos e incircuncisos, dos modos de existencia que diferentes en lo exterior, coincidían en su ineficacia salvadora intrínseca. Ya sólo cuenta el *hombre nuevo* creado por Dios a imagen de Jesucristo. Un hombre nuevo capaz de superar ya ahora la alienación del pecado y capaz de superar el día de la consumación escatológica la alienación de la muerte.

¿Qué es el "hombre nuevo"?

Una primera descripción de lo que es y lo que implica esta "nueva criatura", nos la ofrece Pablo en Gal 5, 6. 16-25. Comparando 5, 6 con 6, 15 se deduce con claridad que el "hombre nuevo" es el que vive de la fe actuado en el amor. Con lo cual la clásica antítesis paulina fe-obras (cuya mala inteligencia está a la raíz de la controversia católico-protestante) se ilumina de forma definitiva. La fe de que habla Pablo implica necesariamente una ética —"actúa a través del amor"—, pero no una ética autosuficiente —"las obras"—, sino humilde, apoyada en la fuerza todopoderosa de Dios.

Todo esto se confirma leyendo 5, 16-25 donde la "nueva criatura" que lo es en fuerza del don del Espíritu recibido de Cristo, se nos presenta como vitalmente capacitada para realizar el alto ideal a que ha sido llamada. Pero una vez capacitado, el cristiano debe "caminar —como Abraham el gran peregrino— tras el Espíritu". En contra de ciertas interpretaciones protestantes, Pablo nunca piensa en una moral pasiva, sin colaboración humana. "El Espíritu se le da al hombre como una posibilidad, como un apoyo para que él mismo recorra el camino de su propia edificación vital" (cfr. G. Ruiz, ob. cit., página 256).

5. LIBERTAD Y LIBERTINAJE.

La carta de S. Pablo a los Gálatas ha sido desde antiguo designada como la "Carta Magna de la libertad cristiana". Digamos en seguida que el adjetivo *cristiana* en tanto es exacto en cuanto se trata de una libertad conquistada por Cristo. A partir de este hecho, la libertad es el principio regulador de cualquier conducta humana. En el mismo sentido la ley, de la cual Cristo nos ha liberado según el grito jubiloso de S. Pablo (5, 1), no es simplemente la Ley mosaica en su aspecto ritual y ceremonial, sino todo tipo de ley incluso en su aspecto moral.

La insistencia de Pablo en subrayar la liberación por Cristo no sólo del pecado y de la muerte, sino también de la ley, es patente. Desde el primer párrafo de la carta resuena su intención: "para librarnos de este mundo perverso" (1, 4). En el cap. 2 habla de los falsos hermanos, intrusos infiltrados solapadamente "para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús" (2, 4). En el cap. 4, sobre todo, proclama abiertamente primero que hemos sido rescatados de la esclavitud de la ley y constituidos hijos de Dios (4, 1-9), para insistir más adelante en la misma idea bajo la forma de comentario midráshico a la historia de Abraham y sus esposas: "así que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre" (4, 21-31). Finalmente, en el cap. 5 y en plan de resumen anuncia sin ambajes nuestro estatuto de hombres libres en Cristo y por Cristo: "para ser libres nos libertó Cristo" (5, 1) "porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad" (5, 13).

Pero, ¿de qué libertad habla Pablo? Porque a primera vista la afirmación que hicimos más arriba de que Cristo —según Pablo— nos ha liberado de todo tipo de ley, incluso en su aspecto moral, puede parecer desconcertante y escandalosa. Precisemos, pues, conceptos.

a) *Libertad y libre albedrío.*

En primer lugar, Pablo no entiende aquí por libertad la facultad sicológica de escoger entre dos cosas distintas u opuestas. Esta facultad es lo que la tradición teológica ha llamado comunmente "el libre albedrío". Y este es el significado que muy a menudo nosotros y el vulgo damos a la palabra "libertad".

Digamos en seguida que este tipo de libertad en cuanto libre albedrío nunca constituyó un verdadero problema para S. Pablo, aunque lo haya constituido para la teología posterior. Como cualquier judío de su tiempo conocedor del A.T., sabe que todo en el orden creado: el acontecer de la historia y la actividad de las conciencias, depende de Dios el cual "llama a las cosas que son como a las que no son" (Rom 4, 17). Pero también como cualquier judío es consciente de su capacidad de iniciativa y de la responsabilidad ante Dios de todos sus actos, buenos o malos. Jamás ha puesto en duda S. Pablo la libertad radical del hombre ni se ha planteado angustiosamente el problema de una gracia de Dios que pudiera forzar, "necesitar", su actividad moral. Mantiene firmemente los dos extremos de la cadena y si acaso niega al hombre el derecho a discutir los misterios de la Providencia (Rom 9, 19-24).

b) *Libertad y exigencia.*

Pero tampoco entiende Pablo por "libertad" una especie de autarquía jurídica y moral donde cada uno pueda hacer lo que le venga en gana sin trabas de ninguna clase. Frente a esta falsa inteligencia del concepto cristiano de libertad pone pronto en guardia a sus cristianos: "sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne, antes al contrario, sed esclavos los unos de los otros por amor" (5, 13).

No es, pues, la libertad que proclama Pablo una patente de libertinaje como entendieron algunas comunidades protestantes de la primera época, y como ya en los mismos días de S. Pablo pretendieron ciertos grupos gnósticos de Corinto a los cuales el Apóstol hubo de salir al paso (cfr. 1 Cor 6, 12 ss.). Al contrario, la libertad que Cristo nos ha conquistado es la más fuerte exigencia de esfuerzo y de generosidad; sólo que esta exigencia brota de dentro —el amor fuerte como la muerte— y no de un elemento externo como la ley. Con esto estamos llegando a los aledaños del auténtico sentido paulino de libertad.

c) *Libertad y amor.*

El P. LYONNET es uno de los autores que más ha profundizado en el concepto paulino de libertad en su relación con la Ley. Recomendamos encarecidamente la lectura de su librito LIBERTAD Y LEY NUEVA (Ed. Sígueme). El hombre "libre" según S. Pablo es el hombre en Cristo, el hombre espíritu en oposición al hombre carne; es, pues, el hombre que ha recibido la gracia y ha sido dotado de los recursos propios de un *hijo* para poder con ellos realizarse plenamente. Hombre libre es el que puede —le venga de donde le venga la fuerza que en este caso le viene de Dios a través de Cristo— superar las grandes alienaciones del pecado y de la muerte. Y como resulta que la ley, todo tipo de ley, en cuanto norma puramente externa, es incapaz de aportar esa fuerza liberadora, al contrario, nos hace conscientes de haberla transgredido y, por tanto, de haber pecado, resulta, digo que una plena libertad sólo se entiende si quedamos también libres de *ese tipo de ley. Es decir, si hacemos el bien en fuerza* del propio dinamismo interior y no simplemente porque hay una ley que desde fuera nos lo ordena.

Pablo reconoce que la ley como regla externa tiene un valor, un doble valor: de cara al pecador le ayuda a tomar conciencia de su mísero estado posibilitando así su curación; con respecto al justo —que no está confirmado en gracia— le ayuda a discernir las obras de la carne de los frutos del Espíritu. Y esto es importante, porque siempre estamos amenazados de alucinaciones y siempre es posible confundir la moción interior del Espíritu con las propias inclinaciones pecaminosas. Pero siempre será un valor secundario, supletorio —el del pedagogo (3, 24)— y en tanto aceptable en cuanto no tienda a jugar el papel de protagonista principal como había hecho la ley mosaica en los ambientes judíos que Pablo combate.

Implícitamente, pues, Pablo está suponiendo la existencia y validez de una ley interior a la que alguna vez llama *ley de Cristo* (6, 2) pero que prefiere llamar *gracia*: "no estais bajo la ley, sino bajo la gracia" (Rom 6, 14) y que encuentra su manifestación suprema en el amor (Gal 5, 14-15).

Es esta ley interior la que confiere todo su valor a la ley exterior y no a la inversa; es la que hace del cristiano no un hombre sin ley, más allá del bien y del mal, sino por el contrario un hombre de unas exigencias morales inauditas, tan inauditas que paradógicamente Pablo las compara a una esclavitud (5, 13). Pero es —dice Lyonnet— "la exclavitud del amor y, por consiguiente, la suprema libertad".

6. UNA CARTA PARA TODOS LOS TIEMPOS.

Los protestantes han enarbolado la Carta a los Gálatas como una bandera de combate, como un arma siempre actual frente a lo que ellos llaman juridicismo y magia del catolicismo tradicional. Al margen de interpretaciones más o menos afortunadas de la carta —con frecuencia menos— hay que darles la razón en que este singular escrito paulino se alza contra todo lo que significa hipocresía y formulismo en el seno de la comunidad cristiana. La Carta a los Gálatas es en este sentido la mejor y más vibrante glosa del Sermón de la Montaña. No debe extrañar entonces que, aunque nacida al calor de unas circunstancias muy concretas, su mensaje perfore los tiempos y se mantenga siempre actual. Porque siempre la vida cristiana tanto a nivel individual como comunitario está amenazada de un legalismo capaz de esterilizarla totalmente. Para escapar a esta trampa mortal es preciso que la Iglesia viva en perenne actitud de revisión y vigilancia y un magnífico punto de referencia es la meditación continua del mensaje central de nuestra carta.

A lo largo de la historia cristiana la Carta a los Gálatas ha sido, como Cristo, "piedra de escándalo y signo de contradicción". En ocasiones una desafortunada interpretación ha podido llevar a dolorosas escisiones en el seno de la Iglesia; pero otras muchas ha conducido a verdaderos redescubrimientos del cristianismo original. Estoy seguro que la Carta a los Gálatas no ha estado ausente en ese ingente y magnífico fenómeno de revitalización y rejuvecimiento que ha supuesto para la Iglesia el Concilio Vaticano II.

No es Pablo patrocinador de una Iglesia anárquica, sin guías, sin responsables, sin nadie que dirija con autoridad. Algo dijimos sobre el particular comentando las Cartas a los Tesalonicenses y más adelante volveremos sobre este aspecto que en Gálatas aparece con nitidez desde el principio: "Yo Pablo, Apóstol no por autoridad humana..., sino por Jesucristo" (1, 1). Pero cada vez que las estructuras eclesiales llevadas más allá de lo justo amenacen asfixiar el dinamismo de la vida cristiana, habrá que abrir de par en par la ventana a la Carta a los Gálatas para que un viento fresco y reconfortante penetre en el interior de la Iglesia.

1.ª Y 2.ª CARTA A LOS CORINTIOS

I. SAN PABLO Y CORINTO

1. CORINTO, CIUDAD GRIEGA Y COMUNIDAD CRISTIANA.

a) *La ciudad.*

El origen de CORINTO "bimaris" —entre dos mares— como la designan Horacio y Ovidio, se remonta al s. IX a. C. Alcanza su apogeo en los s. VI y V a. C. —Homero y Píndaro hablan de la "rica Corinto"— y es totalmente arrasada por el general romano Lucio Mummio en el año 146 a. C.

Por su privilegiada situación en el estrecho istmo que une la península del Peloponeso con el resto de la Grecia continental, no podía tolerar el ser durante mucho tiempo un campo de ruinas. En el año 44 a. C. Julio César la reconstruye y a partir del 27 a. C. en tiempos de Octavio Augusto es la capital de la provincia romana de Acaya.

Con sus dos puertos: Lecayón al oeste y Cencreas al este, la nueva Corinto recupera rápidamente la importancia comercial de la antigua ciudad. No tardó mucho en convertirse en una ciudad populosa, aunque las cifras que se barajan de 200.000 libres y 400.000 esclavos pueden ser algo exageradas. Lo que sí parece cierto es que la población de la nueva ciudad era de origen fundamentalmente itálico-romano como lo confirma el hecho de que la mayor parte de los convertidos por Pablo llevan nombles latinos (Cayo, Ticio Justo, Tercio, Fortunato, Cuarto, Lucio, etc.).

Pronto, sin embargo, al primitivo núcleo latino se juntó una fuerte población griega y oriental que hizo de Corinto una de las ciudades más cosmopolitas y abigarradas del mundo antiguo. La colonia judía era sin duda numerosa.

Célebre también como centro deportivo donde cada dos primaveras se celebraban los juegos ístmicos, sólo en el aspecto cultural cedía la supremacía a Atenas. Religiosamente Corinto hacía honor a su población; todos los cultos del Mediterráneo se daban cita en ella: divinidades griegas, romanas y orientales tenían en Corinto sus respectivos santuarios y sus fieles servidores. Era célebre sobre todos el de Afrodita "Pandemos" (es decir, "de todo el pueblo") en el macizo del Acrocorinto a cuya sombra estaba edificada la ciudad.

Todas estas circunstancias, unidas a la notoria indulgencia del mundo pagano para con los excesos sexuales, hicieron de Corinto una ciudad conocida por sus inmoralidades de todo tipo. Ya Aristófanes refleja en sus comedias la corrupción moral de la ciudad creando el tipo corintio de borrachín y vividor y utilizando el verbo *corintizar* como sinónimo de vida entregada al uso y al abuso de los placeres sexuales. *Muchacha corintia, vicio corintio, enfermedad corintia,* eran expresiones comunes en todo el imperio romano para designar circunstancias emparentadas con la prostitución que se ejercía sobre todo en nombre y honor de Afrodita a cuyo servicio estaban más de 1.000 postitutas sagradas. Corría el dicho de que "no todos pueden ir a Corinto" aludiendo a lo costoso que resultaba la vida alegre y desenfrenada de Corinto. Cuando Pablo escribiendo a los Romanos describe el sombrío panorama que todos conocemos (Rom 1, 18-23) sobre la situación del mundo gentil, no olvidemos que lo hace desde Corinto.

b) *La evangelización.*

A Corinto llega Pablo, solitario, probablemente a finales del año 50 d. C. "Débil, tímido y tembloroso" (1 Cor 2, 3) después de haber fracasado en su intento de evangelizar Atenas, comienza su misión en Corinto permaneciendo allí durante año y medio y dejando a su marcha una comunidad cristiana numerosa y floreciente. No es fácil calcular el número de cristianos, pero nos consta que eran muchos y procedentes de todas las nacionalidades. Paganos en su mayoría —aunque había también judíos como Crispo, además de Aquila y Priscila que fue el matrimonio que acogió a Pablo a su llegada a Corinto— pertenecían sobre todo a las clases sociales más bajas; no faltaban con todo algunas familias bien acomodadas e incluso nobles de nacimiento.

Como algo que se iba convirtiendo en rutinario, también en Corinto los judíos se enfurecieron contra Pablo y le llevaron a presencia del procónsul romano acusándole de que "incitaba al pueblo a adorar a Dios de manera contraria a la Ley" (Hech 18, 12-13). Pero el procónsul en cuestión era JUNIO GALION (hermano de nuestro ilustre cordobés Séneca) a quien la historia recuerda como uno de los gobernantes más cultos, amables, hábiles e inteligente de su tiempo. Así las cosas la protesta judía no pudo prosperar; Lucas dice escuetamente que Galión "los echó del tribunal" (Hech 18, 16).

Sin embargo —¿hasta qué punto influyeron estos hechos?— poco tiempo después Pablo parte de Corinto. Atrás deja una comunidad activa y ferviente, pero con una serie de problemas a flor de piel porque no se hace uno cristiano en un día ni es posible romper con el pasado de un tajo. A través de la correspondencia epistolar de Pablo con sus queridos hijos de Corinto veremos rebrotar, a veces con virulencia, estas reminiscencias del pasado y asistiremos al esfuerzo tenaz y conmovedor del Apóstol por convertir de una vez este grupo cosmopolita en una verdadera comunidad cristiana.

2. UN AMPLIO INTERCAMBIO EPISTOLAR Y HUMANO.

Ninguna comunidad causó a Pablo tantos quebraderos de cabeza y con ninguna mantuvo una comunicación tan rica e intensa como con la de Corinto. Allí evangelizó por un tiempo que puede calcularse en unos dos años y medio repartidos probablemente en cuatro distintas ocasiones. Un par de ellas amplias: las del segundo y tercer viaje apostólicos; las otras dos relativamente breves con motivo de la célebre "visita intermedia" (2 Cor 12, 14; 13, 1-2) y a raíz de su liberación de la primera prisión romana en el año 64 d. C. No tenemos datos históricos ciertos que avalen esta última visita de Pablo a Corinto, pero es más que probable. A todo esto añádase las varias ocasiones en que imposibilitado de visitarles personalmente les envió como embajadores a sus más íntimos colaboradores, en particular a Timoteo y Tito.

Por lo que respecta al intercambio epistolar, se nos han conservado dos cartas dirigidas por Pablo a los corintios. Pero es seguro que fueron bastantes más las que se cruzaron entre ellos: de otras dos de Pablo a los corintios y de una al menos de los corintios a Pablo encontramos muy probables referencias en las dos que han llegado hasta nosotros (cfr. 1 Cor 5, 9-13; 7, 1; 2 Cor 2, 3-4. 9). A grandes rasgos los acontecimientos que relativos a Corinto se suceden del 55 al 58 d. C. podrían resumirse así:

a) Desde Efeso y hacia finales del 55 Pablo escribe una primera Carta a los corintios que buscaban luz a ciertos problemas relacionados sobre todo con la inmoralidad reinante en la ciudad. Esta carta se ha perdido. Mientras tanto a la populosa ciudad ha llegado un elocuente predicador del Evangelio de nombre APOLO y un grupo de cristianos procedentes de Palestina que se glorían de ser discípulos de Cefas. Hay todavía otro grupo que reconoce como único guía a Cristo mismo —¿o Pablo habla con ironía en este último caso?, cfr. 1 Cor 1, 12—. El hecho es que una peligrosa discordia hizo presa de la joven comunidad.

Esta y otras noticias poco halagüeñas llegadas a Pablo (1 Cor 1, 11) le movieron primero a enviarles a Timoteo como delegado personal suyo y poco después a escribirles una larga carta que es la primera de las dos que se nos han conservado.

b) En el verano del 56 Timoteo regresa a Efeso desalentado. Ni su presencia personal ni la carta de Pablo han conseguido todo el fruto deseable. ¿Realizó entonces Pablo una brevísima visita calificada de "amarga" en 2 Cor 2, 1? Es muy probable (cfr. 2 Cor 13, 14; 13, 1-2) como es probable que a ella siguiera la célebre "Carta de las lágrimas" (2 Cor 2, 3. 4. 9) llena de emoción y severidad en la que exigía la reparación de una grave y misteriosa ofensa hecha en Corinto al mismo Pablo o a uno de sus representantes. También esta carta se ha perdido.

c) Al mismo tiempo que escribe la carta "en lágrimas" convence a Tito para que vaya a Corinto. Poco después la sublevación efesina de los orfebres servidores de la diosa Diana, le obliga a huir de Efeso camino de Macedonia y Grecia. A fines del 57 y encontrándose en Macedonia un tanto abatido e impaciente, regresa al fin Tito de Corinto con buenas noticias que llenan a Pablo de alegría. La comunidad se ha serenado; las divisiones han ido desapareciendo; la autoridad del Apóstol ha quedado restablecida. Pero la batalla ha sido dura y es preciso restañar heridas y apuntalar edificios agrietados. Es más, aunque reducidos al silencio, debían seguir en la comunidad aquellos *superapóstoles* que habían sembrado el desconcierto entre los buenos cristianos de Corinto con respecto a la personalidad de Pablo. Eran los que habían ido propagando que no era un verdadero apóstol, ni había visto al Señor; que era orgulloso, arrogante, ligero, voluble, astuto, imprudente, trapacero, exaltado, visionario; toda una oleada de insultos y calumnias violentas y apasionadas.

Por el bien del rebaño era preciso asegurar las empalizadas del redil y Pablo escribe de nuevo a los Corintios a la vez gozoso y apasionado. Es la carta que el canon del Nuevo Testamento designa como segunda carta a los Corintios.

La autenticidad paulina de ambas está más allá de toda duda. Con respecto a la segunda, sin embargo, se ha puesto en entredicho su unidad, es decir, algunos pasajes de dicha carta (2 Cor 6, 1-7, 1; 9; 10-13) procederían de otros escritos paulinos que fueron agregados a nuestra carta cuando más tarde se preparó la colección de escritos del Apóstol. Aún admitiendo que las espadas pueden seguir en alto sobre el particular, debe reconocerse que la cuestión tiene una importancia marginal.

3. DOS CARTAS ETERNAS PARA DOS OCASIONES CONCRETAS.

a) Nuestras dos cartas a los corintios son dos clásicos escritos de circunstancias. Pablo no las hubiese escrito si aquella comunidad de Corinto, tormento y gloria de su apostolado, donde corrió la más bella aventura de su vida, no le hubiese puesto en el trance de hacerlo. Fueron problemas y situaciones concretas que Pablo hubo de resolver sobre la marcha.

Así las cosas, alguien podría pensar que debe tratarse de escritos con un interés puramente histórico. Nada más lejos de la verdad. Pablo es un genio; pertenece a la raza de los grandes que tienen el privilegio de ennoblecer cuanto tocan. La más insignificante de sus decisiones está siempre tomada a la luz de Cristo, centro supremo de su pensar y de su vivir; la más pequeña cuestión le sirve de trampolín para elevarse a las más altas cimas doctrinales y ascéticas. Lo que hubiera podido quedar en la resolución de un simple caso de conciencia o en unas orientaciones disciplinares más o menos exigentes, sugieren como por instinto a Pablo puntos de vista profundos sobre el verdadero centro de la vida cristiana, sobre la primicía de la caridad, sobre la santificación del bautizado, sobre la esperanza de un mundo futuro, sobre la importancia del ministerio apostólico, etc.

b) Cuanto acabamos de decir es sobre todo verdad respecto a la segunda carta donde Pablo se propone abrir de par en par su corazón amante a los corintios. Ninguna intención directamente doctrinal. Su gran valor reside en su carácter conmovedoramente personal, única entre las cartas de S. Pablo y fuente inestimable de datos biográficos sobre su vida azarosa y enamorada de Cristo.

Pero es justamente esto, su llenumbre de Cristo a rebosar, lo que a cada paso, con ocasión de los pequeños detalles del ministerio apostólico o de las mil naderías de la vida diaria, hace saltar a la pluma de Pablo las más espléndidas intuiciones cristianas: valiosos pasajes sobre el misterio trinitario, sobre el papel del Espíritu Santo, sobre las relaciones entre Cristo y la Iglesia, sobre la comunión de los santos y el valor de la contemplación en el proceso de la unión del hombre con Dios, sobre la dignidad del cristiano y su destino final, etc. Es evidente que todo esto trasciende el tiempo y sigue siendo tan válido hoy como lo era en el siglo I de nuestra era.

c) Decíamos hace un momento que no deben considerarse las cartas a los corintios como simples documentos históricos. Es verdad; pero ello no impide que su valor histórico sea excepcional con todo lo que ello significa para que nosotros podamos hoy reconstruir la fisonomía del primitivo cristianismo.

En ellas encontramos, en primer lugar, el fiel retrato de una primitiva comunidad cristiana. Dificultades, tensiones, discordias, celos, envidias, rivalidades, problemas prácticos, pecados. Pero también el gozo del Espíritu, la efusión de carismas, la íntima satisfacción del amor cristiano que supera todas las barreras sociales y económicas; noticias sobre la celebración de la Eucaristía, sobre el comportamiento con los hermanos pecadores, sobre el orden en las asambleas litúrgicas. Todo esto cobra vida ante nosotros leyendo las cartas a los corintios.

Y después las valiosas informaciones sobre la historia de los tiempos apostólicos. Sin ellas nos sería desconocido el conjunto de vicisitudes por las que pasó la comunidad de Corinto; por ellas conocemos los proyectos de Pablo para ampliar el campo de su apostolado, la existencia de otras comunidades en Acaya, las misiones encomendadas a Tito, la organización de la gran colecta en favor de las Iglesias de Palestina y las razones profundas que la motivaron, etc.

d) El perfil humano y apostólico de Pablo, del que hablábamos en el capítulo introductorio, ha sido trazado teniendo como punto especial de referencia la Carta a los Gálatas y las dos Cartas a los Corintios, sobre todo la segunda.

Por ellas conocemos el esfuerzo colosal desarrollado por Pablo, sus fatigas y peligros, su mal crónico cuya curación pedía al Señor, el estado de tensión interior que devoraba su alma y su vida, su amor apasionado a Cristo y a la Iglesia, las extraordinarias experiencias místicas con que fue agraciado... Y su magnífica, excepcional personalidad en el esplendor de los contrastes: a la vez teólogo y misionero, fundador y organizador, contemplativo y caminante infatigable, lírico y polemista. Y en cuanto al carácter: altivo y humilde, audaz y tímido, sereno y apasionado, afectuoso y sarcástico, cortés y duro. Tiene la delicadeza de los corazones puros y la aspereza de la lengua irónica hasta ser mordaz; es generoso y amargo, prudente y arrebatado.

Así es Pablo, capaz de encontrar los términos más dulces, las expresiones más audaces y conmovedoras. Es este un privilegio de las almas grandes, de los corazones que aman apasionadamente. Por eso sus gritos de ternura, sus confesiones de entrega, la angustia de sus alarmas, han atravesado los siglos. A veces nos puede parecer hasta injusto, pero es que el celo de Cristo y de las almas le devora. En la angustia sagrada del padre —y de la madre— que siente cómo alguien pretende arrebatarle sus hijos alumbrados con dolor, Pablo no tiene tiempo ni gusto para sopesar sus palabras. No por eso le amamos menos. Al contrario, si no hubiera sentido más que cóleras académicas, los intereses de Cristo y de la Iglesia hubiesen estado peor defendidos. Y esos intereses son los nuestros.

e) El estilo literario de nuestras cartas está en línea con las circunstancias y el estado de ánimo de Pablo al escribirlas.

El de la primera carta —Pablo escribe sereno y concentrado— es limpio y vigoroso. Encuentra con facilidad la fórmula exacta, llena y sonora que desafía la rutina de los siglos. Decíamos en su momento que Pablo en sus escritos habla; pocas veces como aquí se pone de manifiesto toda una extraordinaria variedad de tonos: sencillez, densidad, ironía, sarcasmo, explosiones de ternura o de indignación. En los momentos culminantes aquel alma profunda y apasionada, enamorada de la grandeza y devorada por el amor, se eleva a las alturas de un lirismo incomparable. El capítulo 13 de la primera carta es una página soberbia de la literatura universal. Pablo tiene escritos más profundos (Romanos), más vibrantes (Gálatas), más dramáticos (2.ª Corintios), pero ninguno tan completo, tan variado y de páginas tan tersas y luminosas como las de su primera carta a los Corintios.

En la segunda carta el estilo es fiel reflejo de un espíritu en efervescencia. La emoción con que está escrita roba claridad a la expresión; a cada paso nos topamos con alusiones oscuras, complejas construcciones gramaticales y desconcertantes interrupciones en el proceso de sus pensamientos; pero la lectura de esta carta recompensa con creces el esfuerzo que nos pide porque revela el carácter y el corazón de Pablo mejor que ninguna otra. No la tiene ni más personal, ni más reveladora, ni más patética. Nada de reservas ni de fingimientos; sólo sinceridad; sinceridad desnuda, leal, conmovedora. Jamás la elocuencia se ha reído de la elocuencia con tanto prestigio; pocas veces un hombre se ha dirigido a los suyos con tanta pasión. Todo esto imprime a la carta una belleza singular ante la que un lector imparcial no puede permanecer insensible.

II. LOS GRANDES TEMAS DE 1.ª Y 2.ª A LOS CORINTIOS

1. La auténtica sabiduría.

En los capítulos iniciales de la primera Carta a los Corintios Pablo se ocupa de las discordias surgidas en el seno de aquella comunidad. La raíz del problema —aparte ciertas circunstancias externas— hay que buscarla en el orgullo intelectual propio de las gentes de Corinto. No eran, es verdad, los altivos supersabios atenienses que miraron a Pablo por encima del hombro cuando este intentó, con un lenguaje culto y cuidado, enseñarles algo nuevo (cfr. Hech 17, 22-32). Pero eran griegos, amantes, por tanto, de la filosofía, del bien hablar, del discurso pulido y armonioso. Grecia era la patria de los Siete Sabios; Corinto el lugar donde se veneraba la tumba de Diógenes. La sabiduría se había convertido en la vara de medir el valor de los hombres y las ideas. ¿No sería el cristianismo —debieron preguntarse— una escuela más de sabiduría humana en la que es posible elegir entre distintos maestros?

Todo esto da pie a Pablo para sacar de nuevo a la luz con enorme valentía y originalidad el tema dela SABIDURIA tan vinculado a la Biblia y a la historia de Israel.

a) *Prudencia de la carne y sabiduría cristiana.*

Comienza Pablo por constatar algo que ya habían puesto en evidencia los profetas. La sabiduría humana, prudencia de la carne a la que atrae la astucia de la serpiente (Gen 3, 1 ss.) es incapaz de salvar a nadie (cfr. Is 5, 21; 29, 14; Jer 8, 9). Sólo la palabra de Yavé es fuente de sabiduría que equivale a decir de salvación. Por lo mismo se rechaza de plano la eterna tentación de un humanismo que pretenda bastarse a sí mismo. Pablo es tajante al respecto: la sabiduría humana no lleva a Dios (1 Cor 1, 21; cfr. Rom 1, 20 ss.). Con finísima ironía y citando a Is 29, 14 proclama la futilidad de la "sabiduría de los sabios" y la "inteligencia de los inteligentes" (1 Cor 1, 19). Escribas judíos, filósofos griegos y con ellos el saber puramente humano de todos los tiempos han quedado al descubierto, patentiza su insuficiencia salvífica.

¿Quiere esto decir que el cristianismo es una religión para necios e ignorantes? ¿Condena aquí S. Pablo sin apelación posible todo esfuerzo humano por conocer y dominar las realidades temporales y mundanas? Sin duda, que no. Pero el proceso dialéctico le obliga a cargar el acento sobre el aspecto negativo de los intentos humanos para poner de relieve la acción soberana de Dios.

Existe desde luego una sabiduría cristiana. Una sabiduría que hunde sus raíces en Dios y que es, por tanto, única, profunda y misteriosa. Tan misteriosa que a los hombres nos parece paradógica, aunque no debiera sorprender a quien tenga presente con el profeta "que los caminos de Dios no son los caminos de los hombres". Jesús había dicho que tal *sabiduría* no se otorga a los sabios y prudentes de este mundo, sino a los pequeños y humildes, y que sólo el Padre puede conducir a su consecución (Mt 11, 25 ss.). Pablo ahonda en el tema al identificar esta "sabiduría eterna y oculta en Dios" (1 Cor 2, 7) con Cristo mismo en el misterio de su cruz (1 Cor 1, 23-24). Así el proceso personalizador de la sabiduría divina iniciado en los libros sapienciales del A.T. alcanza con Pablo su punto culminante. Una cumbre inesperada y desconcertante, aunque sólo hasta cierto punto, porque la admirable pedagogía de Dios la había ido preparando a través de toda la historia israelita. Con todo Pablo puede hablar con razón de la aparente "locura de la cruz" (1 Cor 1, 18-23) donde se invierten los valores habitualmente estimados como tales por los hombres: en el Cristo paciente, crucificado y muerto radica la fuerza y la sabiduría de Dios (1 Cor 1, 24); en la debilidad y pequeñez de Pablo actúa poderosa la fuerza del espíritu (1 Cor 2, 4-5; 2 Cor 12, 9-10); los humanamente insignificantes han sido escogidos por Dios para confundir a los fuertes y a los sabios según la estimación del mundo (1 Cor 1, 27-28; 3, 18-19). Para que nadie confíe desmesuradamente en sus propias fuerzas ni ancle definitivamente el corazón en las realidades humanas ya que "pasa la figura de este mundo" (1 Cor 7, 31).

b) *El ejemplo de Cristo.*

Sin embargo, haríamos violencia al sentir y al pensar de Pablo presentándole como decidido adversario de todo valor humano. Acabamos de ver cómo para nuestro Apóstol la verdadera sabiduría no es algo abstracto, sino una persona concreta: Cristo Jesús crucificado. Y resulta que Cristo al encarnarse ha hecho suyos todos los valores humanos auténticamente tales. Aunque no para ofrecer un modelo de fuerza o belleza corporal, sino para glorificar con ellos al Padre a través del holocausto de la cruz.

Tiene razón GOETHE cuando afirma que "no valdría la pena haber llegado a los ochenta años si toda la sabiduría de los hombres fuera tan solo necedad ante Dios". Tiene más razón S. Pablo cuando escribe a los Filipenses: "Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro de amable, de honorable, todo cuanto sea virtuoso o digno de elogio, todo eso tenedlo en cuenta" (Flp 4, 8). Alguien ha definido a esta frase como la Carta Magna del humanismo cristiano. Todo esto es una magnífica verdad que Pablo proclama, pero sólo a condición de integrarlo en Cristo, convirtiéndolo así en sabiduría de Dios. "Porque todas las cosas son nuestras: el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro; todo es nuestro; pero nosotros de Cristo y Cristo de Dios" (1 Cor 3, 22-23).

2. LOS PROBLEMAS DE UNA IGLESIA JOVEN.

Quedó dicho más arriba que las dos cartas a los corintios son ante todo un retrato vivo y vibrante de aquella comunidad recién estrenada con todas sus miserias y grandezas. Pablo no sigue un orden preconcebido, pero cada problema, cada situación encuentra en Pablo el tratamiento justo, la palabra certera, la orientación precisa. Pero lo realmente magnífico es observar cómo el Apóstol se eleva por encima de las trivialidades cotidianas y nos encara con los grandes principios cristianos.

Los desórdenes de tipo sexual ofrecen a Pablo la ocasión de recordar a todo bautizado su condición de "nueva criatura" y de "templo de Dios" (1 Cor 5, 6-8; 7, 19). Al vituperar el uso de recurrir a los tribunales civiles para resolver sus querellas, anticipa ya el supremo principio de la fraternidad cristiana (1 Cor 6, 6-8). Sopesando los valores y contravalores de celibato y matrimonio proclama que lo que de veres importa "es el cumplimiento de los mandamientos de Dios" (1 Cor 7, 19), es decir, proclama la posibilidad y el deber de tender a la santidad en cualquier circunstancia en que la vida nos haya colocado. La cuestión de las carnes sacrificadas a los ídolos y la asistencia a los banquetes paganos ponen al Apóstol en trance de pronunciar una magnífica lección de moral práctica sobre la primacía del amor (1 Cor 8, 1; 9, 19-22), sobre el deber de no escandalizar (1 Cor 8, 11-13; 10, 34) y de no ponerse sin necesidad en peligrosas ocasiones de pecado (1 Cor 10, 14-22). En fin, la celebración de las asambleas litúrgicas que, teniendo como centro la Cena del Señor, habían degenerado hasta límites casi increíbles (1 Cor 11, 21) constituye el marco de una estupenda catequesis paulina sobre la Eucaristía donde se pone de relieve:

— El hecho de la institución (1 Cor 11, 23-25).

— Su repetición como actualización mística y anuncio permanente de la muerte redentora de Cristo (1 Cor 11, 26).

— Su condición de sacrificio y banquete de la Nueva Alianza.

— La proyección escatológica de la Eucaristía (11, 26) y la exigencia de unas convenientes disposiciones interiores para celebrarla dignamente (1 Cor 11, 27-28).

3. Jerarquía y carismas.

a) *San Pablo y la autoridad en la Iglesia.*

Las dos cartas a los Corintios ponen de relieve —pienso que más que cualquier otro escrito del Apóstol —el hecho de que la Iglesia cristiana es una comunidad organizada, dirigida con autoridad por aquellos que el Espíritu Santo ha escogido como "vigilantes del rebaño de Dios" (Hech 20, 28). Desde luego Pablo —el campeón de la libertad como veíamos comentando la carta a los Gálatas— es un decidido partidario de la autoridad eclesial cuyo origen divino defiende vigorosamente. A veces incluso nos produce la sensación de dictador. Mantiene firmemente en sus manos las riendas de las comunidades que ha fundado y permanece constantemente unido a ellas por medio de visitas, cartas, embajadas de sus más íntimos colaboradores. Defiende con uñas y dientes su condición de Apóstol —toda la segunda carta es testigo, pero especialmente 2 Cor 10-13— porque de esta manera sus decisiones se imponen como obligatorias a la comunidad. Ordena y manda en nombre del Señor (1 Cor 14, 37); amenaza a los corintios con ir a ellos empuñando la vara del castigo (1 Cor 4, 21) y con mostrarse tan severo en persona como lo es en algunos pasajes de sus cartas (2 Cor 10, 10 ss.). Adopta resoluciones de índole fundamental y de tipo práctico; tiene poder y lo ejercita para excluir de la comunidad a los indignos (1 Cor 5, 3-5; cfr. 16, 22) con el fin de que reflexionen sobre su mal proceder y se conviertan al Señor. Y aunque Pablo es consciente de que ha recibido la potestad "para edificar y no para destruir" (2 Cor 13, 3, 10; 10, 8-11) no tiene reparos en utilizarla "sin miramientos" si fuese necesario (2 Cor 13, 2; cfr. 10, 6).

Que a la raíz de este proceder del Apóstol no estaba la ambición, el egoísmo o un morboso afán dictatorial, se desprende luminoso de la lectura de sus mismas cartas (cfr. 1 Cor 9, 1-27) y tendremos ocasión de insistir en ello más adelante.

Digamos también que Pablo es consciente de que al frente de la comunidad hay otros guías permanentes o transitorios a los cuales deben someterse los corintios (1 Cor 16. 10. 15-16). Que la Iglesia es para S. Pablo una comunidad estructurada al doble nivel de autoridad-obediencia resulta, pues, evidente y pretender desfigurar esta realidad en nombre del concepto paulino de libertad es un gigantesco absurdo.

b) *Los carismas.*

Pero justamente aquí se cruza el problema de los CARISMAS. Es una fortuna que el conflicto surgiese ya en los días de Pablo porque cuando se repita en el decurso de la vida de la Iglesia —y se repite con frecuencia— tendremos siempre una fuente limpia y pura donde nutrir nuestra reflexión.

El término "carisma" está de moda. De procedencia fundamentalmente religiosa, en nuestros días ha invadido ya el campo profano y viene a significar cualquier cualidad extraordinaria que adorne a una persona: decimos, por ejemplo: "tiene el carisma de la simpatía de la delicadeza, de la oportunidad".

En el ámbito religioso cristiano, en el que tiene su origen, designa en general cualquier clase de gracia o don concedido por Dios a sus fieles con independencia del puesto que puedan ocupar en la institución eclesial. En un sentido más restringido y técnico pasó a significar ciertos "dones especiales" concedidos por el Espíritu de Dios. La existencia de carismas se conecta, pues, necesariamente con la actividad divina y más en concreto del Espíritu Santo en el seno de la Iglesia. Por eso existieron, existen y existirán siempre en ella. La abundancia de carismas es signo de juventud y de fervor, de entusiasmo y vitalidad; manifiesta un desbordamiento del Espíritu en determinados momentos o lugares de la vida eclesial. Las primeras comunidades cristianas debieron ser prendidas y como embriagadas de manera especial por la acción del Espíritu. San Pablo lo testifica respecto a sí mismo y a la mayor parte de sus comunidades sobre todo de Galacia y de Corinto (1 Tes 1, 5; 1 Cor 2, 4; 14, 18; 2 Cor 12, 1-4; Gal 3, 2-5).

c) *Problemas y principios de solución.*

Pronto, sin embargo, los carismas plantearon un serio problema. Como se supone que proceden del Espíritu y donde "esta el Espíritu está la libertad", los carismáticos pueden creerse un tanto desligados de la Iglesia-Institución y con facultad para moverse a sus anchas sin trabas de ninguna clase en el seno de la comunidad. Algo de esto sucedió en Corinto donde además se corría el riesgo de confundir lo verdadero con lo falso y de perturbar el provechoso desenvolvimiento de las asambleas litúrgicas (1 Cor 12, 1-3; 14, 23).

Cuando Pablo se enfrenta con el problema baja ciertamente a los detalles prácticos, pero lo que ahora nos importa sobre todo son sus principios eternos de solución. Tratemos de resumirles.

— Aun cuando en nuestras cartas no lo afirma expresamente —cfr. sin embargo, 1 Tes 5, 19— Pablo da por supuesta la bondad fundamental y la conveniencia del pluralismo carismático en cuanto signo y manifiestación de la presencia del Espíritu.

— El auténtico carisma ha de contribuir a la unidad y no a la discordia, porque uno es el Señor y el Espíritu de donde proceden (1 Cor 12, 4. 11ss). Dios "no es un Dios de confusión sino de paz" (1 Cor 14 33).

— El bien común es norma suprema en el recto uso de los carismas (1 Cor 12, 14-26; 14, 12 ss.). No hay, pues, por qué presentir una especie de oposición entre carisma y ministerio oficial de la Iglesia, ya que ambos, ministerio y carisma, sólo pueden ser entendidos como servicio.

— En todo caso Pablo enumera el Apostolado como el primero de los carismas (1 Cor 12, 28) indicando que la autoridad eclesial es también de orden carismático y a ella está encomendada la vigilancia del recto uso de los carismas. La intervención personal de Pablo en este terreno que parecía por su naturaleza reservado al Espíritu, muestra que una cierta faceta al menos del mundo carismático cae bajo el control de los guías de la comunidad.

4. EL PRIMADO DEL AMOR

Para nadie es un secreto que el "canto al amor" del capítulo 13 de la primera Carta a los Corintios constituye una de las cumbres líricas de toda la Biblia, capaz de resistir además la comparación con las mejores páginas de la literatura universal, aunque su autor no lo pretendió expresamente. Tanto por la forma literaria como sobre todo por el contenido constituye este Cantar de los Cantares de la Nueva Alianza, una página formidable que nadie puede leer o escuchar sin sentir deseos de ser mejor. Sólo ella basta para clarificar cuál era lo primero en el corazón y en la mente de Pablo. Y porque el amor era el hontanar puro y fecundo de toda la actividad del Apóstol, sus cartas lo rezuman a raudales:

— El amor y no la ambición o el lucro es la razón suprema de su tarea apostólica (1 Cor 9, 19-23; 2 Cor 6, 6; 11, 7-11).

— El amor ha de ser en última instancia la norma que guíe el comportamiento de los corintios en las distintas circunstancias de su vida cristiana, sea en el trato con los paganos y sus cosas (1 Cor 8, 1 ss.), sea en la recta utilización de los carismas (Cor 14, 5. 12).

— El amor debe moverles a ser generosos en la gran colecta organizada en favor de las Iglesias necesitadas de Palestina (2 Cor 8, 8).

— El amor se ha convertido dentro de Pablo en un inmenso incendio que le abrasa el corazón. Amor a Cristo hasta el punto de exclamar apasionado: Maldito quien no ame al Señor" (1 Cor 16, 22); y amor a los hermanos que le impulsa a decir en un arrebato incontenible como resumen de toda la primera carta: "Os amo a todos en Cristo Jesús" (16, 24).

Y abarcándolo todo, iluminándolo todo, rematándolo todo, el sublime canto al amor de 1 Cor 13 con que abríamos este apartado, son tres preciosas estrofas aparentemente desvinculadas del contexto inmediato. Pero en realidad no es así. Aunque la visión del amor ha elevado la perspectiva del Apóstol hacia las altas cimas, ni uno solo momento pierde de vista su motivo y su finalidad de ofrecer a los Corintios una auténtica escala de valores. Cada línea, cada afirmación se endereza a un punto débil o vulnerable de sus destinatarios.

Con todo su mensaje es eterno:

a) Sin amor hasta las mejores cosas se reducen a nada (13, 1-3).

b) El amor es el manantial de todos los bienes (13, 4-7).

c) El amor es ya aquí y desde ahora lo que será eternamente (13, 8-13).

¿Dónde se inspiró Pablo para dictar esta inigualable página? No es difícil advertir en ella resonancias del kerigma evangélico (cfr. Mt 6, 2; 7, 22; 13, 11; 17, 20; 21, 21; Mc 6, 11; 12, 21; Lc 8, 10; 12, 33; 17, 6). Pero la gran realidad que está al fondo y en el centro de todo es el amor de Dios manifestado en Jesucristo. El Dios que llamó a Pablo desde el seno de su madre, el Jesús que "le amó y se entregó por él" (Gal 2, 20) y le salió al paso en el camino de Damasco convirtiéndole en nueva criatura (2 Cor 4, 6; 5, 17), es el gigantesco modelo de donde Pablo copia al natural.

5. TRAS LAS HUELLAS DEL RESUCITADO

El misterio central del cristianismo.

Comenzando la primera de nuestras dos cartas, Pablo proclamaba como la gran novedad de su predicación el hecho de que la sabiduría eterna y salvadora de Dios se ha encarnado en Jesucristo. Pero circunstancias concretas —que más arriba considerábamos— le forzaban allí a colocar dicha sabiduría salvadora en un faceta de Jesucristo: el misterio de su cruz (1 Cor 1, 23; 2, 2). Esto, que era verdad, no era, sin embargo, toda la verdad. Pablo lo sabe y antes de concluir la carta se vale de otro problema concreto latente en la comunidad de Corinto para completar su mensaje.

El problema latente se refiere a la resurrección de los muertos. Problema sobre todo para los cristianos procedentes del paganismo griego que admitía la inmortalidad del espíritu pero no la supervivencia del cuerpo. La materia corporal —enseñaba la filosofía platónica— es radicalmente mala, constituye la cárcel del espíritu y la suprema aspiración consiste en liberarnos de ella regresando a la región luminosa de los espíritus que Platón llamaba con bellísima metáfora "la llanura de la verdad". El problema se agudizaba porque los judíos-cristianos concebían la resurrección como una simple recuperación del cuerpo presente, en su grosera apariencia mortal y corruptible.

El complemento esencial que Pablo aporta a su mensaje sobre Jesucristo, encarnacion de la sabiduría salvadora de Dios, radica en que la salvación no es fruto solamente de la cruz de Cristo, sino también y sobre todo de su resurrección (1 Cor 15, 14-19). En la carta a los Romanos volverá a insistir con fuerza en la misma idea: "Fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación" (Rom 4, 25).

No hay duda que la resurrección de Cristo forma parte importantísima del primer anuncio de la Buena Nueva. Son testigos los antiquísimos estratos de la predicación apostólica recogida en el libro de los Hechos (2, 22-24. 31-32; 3, 12-15. 26; 4, 8-12, etc). Esto es cierto especialmente de Pablo que tiene clara conciencia de haber visto al Resucitado (1 Cor 9, 1) y de haber sido constituido testigo de su resurrección. Limitándonos a nuestras dos cartas y prescindiendo del cap. 15 todo él dedicado al tema, son continuas las alusiones a la resurrección (1 Cor 5, 7-8; 6, 14; 2 Cor 1, 9; 4, 14-5, 15; 13, 4).

Pero en el cap. 15 de la primera carta Pablo ha entrevistado la posibilidad de tratar a fondo y de una vez para siempre el tema, legándonos todo un tratado teológico, en miniatura sí, pero espléndido y definitivo, sobre la resurrección de Cristo y de los cristianos.

He aquí las líneas maestras de la exposición:

a) *Cristo ha resucitado.*

Esto no lo ponían en duda los Corintios. Pero Pablo siente la necesidad de reafirmar su fe — y la nuestra— recordándoles la multitud de testigos que afirman haber tenido la experiencia, no del hecho mismo de la resurrección, sino de Jesús resucitado (1 Cor 15, 3-8). Notemos ya algo importante que en el decurso del tiempo puede haber sido desfigurado por la apologética cristiana. Para Pablo —y, por tanto, para una buena teología— la resurrección de Jesús no es una prueba histórica de la autenticidad del hecho cristiano. La resurrección es ella misma objeto de fe: "esto es lo que habéis creído" (1 Cor 15, 11). Con esta observación estamos abriendo una ventana a la problemática contemporánea sobre la historicidad, sentido y características de la resurrección de Cristo y su proyección en los cristianos. Para una exposición más amplia del tema, imposible de sintetizar en estas páginas, remitimos entre otras obras al Manual Bíblico, IV, pág. 158-171.

Apura a continuación S. Pablo las razones que apoyan nuestra fe en la resurrección de Jesús. Dos aduce Pablo: de más valor teológico la segunda de más carga sentimental la primera:

1.ª Las fatales consecuencias que se derivarían para la vida cristiana si Jesús no hubiese resucitado (1 Cor 15, 14-19).

2.ª En tanto nos salva Cristo en cuanto ha sido constituido por Dios nuevo Adán, antítesis del primer Adán vencido por la muerte. El tema de la resurrección se inserta así en el más amplio de la victoria sobre la muerte, victoria que según todas las promesas del A.T. conseguirá el futuro salvador escatológico. Cristo no sería tal *Salvador* si no triunfase definitivamente de la muerte como último enemigo a someter (1 Cor 15, 21-28).

Pablo es consciente, desde luego, que los razonamientos, por fuertes que parezcan, no eliminan del todo el riesgo de la fe; ello, sin embargo, no le impide alzar jubiloso un grito de esperanza que perfora los siglos y llega hasta nosotros fresco como un amanecer de primavera: "¡Pero no! Cristo ha resucitado, primicias de los que durmieron" (15, 20).

b) *También nosotros resucitaremos.*

A partir de la resurrección de Cristo, la resurrección de los cristianos se impone a Pablo como algo casi evidente (15, 12). Hay razones más o menos convincentes como la inutilidad y el sin sentido de las fatigas y afanes tanto del Apóstol (15, 30-33), como de cualquier cristiano (15, 17-19) si todo ha de acabar en el más acá de la muerte. Pero la gran razón sigue siendo que Cristo ha sido constituido por Dios principio de la Nueva Humanidad. Su vida, pues, de resucitado arrastra tras sus huellas a la humanidad con él solidaria. Si del primer hombre proceden el pecado y la muerte, de Cristo —segúndo Adán— manan la gracia y la vida, es decir, la victoria sobre la muerte. La resurrección de Cristo es el manantial de una poderosa corriente de energía que anima y vivifica a todos los hombres situados en su radio de acción (15, 21-22). Este razonamiento es definitivo en la teología de S. Pablo y le tendrá siempre a flor de pluma (1 Cor 6, 14; 2 Cor 4, 14; cfr. 1 Tes 4, 14; Rom 8, 11).

Sólo un punto oscuro o al menos no bastante clarificado: la resurrección que anuncia Pablo, ¿alcanzará únicamente a los justos, como parece suponer su manera de expresarse, o abarcará absolutamente a todos los hombres, buenos y malos? Se diría que de momento Pablo sólo piensa en los justos sin plantearse el problema de los impíos; en realidad nunca se lo planteará expresamente.

Pero su argumentación fundamental, la antítesis Adán-Cristo, es, sin duda, susceptible de un ulterior desarrollo teológico que desemboque en la afirmación claramente formulada por S. Juan años más tarde: "Los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida y los que hayan hecho el mal para la condenación" (Jn 5, 29).

c) *Revestidos de incorruptibilidad.*

Es preciso matizar la afirmación tradicional según la cual los hombres resucitaremos "con los mismos cuerpos y almas que tuvimos". Y es preciso matizarla no porque las dificultades físico-biológicas que plantea, sean de consideración o porque a Dios le falte poder para realizar un portento de tal envergadura.

Es Pablo quien taxativamente nos dice que "se siembra un cuerpo natural y resucita un cuerpo espiritual" (1 Cor 15, 44). Luego no se trata del *mismo* cuerpo que tuvimos durante nuestra existencia terrena. Otra cosa es concretar cómo será el tal "cuerpo espiritual"; aquí San Pablo se limita a decir que será incorruptible, inmortal y que ciertamente tendrá un punto de contacto con el cuerpo terreno como lo tiene la planta que brota y crece, con el grano que se siembra (15, 37-38). Y notemos que la misma comparación utilizada por el Apóstol es significativa ya que entre el grano y la planta, el parecido exterior es con frecuencia muy pequeño.

Por este camino volvemos de nuevo —vuelve S. Pablo (15, 45-49)— al problema de la resurrección de Jesús: ¿Cómo era el cuerpo de Cristo resucitado? ¿Cuál era su vinculación al cuerpo terreno de Jesús? ¿Correría peligro nuestra fe en la resurrección de Jesús si por hipótesis un día se encontrasen los "restos mortales" de Jesús crucificado y sepultado? La tradición evangélica es testigo de que Jesús resucitado no era recognoscible a simple vista por los que habían convivido con él antes de su muerte (Lc 24, 16. 31; Jn 20, 15). Pablo califica al Resucitado de celeste y espiritual (1 Cor 15, 45-49). No cabe duda de que todo esto es bastante misterioso —también para nuestro Apóstol— y nos alerta frente a una visión demasiado humana, demasiado simplista de la resurrección tanto de Jesús como del resto de los hombres.

CARTA A LOS ROMANOS

I. LA CARTA Y SUS CIRCUNSTANCIAS

1. “A LOS AMADOS DE DIOS QUE ESTÁN EN ROMA” (Rom 1, 7).

a) *Ensanchando horizontes apostólicos.*

Hasta el momento —finales del año 57 d. C. —Pablo ha desarrollado su tarea evangelizadora en la zona del Mediterráneo oriental. Sus correrías apostólicas han sido amplias y fecundas (Rom 15, 19). Puede decirse que dentro de esta zona apenas ha quedado ciudad de alguna importancia en que no haya resonado la voz de Pablo anunciando a Cristo y creando al mismo tiempo prometedoras comunidades cristianas.

Pablo presiente que ha sonado la hora de ensanchar horizontes, de acometer más ambiciosos proyectos. Al otro extremo de la cuenca mediterránea, España, como una inmensa promesa, hace guiños al Apóstol (Rom 15, 24-28). Pablo está decidido a llegar hasta los confines de Occidente. Pero en el camino, como escala obligatoria, está Roma, la ciudad imperial.

Allí existe ya una floreciente comunidad cristiana y Pablo, detallista y cortés, aunque siempre y ante todo Apóstol de Cristo (Rom 1, 11-15), quiere anunciar su visita a los romanos. La carta de Pablo a los Romanos es, pues, en cuanto a las circunstancias que la motivaron, un escrito de presentación. Sin embargo, la fibra religiosa de Pablo no le consiente perder el tiempo en presentaciones puramente ceremoniosas. Piensa por el contrario, que la mejor y más eficaz presentación consiste en exponer las ideas madres de su evangelio —que es el de Dios: Rom 1, 1— sobre todo con respecto a aquellos puntos a la sazón más controvertidos y propensos a crear dificultades en el seno de las nacientes comunidades cristianas.

Así nació la carta a los Romanos que aún en su tematica no deja de ser un escrito de circunstancias, si bien estas circunstancias no son tanto las de los romanos cuanto las del propio Pablo.

¿Judíos o gentiles?

¿Quiénes son en concreto estos "amados de Dios que están en Roma" a los que Pablo dirige su carta de presentación?

Roma era por entonces una ciudad con una población que los historiadores calculan en cerca de un millón de habitantes de múltiple y variopinta procedencia y categoría social. El clan judío era particularmente homogéneo y poderoso; así consta por las numerosas referencias al respecto, bien de historiadores extrabíblicos, bien de hallazgos arqueológicos (sinagogas, cementerios, etc.). En cambio, sobre el origen y primer crecimiento de la comunidad cristiana, las noticias son escasísimas. Las primeras de alguna entidad son justamente las que nos proporciona nuestra carta.

Desde luego parece indiscutible que el anuncio del Evangelio llegó muy pronto a la capital del imperio. Probablemente procedentes de Palestina, donde se habían convertido al cristianismo, fueron los iniciadores de la comunidad cristiana de Roma. La incripción funeraria de Pomponia Grecina, al parecer matrona cristiana sepultada hacia el 43 d. C. (TACITO, Annales, XIII, 32) y el edicto del emperador Claudio en el año 49 d. C. expulsando "a todos los judíos" de Roma (Hech 18, 1) a causa probablemente de los conflictos surgidos entre judíos y judíocristianos, indican que por estos años el núcleo cristiano en Roma era ya considerable (cfr. SUETONIO, Claudii Vita, 25).

El edicto de Claudió dejó de urgirse en el año 54 y muchos de los expulsados regresaron a Roma. Ello hace pensar que cuando Pablo escribía a los romanos, la comunidad cristiana tenía las fuerzas relativamente equilibradas entre cristianos procedentes del judaísmo y del paganismo.

¿A quiénes tenía en particular presentes el Apóstol? Las opiniones están divididas al respecto, si bien en los últimos tiempos parece prevalecer la que contempla a Pablo dirigiéndose fundamentalmente a los cristianos procedentes de la gentilidad (cfr. Lyonnet, Cambier, O. Michel, Barret, etc). Aunque tal vez la observación más atinada sea la de J. A. Fitzmyer cuando escribe que en realidad se trata de una "cuestión insoluble y hasta ociosa, ya que un análisis atento de la carta demuestra que Pablo no está al corriente de la situación concreta en Roma, ni se ocupa de problemas específicos de aquella Iglesia".

c) *"Me glorío de no construir sobre cimiento ajeno"* (Rom 15, 20).

Pablo es consciente de escribir a una comunidad fundada por otro; son notorias a este respecto las precauciones diplomáticas que adopta. Pero, ¿quién es este "otro"? Una antigua tradición menciona a S. PEDRO como fundador de la Iglesia de Roma. Según esta tradición Pedro habría llegado a Roma durante el imperio de Claudio, más exactamente en el año 42 d. C.; allí fundo o por lo menos organizó una floreciente comunidad cristiana y después de una ausencia más o menos prolongada regresó a Roma ya en los años de Nerón.

La poca consistencia de los documentos históricos que se poseen, hace muy problemática esa primera estancia fundacional de S. Pedro en Roma. La expresión de Rom 15, 20 no debe ser violentada como referida a "otro apóstol" que hipotéticamente sería Pedro. Ya hicimos alusión más arriba al verosímil proceso de formación de la Iglesia romana.

Lo que sí parece a todas luces cierto es que cuando Pablo escribe, Pedro no está en Roma; de otra manera no se explicaría el absoluto silencio de Pablo sobre una circunstancia tan relevante. Una posible ignorancia de Pablo sobre este particular tampoco parece probable.

De cualquier forma la Iglesia romana se nos revela robusta y pujante. Es difícil decantar en la expresión de Rom 1, 8 cuánto hay que atribuir a la amable cortesía de Pablo y cuánto a la realidad de la comunidad cristiana; sabemos, sin embargo, que Pablo no es ningún adulador de circunstancias.

2. "OS SALUDO EN EL SEÑOR YO, TERCIO, QUE ESCRIBO ESTA CARTA" (Rom 16, 22).

a) Si la carta a los Romanos fue dictada realmente por S. Pablo —y hoy nadie lo pone seriamente en duda— Rom 16, 22 significa que el Apóstol utilizó como amanuense a un colaborador de nombre Tercio. Pero —y esta es la pregunta—, la frase en cuestión, ¿hay que entenderla de toda la carta o sólo del capítulo 16? Porque las características de Rom 16, 1-23 han hecho pensar que este trozo no pertenecía en su origen a la Carta a los Romanos, sino que más bien constituía una carta de recomendación dirigida a la Iglesia de Efeso en favor de Febe, la diaconisa de Cencreas, uno de los puertos de Corinto (Rom 16, 1).

Se ha sugerido también que Romanos se compuso como "una carta circular" destinada a más de una iglesia; en tal caso Rom 16, 1-23 habría sido añadido expresamente para Efeso. Esta segunda hipótesis no pasa de ser endeble. No lo es tanto, sin embargo, la primera sobre la que podría decirse que las espadas siguien en alto. Aunque es preciso anotar que el P. Lyonnet —autoridad de primer orden tratándose de Romanos— afirma tajantemente que todo el escrito, incluido el cap. 16, pertenece a la carta dictada por Pablo a Tercio y dirigida a los romanos (cfr. "Quaestiones ad Epistulam ad Rom., prima series", página 51).

b) ¿Influyó Tercio —el supuesto amanuense— en el estilo y la forma literaria de Romanos? Si algún influjó ejerció debió ser bastante escaso. El estilo de Rom es siempre el de Pablo. No tiene la agresividad de Gálatas ni el patetismo de 2.ª Corintios. Pero es enérgico, vigoroso, rápido e incisivo. En ocasiones alcanza cimas de notable belleza aproximándose a ciertas páginas de 1.ª Corintios.

Como no se trata de hacer concesiones al buen decir helenístico, la belleza estilística de algunos pasajes de Rom no es tanto la puramente literaria cuanto la que brota de un espíritu entregado a su ideal religioso. Pero toda la carta está escrita en un tono digno y aunque utiliza expresiones familiares, lo hace con mucha sobriedad.

Es patente la influencia bíblico-semita (v.gr.: el uso de ciertos tipos de paralelismo) y el empleo de los métodos rabínicos de interpretar la Sagrada Escritura. El método dialéctico de la diatriba popularizado por los estoicos es utilizado en Romanos con notable profusión; es importante tener esto en cuenta para no interpretar como alusiones a la vida íntima de Pablo lo que no pasa de ser un procedimiento literario tendente a dar mayor viveza a su exposición doctrinal.

3. "PERO AHORA VOY A JERUSALÉN" (Rom 15, 25).

El viaje a Jerusalén al que aquí alude S. Pablo es el que realizó al final de su tercera misión apostólica, llevando a las comunidades pobres de Palestina el fruto de la *gran colecta* tan cuidadosamente y con tanto cariño organizada entre todas las demás comunidades cristianas de Asia y Europa oriental (cfr. 1 Cor 16, 1-4; 2 Cor 8-9).

Este viaje tuvo lugar en la primavera del año 58; es casi seguro, por tanto, que Pablo escribió la Carta a los Romanos en el invierno del 57-58 y probablemente en Corinto (cfr. Rom 16, 23 y 1 Cor 1, 14). La tremenda descripción del mundo pagano que hace Pablo en Romanos 1, 18-32, más que a Roma —sólo de referencias conocida por nuestro Apóstol— debe tener como modelo a Corinto, cuyo ambiente viciado y vicioso tan bien conocido por Pablo, describimos en su momento.

II. MENSAJE DOCTRINAL

1. ACOTACIONES PRELIMINARES.

a) *¿La obra maestra de Pablo?*

Lutero, y sobre su estela la totalidad de la teología reformadora, hizo de la Carta a los Romanos —juntamente con Gálatas— la bandera de combate contra la interpretación católica del Evangelio. El P. Lagrange escribía que el comentario a Rom. elaborado por Lutero en 1515-16 (varios años antes de la definitiva ruptura con la Iglesia católica), constituye el verdadero punto de partida de la Reforma. Los propios pensadores protestantes están de acuerdo en líneas generales con esta apreciación. Y es interesante constatar que los grandes movimientos renovadores dentro de la teología protestante, por ejemplo, el iniciado por K. BARTH en 1918, arrancan también de nuevos intentos de reflexión sobre la Carta a los Romanos.

Y ciertamente Romanos ha repercutido en la teología cristiana de todos los tiempos más que cualquier otro libro del N.T. Es difícil encontrar algún aspecto teológico de cierta importancia que no se haya enriquecido en mayor o menor escala con aportaciones de nuestra carta. En este sentido puede afirmarse que Rom representa la más bella y amplia síntesis doctrinal del pensamiento paulino.

Pero sería un error —y en él cayó Lutero con el resto de la teología reformadora— considerarla como una síntesis completa y definitiva de la doctrina de Pablo. No es Rom ni un resumen de doctrina cristiana, ni "el testamento doctrinal de Pablo", ni siquiera un cuadro completo del pensamiento paulino en torno al cristianismo. Es fácil notar la ausencia de importantes capítulos de su enseñanza (v.gr.: sobre la Iglesia, sobre la Eucaristía, sobre la resurrección de los muertos, sobre la Escatología, etc.).

A pesar de todo Rom es, sin duda, el gran escrito de Pablo, su obra de madurez dirigida a una comunidad de adultos en la fe (Rom 1, 8); la más penetrante exposición de los principales pilares de la religiosidad cristiana y en donde Pablo formula las implicaciones más universales del Evangelio que ha venido predicando. Puede decirse, pues, que en la historia de la teología cristiana es el primer ensayo de gran envergadura.

b) *Relación entre Gálatas y Romanos.*

En su momento anunciamos ya la estrecha relación ideológica entre estos dos escritos paulinos. Se trata en efecto de dos cartas que abordan el mismo problema fundamental; pero mientras Gálatas se mueve en un contexto polémico, con unos problemas muy concretos a la vista, Romanos refleja una atmósfera más tranquila y reflexiva. Ya no es cuestión de resolver ningún problema específico de la iglesia romana; a decir verdad es posible que Pablo poseyese escasa información sobre la posible existencia de tales problemas. Ahora es cuestión de poner en orden las ideas suscitadas en el fragor de la polémica con la iglesia de Galacia; es también un momento oportuno para mirar hacia el pasado haciendo balance de él, a la vez que se ponen los cimientos del futuro.

Así pues, las grandes intuiciones de Gálatas se ordenan y amplían en Romanos, lo que no impide que a su lado surjan otras nuevas con parecida fuerza y vigor hasta completar la fisonomía de la carta. Evitaremos repeticiones enojosas si al hacer la síntesis del mensaje doctrinal de Rom no perdemos de vista lo que dijimos hablando de Gálatas.

c) *El tema central.*

No resulta fácil al lector que hoy recorre los escritos de San Pablo, reducir a la unidad la enorme complejidad de su pensamiento, máxime si añadimos las distintas categorías mentales y literarias que con frecuencia lo alejan de nosotros y nuestro mundo. Esta observación es válida en especial para Romanos y Gálatas. Puestos, sin embargo, en el trance de individualizar la idea medular de estas cartas, podría servirnos la afirmación del propio Apóstol en Rom 1, 16:

> "No me avergüenzo del Evangelio que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree".

Trata, pues, S. Pablo de hacer luz sobre la posibilidad histórica de salvación que ahora Dios ofrece a todos los hombres que creen la Buena Noticia de Jesucristo. El hombre, todo hombre —judío o griego— se encontraba perdido en el angustioso laberinto de sus alienaciones humanas: la sabiduría humana, la ley, el pecado, la muerte. Pero con Cristo ha sonado el clarín de la liberación definitiva. "El hombre justificado por la fe, vivirá"; el Evangelio de la salvación ha montado su tienda de campaña entre los hombres.

d) *Estructura y plan de composición.*

El esquema general de la carta es nítido: Una introducción (1, 1-15), una sección doctrinal (1, 16-11, 36), una sección exhortativa (12, 1-15, 13) y finalmente la conclusión (15, 14-16, 27).

Los problemas surgen después, cuando se trata de precisar la estructura de la sección doctrinal. Pero no vamos a intentar aquí una división más entre las varias que pueden consultarse en manuales y monografías al respecto. Sólo recordar que Pablo se formó en los círculos bíblico-rabínicos y no en las escuelas retóricas griegas. Al desarrollar un tema, por tanto, no sigue nuestra lógica, sino que más bien utiliza los procedimientos semitas a base de frases paralelas y enunciados antitéticos. Su gusto por la anticipación —a base de brevísimas alusiones previas— del tema a desarrollar más adelante en profundidad, es del todo manifiesto (cfr. 1, 17 con 3, 21-23 y 5, 1-5 con 8, 1-31).

Todo ello implica un avance en el desarrollo del discurso no precisamente en línea recta, sino más bien en espiral, volviendo con frecuencia sobre el tema; este proceder es característico de la mentalidad y la técnica bíblico-oriental y en él se nos mostrará S. Juan como un maestro consumado. Si es verdad lo que insinúa el P. Lyonnet de que Romanos parece construida sobre dos temas paralelos: la justicia salvífica de Dios y el amor de Dios como garantía de esa salvación a lo que debe unirse la respuesta del hombre centrada también en el amor, resultaría que el entramado de toda la carta manifiesta una cohesión interna mucho más profunda de lo que puede parecer a primera vista.

2. LAS GRANDES IDEAS DE ROMANOS.

A) *Bajo el imperio del pecado.*

Una primera lectura de Rom especialmente de los ocho primeros capítulos, es suficiente para constatar la presencia ininterrumpida, martilleante, obsesiva casi, del pecado. Sorprende la increible riqueza del vocabulario paulino para designar esa trágica ruptura entre Dios y el hombre. El pecado es: una iniquidad, una desobediencia, una impiedad, una violación de la ley, un error, una transgresión, una impureza, una caída, etc. Es posible que no se pueda hablar de una exposición sistemática en torno al pecado, pero la reflexión de S. Pablo en Rom sobre esta oscura realidad humana es tan abundante que podemos con razón hablar de un validísimo esbozo para una teología del pecado.

a) *"Pecado" y "pecados".*

Esta distinción entre "pecado" y "pecados" es lo primero que salta a la vista. Pablo da prevalencia en su vocabulario al singular designando con él a una fuerza hostil a Dios y a su reinado, un influjo activo del mal en la vida del hombre que penetra toda su historia. Este poder maléfico, opuesto a Dios y al que el hombre ha sido vendido (Rom 7, 14), ocupa el centro de las reflexiones paulinas. No ignora, sin embargo Pablo la existencia y la gravedad de las transgresiones concretas —para las que utiliza con frecuencia el plural— como lo prueba el hecho de que el pecado cometido por Adán, cuya importancia para Pablo es de sobra conocida, se designa con los términos de "transgresión", "falta", "desobediencia" (Rom 5. 14. 17. 19).

b) *La fuerza del pecado.*

Este misterioso y maléfico poder ha hecho presa absolutamente en todos los hombres (Rom 3, 10 ss. 23). Judíos y griegos, que en la mente de Pablo representan a la humanidad entera, están bajo la ira de Dios. Los gentiles porque jactándose de una falsa sabiduría ha extinguido en sus vidas la auténtica verdad de Dios creador. La degradación moral en que han caído es simple consecuencia y castigo de una tal situación de pecado (Rom 1, 18-32). Los judíos porque, aunque tienen la Ley, no la observan y, por tanto, se hacen más culpables en cuanto "el nombre de Dios es blasfemado por su causa entre las naciones" (Rom 2, 1-29).

En realidad la Ley, aun siendo buena y justa y santa (Rom 7, 12), no evita que el hombre caiga en el pecado ya que si da el conocimiento del precepto, no proporciona las fuerzas para cumplirlo (Rom 7, 18). Insiste, pues, San Pablo en algo que ya sabemos por Gálatas: la ley como tal es estéril, no salva, no libera (Rom 3, 10-20). Al contrario, la ley paradógicamente se convierte en vehículo de transgresión (Rom 4, 15; 5, 20; 7, 8). Y no es que la ley tenga como fin conducir al hombre al pecado; sucede simplemente que la ley pone al hombre en trance de elegir a favor o en contra de Dios y el hombre "vendido al pecado" elegirá fatalmente en contra de Dios (Rom 7, 14 ss.).

Notemos, sin embargo, que Pablo reflexiona a nivel de humanidad, de "pueblos enteros", o de vida entera del individuo, incluso en el cap. 7 cuando parece hablar en primera persona singular. Esto supone que la visión paulina del hombre bajo el poder del pecado no es totalmente negativa. Algo bueno puede hacer (Rom 2, 12-16. 25-29). Pero está claro que tanto el judaísmo como el paganismo son radicalmente impotentes para regenerar al mundo. "Aunque Pablo —escribe A. BRUNOT— no agrupó las metáforas sueltas para componer una alegoría de conjunto, los elementos ahí están. El pecado es el rey del mundo. Reina, domina, es el señor. Es tirano, esclaviza, tiraniza. Es dueño, compra y posee. Es legislador, dicta sus leyes que son las del pecado y de la muerte. Tiene un palacio, la carne. Tiene legiones de esclavos, unos comprados, otros prisioneros; esclavos que son combatientes, con sus armas y un salario que es la muerte" (SAN PABLO Y SU MENSAJE, pág. 111).

En Rom 7, 14-20 ha trazado Pablo una de las más finas y penetrantes descripciones de la relación entre entendimiento, voluntad y sensibilidad dentro del yo humano acosado por esa fuerza maligna de pecado. Es un pasaje clásico por cuanto la belleza de la forma va unida a la profundidad de la observación y a la potencia del sentimiento. El "video meliora, proboque, deteriora sequor" del gran poeta latino Ovidio, ha quedado largamente superado.

c) *Pecado de Adán y pecado del mundo.*

La tradición bíblica veterotestamentaria es constante en afirmar la pecaminosidad general del hombre (Gen 6, 5; 8, 21; Job 4, 17; 14, 4; 15, 14; Sal 120, 3; 143, 2).

En la misma línea la literatura judía intertestamentaria; así, por ejemplo, en Qumram donde un salmista canta: "Y el hombre está en la iniquidad desde el seno materno" (1 QH, 4, 29-30). Pero esta doctrina se presenta como un simple dato de experiencia: absolutamente todos los hombres son pecadores. Algunos pasajes, es cierto, insinúan la existencia de una inclinación innata al pecado (Gen 8, 21; Job 14, 4; Sal 51, 7). Difícilmente podemos hablar, sin embargo, a partir de estos textos, de una disposición pecaminosa heredada de los primeros representantes de la humanidad. Sólo en el apócrifo Apocalipsis de Moisés leemos: "Por mi —habla Eva— ha entrado en el mundo todo pecado"; afirmación que puede entenderse en el sentido de que Eva fue la primera en pecar.

Es, pues, Pablo el primer autor inspirado en vincular abiertamente el pecado del mundo con el primer hombre cuya trágica ruptura con Dios narra la Biblia en Gen 3. En Rom 5, 12 ss., Pablo atribuye al primer hombre no sólo la muerte total —de esto hablaremos en seguida—, sino también el contagio del pecado que afecta a todos los hombres con independencia de sus transgresiones personales. Así lo entendió y sancionó el Concilio de Trento, sesión V, Decreto sobre el Pecado Original.

A esta conclusión se llega basándonos en la interpretación de *todo* el pasaje Rom 5, 12-21 y no sólo en la exegesis de Rom 5, 12 que ha pasado por varias vicisitudes. Porque sea lo que sea sobre el sentido preciso de la partícula "ef'ô" (por cuanto) y del verbo "émarton" (pecaron) —ver comentarios pormenorizados a este pasaje, especialmente los del P. Lyonnet—, lo cierto es que a lo largo de todo se pone de relieve la antítesis ADAN-CRISTO, oponiendo el efecto mortífero universal de la acción del primer hombre al efecto salvífico universal del hombre nuevo, Cristo Jesús. Y si el influjo de Cristo es a todas luces íntimo y profundo, sin duda, que también lo fue el del primer o primeros representantes de la raza humana. (Téngase en cuenta que toda esta doctrina es firme con independencia de la cuestión sobre un posible origen monogeista o poligenista de la humanidad. Cuando hablamos de Adán o del primer hombre, entendemos siempre el primer o *primeros* representantes de esta humanidad.)

d) *El pecado y la muerte.*

Contrariamente a lo que observábamos sobre la relación pecado del mundo y pecado del primer (o primeros) hombre, la tradición bíblica del A.T. es terminamente explícita al vincular el fenómeno universal de la muerte al hecho del pecado y más en concreto al pecado del primer hombre (cfr. Job 18, 5-21; Sal 37. 20. 28. 36; 73, 27; Ez 18, 20; Sab 1, 13; 2, 23 ss.). También la literatura intertestamentaria abunda en tal sentido: "Le creé una mujer y la muerte le vendría por ella" (2 Henoc 30, 17); "Adán dijo a Eva: ¿qué has hecho?, has acarreado sobre nosotros la gran cólera (muerte) que domina ahora a toda nuestra raza" (Apocal. Mois. 14; cfr. 2 Esdras 3, 7).

Pablo se inserta claramente en esta tradición judía. La muerte, personificada igual que el pecado, es el tirano que domina a toda la humanidad nacida del primer hombre pecador (Rom 5, 12-14; cfr. 6. 16. 21. 23; 1 Cor 15, 21-22. 56). Esta "Muerte" a la que se refiere Pablo no es sólo, ni principalmente, la muerte física, corporal —separación del cuerpo y del espíritu—, sino también y sobre todo la muerte espiritual como definitiva separación entre el hombre y Dios, fuente de toda vida (Rom 5, 21; 6. 21. 23; 8, 2. 6). Pablo la considera también como una fuerza cósmica hostil a Dios y al hombre, como el último enemigo a superar (Rom 8, 38; cfr. 1 Cor 3, 22; 15, 56).

e) *Hacia una noción paulina de pecado.*

Cuanto hemos dicho sobre la visión que Pablo tiene del pecado y sus circunstancias, nos pone sobre la pista de una noción paulina del pecado. Para llegar a ella es preciso conjugar una serie de nociones complementarias utilizadas por Pablo para describir la situación pecadora de una humanidad alejada de Dios. Estas nociones son las de ira, enemistad, esclavitud, muerte (cfr. Manual Bíblico, IV, pág. 102).

También, por contraste, es preciso poner en juego la noción de liberación, reconciliación, salvación. Pero con ello entramos en otra faceta fundamental de la Carta a los Romanos.

B) *Para una teología de la liberación.*

La insistencia de Pablo en el hecho y las calamitosas consecuencias del pecado, insistencia que, a veces, puede parecer exagerada y demasiado pesimista, no persigue una finalidad en sí misma. El centro de la teología paulina no es el pecado; no lo es en el conjunto de sus escritos y tampoco lo es en la Carta a los Romanos.

La intencionalidad de Pablo apunta sobre todo a poner de relieve la fuerza liberadora de la acción de Dios en Cristo frente al poder esclavizante del pecado. Los pilares de este primer ensayo sobre teología de la liberación habían sido puestos por nuestro Apóstol en Gálatas, pero es aquí en Romanos, cuando Pablo levanta sobre aquellos cimientos el edificio total recio y compacto.

Las peculiares circunstancias de la Carta a los Gálatas condicionaron el pensamiento de Pablo, haciéndole insistir sobre todo en la libertad —que los cristianos han conquistado por Cristo— de toda ley entendida como factor externo de santificación y salvación. Pero la "gloriosa libertad de los hijos de Dios" (Rom 8, 21) implica más, mucho más que la simple liberación de semejante tipo de ley. Lleva consigo fundamentalmente la liberación del Pecado (con mayúscula, como personificación de todo poder opuesto a Dios) y de su secuela más terrible: la muerte, entendiendo la muerte en toda su dimensión de acabamiento físico y de lejanía temporal o eterna de Dios. El proceso del pensamiento paulino es luminoso:

a) *Dios nos libera por medio de Cristo.*

En los pasajes de nuestra carta más significativos al respecto, siempre el sujeto de la acción liberadora es Dios Padre (Rom 3, 21-26; 4, 23-25; 7, 24-25; 8, 30-33; etc.). Cristo es el mediador de esta liberación, es decir, en El se realiza el encuentro entre la humanidad pecadora y la presencia salvadora de Dios en el mundo. Y se realiza en el momento que según Pablo constituye la cumbre de la existencia de Cristo: el momento de su muerte y su resurrección. La muerte como acontecimiento histórico situado en el pasado; la resurrección como realidad actual que llena la historia (cfr. Rom 1, 4; 4, 24-25; 6, 6. 10; 8, 11. 34).

Con frecuencia, sin embargo, el querer salvífico de Dios y la realización operada por Cristo se funden de tal modo en el pensamiento de Pablo que Cristo aparece en primer plano como nuestro salvador, nuestro libertador, nuestra justicia.

b) *Libres del pecado.*

Decíamos que si Pablo destaca la tiranía del pecado lo hace para encarecer la absoluta necesidad y maravillosa eficacia de la obra liberadora de Cristo. ¿Permite Dios el pecado porque Jesucristo había de triunfar rotundamente de él? (Rom 5, 15-17). Así parece suponerlo Pablo que va todavía más lejos al presentar la misteriosa sabiduría de Dios utilizando el pecado para triunfar del pecado (Rom 11, 32-33; cfr Gal 3, 22). Misterio de la sabiduría divina que se revela sobre todo en la pasión de Cristo, donde el poder del pecado desencadena sobre un Jesús vulnerable todo su maléfico poder de muerte, para que nosotros, liberados de esa fuerza tenebrosa (Rom 6, 15-22) alcancemos la vida. Tan cierto es que "Dios todo lo dirige al bien de quienes le aman" (Rom 8, 28). Todo, incluso el pecado.

c) *Libres de la muerte.*

Compañera y salario del pecado (Rom 5, 12; 6, 23), la muerte es también vencida. Es vencida ahora ya, en lo que tiene de más destructor, es decir, en cuanto separa al hombre de Dios y lo aparta de las fuentes de la verdadera vida (Rom 5, 17. 21; 6, 4-11. 13. 23; 8, 10; etc.). "Muertos retornados a la vida" llama Pablo con bellísima expresión a los cristianos recuperados para Dios (6, 13). Y es vencida también en cuanto disolución del cuerpo y del espíritu, si bien esta victoria no desarrollará toda su potencialidad hasta el día en que se "revele plenamente la gloria de los hijos de Dios" y tenga lugar "el rescate de nuestro cuerpo" (Rom 8, 18-23).

Pero mientras vivimos la esperanza de esta liberación definitiva, ya la misma muerte física ha perdido su veneno. No es un destino inevitable al que uno se resigna, o un decreto que se acepta a la fuerza, o un acontecimiento transido de angustia por los cuatro costados. El cristiano "muere en el Señor" (Rom 14, 7-9). El Señor de la vida que ha derrotado a la Muerte con su muerte y arrastra con El a cuantos participan en su muerte liberadora (Rom 6, 8-11).

d) *Libres de la ley.*

No desatiende este aspecto Pablo en Romanos (7, 1-13), pero nada realmente nuevo añade a Gálatas. Si acaso en un contexto menos polémico matiza más sus afirmaciones, limando las asperezas propias del clima de lucha en que se mueve la carta a las comunidades de Galacia. Véase lo que entonces dijimos y confróntese con las afirmaciones que Pablo hace en Romanos al respecto.

Salvación y liberación son, pues, los conceptos claves que, aún sin pronunciarlos expresamente, Pablo tiene siempre presentes a lo largo y ancho de nuestra carta. Pero no podemos olvidar que el Apóstol se mueve en un concreto contexto ideológico y literario, a saber, el mundo de la Biblia y el de la interpretación que de la Escritura Santa han dado o dan las distintas corrientes judías de pensamiento. De aquí que Pablo introduce un vocabulario especial que en ocasiones se convierte en absorvente. Habla de reconciliación, de redención, de santificación, pero sobre todo de justicia y justificación.

El análisis detallado del contenido de los dos últimos términos y del papel que juegan en el conjunto de la teología paulina y católica, nos llevaría demasiado lejos. Remitimos a: 1.º Lyonnet en "Historia de la Salvación en la Carta a los Romanos", caps. 2 y 3; 2.º Manual Bíblico, IV, páginas 105-120. Aquí, además de lo dicho más arriba comentando la Carta a los Gálatas, nos limitamos a subrayar que la expresión "justicia de Dios" en S. Pablo como en numerosísimos pasajes del A.T. no designa la voluntad retribuidora de Dios (fundamentalmente punitiva-vindicativa), sino más bien la "actividad salvífica de Dios, que obrando más como rey que como juez, libera a su pueblo de los enemigos y le restablece en la heredad prometida a sus padres" (Lyonnet).

En esta línea de voluntad salvadora de Dios debe entenderse el término correlativo "justificación" que lleva consigo por parte del hombre la respuesta de la fe. El papel de la fe como colaboración del hombre es inmenso en la teología paulina (Rom 1, 5. 16-17; 3, 22-25; 4, 1 ss.; 5, 1-2; 10, 9-13; etc.). Pero no desorbitemos las cosas. En definitiva el que salva, el que libera, el que justifica es siempre Dios sirviéndose de la gracia como algo exclusivamente suyo, y de la fe que, siendo actividad humana, sigue siendo fundamentalmente don de Dios (Rom 3, 24-25; cfr. Ef 2, 8-10).

C) *La nueva vida*

Aquí desemboca todo el proceso liberador. "Muertos retornados a la vida", los cristianos somos "nuevas criaturas" (Gal 6, 15; 2 Cor 5, 17 viviendo una "vida nueva" (Rom 6, 4; cfr. 5, 17-18. 21). El tema, pues, de la "vida nueva" se prepara en el cap. 5, pero es en los caps 6 y 8 —de una belleza y densidad incomparables— donde alcanza su plenitud. Dieciséis veces resuenan en estos capítulos los términos "vida", "vivir" y siempre aludiendo a las especialísimas relaciones surgidas entre Dios y el hombre a raíz de la inserción de este en el misterio de Cristo muerto y resucitado. En el proceso de formación, crecimiento y madurez de esta "vida nueva", Pablo descubre tres fundamentales dimensiones: una trinitaria, otra sacramental y, una tercera escatológica.

a) *Dimensión trinitaria.*

El principio alumbrador de la *nueva vida* es siempre Dios. Dios "que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, dará también vida a nuestros cuerpos mortales" (Rom 8, 11). Ahora bien, en el pensamiento de Pablo, Dios no es algo abstracto, sino algo muy concreto. Son las tres personas de la Trinidad Santa. Y aún siendo perfectamente consciente de que las tres actúan en una irrompible unidad de operación —de ahí el intercambio de predicados entre las tres—, Pablo atribuye con frecuencia a cada una un quehacer especial. El Padre está en el origen; el Hijo es el mediador, el merecedor, el modelo de la nueva vida; el Espíritu Santo es el interiorizador.

Cierto, Pablo —sobre todo en Rom 8— atribuye al Espíritu Santo una acción absorbente, acaparadora tanto por lo que se refiere a Cristo como al cristiano. ¿Por qué así? No es fácil intentar una respuesta porque Pablo constata el hecho pero no lo razona. El P. Lyonnet dice —con razón— que Pablo tiene aquí muy presentes los textos de Jeremías y Ezequiel sobre la "Nueva Alianza" y el "Nuevo Espíritu" (Jer 31, 31-33; Ez 36, 26-28).

Cabría también pensar que la "nueva vida" es algo que se enraiza fundamentalmente en el espíritu humano, aun cuando repercute en todo el ser, y que esta "existencia en el espíritu" es algo tan profundo y misterioso como profunda y misteriosa es en Dios esa tercera persona a la que llamamos Espíritu Santo.

b) *Dimensión sacramental.*

Naturalmente el Bautismo, como rito que incorpora al hombre a Cristo y a la Iglesia, no es algo inventado por San Pablo. Nuestro Apóstol lo heredó, o si se prefiere lo compartió con toda la Iglesia primitiva. Como heredó y compartió las fórmulas que emplea para explicar su contenido y significado. En este sentido debía ser de dominio común entre los cristianos la relación fe-bautismo y bautismo-muerte, resurrección de Cristo (cfr. Rom 6, 3; 10, 9). Por lo mismo debía ser patrimonio común de toda la catequesis primitiva la consideración del bautismo como punto de partida de una nueva existencia religiosa (cfr. Jn 3, 3-7 donde los temas fe, bautismo, nuevo nacimiento, espíritu y vida se entrelazan de forma sorprendente).

Pero la profundidad y la audacia de las fórmulas paulinas desborda toda expectativa. En primer lugar para que nadie considere el rito bautismal sospechoso de magia y brujería, como si operase la salvación por su simple y sola realización material, Pablo —como el resto de la tradición— lo vincula fuerte e inseparablemente a la fe justificante. Los cristianos son para él unas veces "*los creyentes*" y otras "*los bautizados*" (cfer. Gal 3, 26-27).

En segundo lugar, al decir que el rito bautismal introduce al hombre en comunión con el Cristo que sufre, muere y resucita, afirma Pablo que lo acontecido a Cristo en su muerte y resurrección, se repite en el hombre que recibe el bautismo. Pablo no explica cómo se realiza en el bautismo esta presencia actual de actos redentores pretéritos, pero en cambio ha creado todo un vocabulario nuevo para expresarla. Un vocabulario audaz que se resiste a cualquier traducción: el bautizado es un "con-crucificado", un "con-sepultado", un "con-resucitado", un "con-glorificado", un "co-heredero", alguien que "vive con" Cristo Jesús (Rom 6, 4. 6. 8; 8, 17).

La raíz de esta profundísima incorporación a Cristo en el rito bautismal hay que buscarla en la antítesis Adán-Cristo de Rom 5, 12 ss. En ella Cristo se revela como el principio —padre— de una nueva humanidad que vive una nueva vida. La simbología del rito externo es accidental porque la realidad supera infinitamente la imagen. Lo decisivo es que en el momento del bautismo la gracia y la fe reproducen el misterio de la Resurrección (Rom 6, 8-11).

c) *Dimensión escatológica.*

El supremo objetivo de la vida de "con-resucitados" es la "con-glorificación" (8, 17). Pero he aquí que en el camino se cruza el sufrimiento (8, 18); y al decir sufrimiento Pablo incluye todo aquello que pueda impedir la plena realización de esta vida en el Espíritu, porque total y definitivamente salvados lo estamos sólo "en esperanza" (8, 24). La dificultad no es sin embargo insuperable ni mucho menos ya que nuestra esperanza está apoyada en cuatro pilares a cual más sólido:

— La creación entera que —marcada también por el pecado y la muerte— gime en espera de la liberación definitiva (8, 19-22);

— nuestro propio ser que no se resigna a una destrucción aniquiladora y "anhela el rescate de nuestro cuerpo" (8, 23);

— el Espíritu de Dios que ilumina y fortalece la plegaria cristiana "intercediendo por nosotros con gemidos inefables" (8, 26-27);

— y finalmente el Padre que nos ama y "todo lo ordena al bien de los llamados" (8, 28-30).

Aquí está la razón suprema. El amor inmortal de Dios que triunfa y hace triunfar de todo: de la muerte, del pecado, de las fuerzas cósmicas malignas, de los mil imponderables de la vida terrena. Dios está con nosotros, Dios nos ama. Es bastante; todo lo demás es superfluo (8, 31-38).

D) *El misterio de la catolicidad.*

¿Y quiénes son los afortunados destinatarios de esa maravillosa liberación, quiénes los llamados a vivir la "nueva vida del Espíritu"? Todos, absolutamente todos los hombres. Si todos han sido presa del pecado y de la muerte, a todos —y con más fuerza— alcanza la acción liberadora de Dios en Cristo (Rom 3, 21-26; 5, 12-19). Pablo es luminosamente claro y expresivamente audaz a este respecto: "Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia" (11, 32; cfr. Gal 3, 22).

En la época de Pablo la sociedad civil estaba dividida en dos mundos radicalmente separados: el de los hombres libres y el de los esclavos. En el campo religioso judíos y paganos protagonizaban también otra división radical. Incluso en el plano familiar eran con frecuencia muy superiores las prerrogativas del varón con respcto a la mujer.

Cristo viene a derribar, o mejor superar toda barrera sea del tipo que sea: física, económica, política o religiosa: "todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo. Todos vosotros, bautizados en Cristo, estais revestidos de Cristo; en adelante no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer" (Gal 3, 26-27). Todo se resuelve en la superior unidad de los hijos de Dios, categoría a la que sin excepción todos pueden pertenecer, ya que no se alcanza en virtud de la carne y de la sangre (es decir, del dinero, del poder, de las influencias, de la casta), sino en virtud de la promesa y de la fe (Rom 4).

Puede sorprender que en toda la Carta a los Romanos no aparece la palabra "iglesia" —salvo en el cap. 16 con sentido de comunidad particular—. Pero bien mirado son los rasgos de la Iglesia en cuanto comunidad universal de salvación, los que Pablo delinea con fuerza y precisión. La Iglesia como Nuevo Israel, el Israel de Dios en el que el viejo pueblo deberá reinjertarse un día, de la misma manera que la gentilidad se ha injertado en el Reino fiel del pueblo de las promesas.

El misterio de la unidad y de la catolicidad del nuevo pueblo salvado por Dios en Cristo obsesiona a Pablo y su esfuerzo por integrarlo todo en un inmenso y sabio, aunque muchas veces desconcertante, acto salvador divino, constituye tal vez el rasgo más característico de su teología de la historia. En esta línea subraya la unidad y continuidad de las dos Alianzas (Rom 1, 2; 12, 14-21; 15, 7-12; etcétera). En esta línea, sobre todo, reflexiona sobre el angustioso problema de la infidelidad del pueblo israelita al anuncio del Evangelio. Tres capítulos enteros (Rom 9-11) dedica el Apóstol al tema; tres capítulos relativamente fáciles de entender, aunque siempre quede flotando en la sombra el misterio del cuándo y el cómo de la vuelta del pueblo israelita a Cristo (Rom 11, 25-32). (Para un estudio más amplio véase Manual Bíblico, IV, págs. 124-127.)

De cualquier forma la sabiduría de Dios triunfará de todo (11, 33; 16, 27). ¡Fe y esperanza admirables las de Pablo, que no pueden menos de causarnos una estremecida emoción! Y que nos invitan a interrogarnos a cuántos kilómetros de distancia están las nuestras.

E) *Exigencia de la vida cristiana.*

Los capítulos 12, 13, 14 y parte del 15 de la carta a los Romanos los dedica fundamentalmente S. Pablo a diversas exhortaciones de orden práctico. Sin embargo, los grandes principios de la moral paulina no los encontramos precisamente en estos capítulos, sino más bien en los anteriores. Al intentar en este apartado final de nuestra introducción a la lectura de las "Grandes Cartas" del "corpus paulinum", una síntesis de tales principios y de sus principales implicaciones concretas, no nos limitamos exclusivamente a las consideraciones de Romanos, sino que ampliamos nuestro horizonte al resto de las Grandes Cartas.

a) Punto de partida de la ética paulina.

El bautizado es una "nueva criatura"; vive una "nueva vida" que más que suya propia es la vida del Cristo resucitado (Gal 2, 20; cfr. Flp 1, 21). Debe, pues, integrar su comportamiento moral en esta nueva forma ontológica de existencia. Pablo emplea una fórmula muy en consonancia con todo el contexto de las cartas a Romanos y Gálatas: el cristiano debe "servir a la justicia" (Rom 6, 17-22). Que el vocablo "justicia" sigue teniendo aquí toda la inmensa resonancia bíblica tan querida para Pablo y a estas alturas conocida ya por nosotros, lo pone de relieve la ecuación que el Apóstol establece entre "siervos de la justicia" (Rom 6, 18) y "siervos de Dios" (Rom 6, 22). Paradógicamente la esclavitud con respecto a Dios lleva consigo la auténtica libertad para el bien. Pablo es perfectamente consciente de que hablar de "esclavitud" refiriéndose a Dios es del todo inexacto y por eso aclara: "hablo en términos humanos en atención a vuestra flaqueza natural" (Rom 6, 19).

Jesús había dicho: "a vosotros no os llamo esclavos, sino amigos" (Jn 15, 14-15); Pablo va más allá: "los que son guiados por el Espíritu son hijos de Dios" (Rom 8, 14-17; Gal 4, 4-7). Y al hijo, si lo es de veras, no hay que recordarle con una ley que debe amar al padre y a los hermanos. Lo hace espontáneamente, libremente.

Pero Pablo no es un idealista angelical. El sueño de una Iglesia puramente carismática, sueño periódicamente acariciado de una u otra forma por los "superespirituales" de todos los tiempos no va con él. Sabe que la "nueva criatura" está todavía en gestación; incluso siente en su propia existencia los dolores de un alumbramiento continuado "hasta ver a Cristo formado en sus cristianos" (Gal 4, 19). La moral preconizada por Pablo no es, pues, una moral estática. inoperante, pasiva; al contrario, es algo dinámico, en incesante progreso y en incesante combate. A grandes rasgos cabría distinguir en ella tres líneas principales que casi se corresponden con las señaladas más arriba para la Nueva Vida: trinitaria, social, escatológica.

b) Una línea trinitaria.

Sin duda, que la moral de S. Pablo se inspira tan profundamente en la imitación de Cristo —tanto ontológica como ética— que podemos con razón llamarla "cristocéntrica". El cristiano que es por definición un testigo de Cristo resucitado, debe serlo también por su conducta. Esto significa que si Cristo ha quedado liberado de los signos del pecado y ha vencido a la muerte física, el bautizado injertado en Cristo muerto y resucitado tiene que considerarse "muerto al pecado y vivo para Dios en Cristo Jesús" (Rom 6, 11). De aquí las múltiples recomendaciones del Apóstol a sus cristianos: "que se hablen en Cristo" (2 Cor 2, 17); "que trabajen en Cristo" (Rom 16, 12) "que se amen en Cristo" (Rom 16, 22; 1 Cor 16, 19); "que se reciban en Cristo" (Rom 16, 2); "que se saluden en Cristo" (Rom 16, 22); en fin, "que se duerman —es decir, que mueran— en Cristo" (1 Cor 15, 18).

Sin embargo, de la misma forma que en la resurrección de Cristo están íntimamente implicados el Padre y el Espíritu Santo (Rom 6, 4; 8, 11), lo están también en la vida moral del cristiano. El Padre en cuanto la vida cristiana se concibe como un culto vivo y santo a El rendido (Rom 12, 1-2) y el Espíritu en cuanto su acción interior liberadora, hace posible superar la fuerza del pecado del hombre carnal y cumplir —en el sentido de llenar— la Nueva Ley de Cristo (Rom 8, 2-13; Gal 5, 25-6, 2).

c) Una línea social.

La paradoja de la libertad cristiana —que es esclavitud con respecto a Dios— la convierte en una libertad de servicio. Ahí tiene su origen otra de las formas características de la moral paulina: "siendo libre, me he hecho esclavo para ganar a todos los que pueda" (1 Cor 9, 19. 22). Con ello Pablo no hace sino caminar tras las huellas del amor infinito de Dios que para salvar a los hombres "no perdonó a su propio Hijo" (Rom 8, 31 ss.; cfr. 5, 5-8). El amor, pues, se levanta en el firmamento de la ética paulina como una estrella deslumbrante que lo ilumina y lo aclara y lo explica y lo resume todo. Lo veíamos comentando 1 Cor 13 y es fácil comprobarlo recorriendo las exhortaciones de Romanos y Gálatas.

Hace un momento oíamos a Pablo considerarse como esclavo; en Gal 5, 13 pide a sus cristianos que se consideren esclavos unos de otros "por amor". No es, pues, el supremo valor la libertad, sino el amor que compendia, suple e interpreta toda la ley (Gal 5, 14; Rom 13, 8-10). Es hermoso en estos tiempos de fiero y a menudo feroz individualismo, de derechos que se exigen o se gritan a punta de pistola, escuchar a Pablo diciendo que a veces hay que renunciar a los propios derechos "por amor" (Rom 14, 14-15).

Por lo demás, puesto a salvo el amor, todo el cap. 14 de Romanos proclama el gran principio moral de que quien obra "según su conciencia, delante de Dios", obra bien.

d) Una línea escatológica.

Pero "nuestra gloriosa libertad de hijos de Dios" no es aún plena y definitiva. Lo será cuando "el que está sentado sobre el trono haga nuevas todas las cosas". Ahora nuestra plena liberación —verdaderamente inaugurada ya— es "objeto de esperanza" (Rom 8, 24-25). De esperanza y de conquista. Tal vez nadie como Pablo haya descrito al cristiano como un soldado en pie de guerra, como un formidable campo de batalla donde la carne y el espíritu disputan la victoria final (Rom 8, 4-11; Gal 5, 17; 6, 8).

- Es preciso, pues, estar alerta y evitar que nos sorprenda el sueño (1 Cor 16, 3; Rom 13, 11).
- Es preciso ser humilde y no alimentar una falsa seguridad (1 Cor 10, 12).
- Es preciso no conformarse con las posibles —y probables— derrotas parciales, sino volver a emprender la lucha humilde, animosos, confiados (2 Cor 7, 10).
- Es preciso revestirnos de las armas de la luz (Rom 13, 12) y empuñar "nuestros propios miembros como armas de justicia al servicio de Dios" (Rom 6, 13).

La "soldada" está ya prefijada: el pecado paga con la muerte, Dios con la vida (Rom 6, 33). Demos a muerte y vida todo el rico y profundo significado que tiene en San Pablo.

Si alguno sobre la base del gran tema paulino de la liberación por la fe", había alimentado la ilusión de una moral cómoda y condescendiente, desengáñese. Pablo es cristianamente exigente. Lo es consigo mismo —"castigo mi cuerpo" (1 Cor 9, 27)— y lo es con los demás (Rom 6, 12-14; 8, 12-13; 12, 12-13; 12, 1-2; 13, 12; etc.). Y es exigente porque al fin de la jornada lo será también Dios (Rom 14, 12; Gal 6, 7-8). Por eso aconseja: "Corred de tal manera que ganéis el premio" (1 Cor 9, 24).

Aunque siempre y por encima de todo, la razón suprema es el amor; el "amor de Cristo que nos quema" (2 Cor 5, 14) y que nos salva (Rom 5, 4-9).

ONARIO

der a cinco de las siguientes preguntas:

e se parecen y en qué se diferencian los distintos relatos de la
sión de S. Pablo?

r en cada una de las cartas tratadas las cuatro partes caracte-
de la carta clásica.

unos cuantos ejemplos del género estilístico de la diatriba en Gá-
Corintios y Romanos.

ié se asemeja la vocación de Pablo a la de las grandes figuras
testamentarias?

r algunos ejemplos de subgéneros literarios en 1 Cor y Rom.

e entiende por Parusía y qué dice Pablo sobre el momento de su
ción?

lice Pablo en 1 Cor 15 sobre la Resurrección de Cristo?

completa y matiza la Carta a los Romanos lo que se dice en Gá-
obre el sentido y valor de la ley?

oposición entre lo que dice Jesús en el Sermón del Monte y lo que
ablo en Romanos y Gálatas en torno al cumplimiento de la ley?

quiere expresar S. Pablo con la fórmula "Señor Jesús"?

IO

rollar uno de los siguientes temas:

aración entre la escatología paulina y la de los Evangelios Si-
os.

pto que Pablo tiene del "Hombre Nuevo en Cristo Jesús" a tra-
Gálatas, Corintios y Romanos.

iar 1 Cor 13 y sus posibles resonancias evangélicas.

ar los conceptos paulinos de "justicia de Dios", "justificación del
e" y " fe justificante" a la luz que proyectan sobre ellos otros
bíblicos al respecto.